

María Elvira Roca Barea

6 RELATOS 6 EJEMPLARES 6



Lectulandia

Tras *Imperiofobia y leyenda negra*, María Elvira Roca Barea recrea desde una perspectiva literaria tan aguda como reveladora seis momentos decisivos para comprender la historia europea.

Con la venida del cisma luterano, el orbe mediterráneo-católico asume de manera inconsciente el discurso de supremacía moral que impone el norte protestante. De este modo palabras como «libertad», «tolerancia», «ciencia» y «Reforma» quedan de un lado y en el otro, como una imagen especular en negativo «opresión», «intolerancia», «fanatismo» y, vaya por Dios, «Contrarreforma». Desde un principio se perdió la batalla más importante, la del lenguaje, y entre sus armas se contó con la propaganda, nuevo artefacto crucial para entender la civilización occidental en el último medio milenio.

Los seis relatos aquí reunidos tienen como trasfondo el mundo protestante en diversas épocas y lugares de Europa. La autora ha escogido seis momentos entre cientos posibles que sirven de contrapunto a esa visión monolítica impuesta desde el cisma y en la que el orbe mediterráneo quedó descrito —hasta la actualidad— como el Demonio del Mediodía. En ellos veremos desfilar personajes anónimos y nombres como Lutero, Ana de Sajonia, Calvino, Felipe Guillermo de Orange-Nassau, primogénito de Guillermo de Orange, o el mismo William Shakespeare.

«En *Imperiofobia*, Elvira Roca Barea iluminó nuestra leyenda negra. Aplicó el rigor de la verdad contrastada frente a la mentira programada y torticera, a lo largo de siglos. En estos 6 relatos ejemplares 6 esclarece unos hechos muy concretos y fundamentales protagonizados por nobles, reyes, damas y señores, gentes del pueblo, en la Europa del siglo XVI. Intrahistorias dentro de la Historia narradas con un estilo preciso, ejemplar y ameno». Laura Revuelta, *ABC Cultural*.

Lectulandia

María Elvira Roca Barea

6 relatos ejemplares 6

ePub r1.0

Titivillus 01.11.2018

Título original: *6 relatos ejemplares 6*

María Elvira Roca Barea, 2018

Ilustración de cubierta: miniatura de Jenský Kodex, Janíček Zmilelý z Písku

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A MODO DE PRÓLOGO

«Torear es tener un misterio que contar, y contarlo».

RAFAEL EL GALLO

Las historias en torno a las que se han tejido estos *6 relatos ejemplares 6*, sufrido lector, fueron creciendo, con otras que algún día quizá también se escriban, al hilo de una investigación histórica que no podía albergarlas.

El primer relato tiene como protagonista a Ana de Sajonia, la segunda esposa de Guillermo de Orange. En cualquier texto aparece calificada como adúltera y loca. Hay que bucear mucho en las fuentes para darse cuenta de que no hay pruebas que demuestren la verdad de estas acusaciones más allá de las producidas por el taller propagandista de Orange. De hecho, muchos contemporáneos pusieron en duda aquellas historias con las que se justificó el robo de una de las mayores dotes de la Europa del siglo XVI. La carta de Teodoro de Beza es la demostración de que Orange engañó a muchos, pero no a todos. No es extraño que quien consiguió que media Europa pensara que Felipe II había matado a su propio hijo, hiciera creer también que se había visto obligado a repudiar a su esposa porque era infiel (primer objetivo: librarse de ella para casarse con una mujer mucho más joven) pero que no podía devolver la dote porque estaba loca y se lo gastaba todo (segundo objetivo: quedarse con las inmensas riquezas del duque Enrique, fruto de las confiscaciones de bienes católicos en Sajonia). La locura, entonces como ahora, justificaba la tutela legal y el encierro.

La batalla de Frankenhauseen es el escenario del segundo relato. Fue seguramente la más sangrienta de la guerra de los Campesinos alemanes, el conflicto social de mayor importancia que ha habido en Europa hasta la Revolución francesa. Gran parte del campesinado alemán vive en régimen de servidumbre todavía en el siglo XVI. Son siervos de la gleba en una Alemania que está muy lejos aún de haber salido del feudalismo. Expresando el asunto en términos modernos, podríamos decir que la predicación antisistema de Lutero y otros clérigos hizo estallar un problema social que venía cociéndose desde hacía tiempo. Pero naturalmente el discurso luterano estaba construido solo para atacar la Iglesia de Roma porque su objetivo era provocar un conflicto al emperador Carlos V. Por eso gozó del favor de los príncipes de Sajonia y de otros. Sin embargo, fue difícil para los oprimidos distinguir entre todos los que a fin de cuentas representaban el poder establecido (el papa, el emperador y los propios príncipes), de manera que, por un efecto bumerán, la rebelión terminó volviéndose contra los señores territoriales. Algunos clérigos se unieron a la causa campesina y murieron por docenas en aquella guerra crudelísima. Lutero

naturalmente sobrevivió y prosperó, porque se puso del lado de los príncipes y alentó sin misericordia la violencia salvaje con que fueron perseguidos los desgraciados que osaron cuestionar los privilegios sacrosantos de la oligarquía alemana, que en definitiva era lo mismo que había hecho Carlos V.

Es vergonzoso que el Vaticano haya emitido en 2017 sellos con la imagen de un individuo de la catadura moral de Martín Lutero (intolerante, racista, antisemita, apologeta de la violencia, defensor del sometimiento de los más pobres a los señores germánicos...) y que el papa de Roma haya colgado un retrato suyo en el mismo lugar. Deberían los católicos —no me incluyo— reflexionar sobre qué principios morales están en la obligación de exigir a la jerarquía de su Iglesia. Si quieren sobrevivir como algo más que una reliquia del pasado, esta demanda debería ir más allá de ponerse siempre de perfil, predicando paz y amor —¿quién no los quiere?!—, y de apuntarse a todas las conmemoraciones habidas y por haber para salir en la foto.

Bajo el inmisericorde sol del Mediterráneo sucede el imaginario día que Shakespeare pasó en Verona en «*Non angli, sed angeli*». Viene esto a propósito de la condición de criptocatólico del inmortal dramaturgo inglés, de la que se habla ya abiertamente desde hace más de una década tras siglos de ocultación.

En la Ginebra de Calvino vivió, y suponemos que murió, el protagonista intencionadamente sin nombre del cuarto relato. Como otros muchos miles de europeos, ardió en la hoguera acusado de brujería, el socorrido pretexto con que se justificaron feroces persecuciones religiosas no solo en los territorios calvinistas sino en todo el mundo protestante. Algún día se estudiarán mejor las persecuciones de brujas y brujos en la Europa Occidental durante los siglos XVI y XVII.

El príncipe Felipe Guillermo de Orange-Nassau es el eje central de «Campanas de Breda». El hijo primogénito de Guillermo de Orange se crio y vivió en España hasta 1596, año en que marchó a los Países Bajos a reclamar su herencia, duramente disputada por sus medio hermanos con el apoyo del padre. Bajo el amparo de Felipe II, el príncipe Felipe Guillermo aplicó en los territorios de su gobierno una política de auténtica tolerancia religiosa, en el sentido moderno del término. Los católicos podían ser católicos, y los calvinistas, calvinistas (o luteranos o menonitas o lo que quisieran), pero nadie podía obligar a otro a cambiar de religión, y todos debían respetar las propiedades del prójimo. Fue un intento inútil de Felipe II de demostrar que la religión no tenía por qué ser un problema si se respetaba la ley y no era tomada como excusa para promover conflictos y confiscaciones de bienes.

El sexto y último relato nos lleva a la Inglaterra del siglo XVI desde el siglo XX. El idealizado periodo Tudor, mil veces recontado y maquillado, fue en realidad un reinado del terror. Es asombroso ver cómo la mitificación de esta etapa ha ido *in crescendo* a lo largo de los siglos hasta convertirse en el periodo más relatado y filmado de la historia inglesa. En las purgas estalinistas que mataron a Tomás Moro y obligaron a Shakespeare a vivir en la clandestinidad durante largos periodos de su vida murieron muchas otras personas.

Hay cientos de historias como estas que los españoles deberíamos conocer; es más, que deberían formar parte del bagaje cultural de los pueblos del sur de Europa, que han terminado por asumir como propio un relato de sí mismos que fue escrito por quienes combatieron contra ellos y finalmente los derrotaron, convenciéndolos de que su mundo y su cultura eran moralmente inferiores. Quizá algún día podamos, entre todos los que no formamos parte del orbe cultural materialista e hipócrita del protestantismo, devolverle a Europa un poco del brillo y la belleza que una vez tuvo.

MARÍA ELVIRA ROCA BAREA

ANA DE SAJONIA

Para Ignacio Gómez de Liaño

Illius tamen conjugii, nulla praeunte adversus adulteram cognitione, rationem probare non possum, nisi fortassis patrum consensus intervenit, qui suae familiae existimatione sic melius consuli posse crediderit.

Carta de Teodoro de Beza a Rodolfo Galtero^[1]
Ginebra, 21 de octubre de 1575

—¿Cree vuestra merced que se salvará?

El mayordomo no respondió. Miraba las escaleras con aprensión y a cada instante veía a don Isaac bajar por ellas para hacerle saber la fatal noticia. ¿Fatal noticia?, ¿para quién? Para él desde luego, pero seguramente para nadie más. Sentado con la espalda muy tiesa en el gran vestíbulo de entrada, con la mirada perdida en aquellos escalones tan nobles y tan viejos, se preguntaba como una letanía:

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Había sido una niña bonita, preciosa, tan ingenua y pícara al mismo tiempo que encandilaba a todos. Tenía los ojos azules, pero no con ese azul pálido y espectral, tan frecuente en Sajonia, sino intensamente azules. Algunos días de manera inexplicable parecían oscuros, y él recordaba, sin haberlo visto nunca, el vinoso Ponto de los poemas homéricos que habían constituido el alimento favorito de su fantasía juvenil. Y sí, era verdad, la habían malcriado un poco. Sin embargo, ¿no era eso perfectamente comprensible y hasta disculpable? No había niños en aquel castillo. Al único hermano de doña Ana se lo llevó Dios cuando apenas había aprendido a sonreír. Un castillo tan grande y tan hermoso... pero sin niños. Un preludio de desdichas, un aviso más del destino o de Dios.

Un leve movimiento agitó la blanca cabeza de Gabriël de Boor, lo suficiente para que la cocinera creyese que iba a responder a su pregunta. Para animarlo a ello le buscó la mirada, pero no la encontró. A veces, cuando la desesperación lo obligaba a rezar, Monsieur De Boor dejaba fluir las palabras como significantes sin significado, flotando en el mudo anhelo de que el Altísimo fuese capaz de unir ambos más allá del atribulado presente. No hay que pensar en Dios en estos tiempos, se decía. Dios se había tornado en discordia y dolor.

Toda fortuna había terminado en desdicha; toda alegría, en dolorosa congoja. Hasta la riqueza y la nobleza habían resultado ser una maldición. Enloquecidos por la ambición, incluso los hombres de sangre más noble se habían vuelto ladrones, cegados por el brillo del oro, olvidados de sus almas y de que un día tendrían que dar cuenta de sus actos. También él había pensado siempre (aunque eso era antes, mucho

antes) que quien desprecia la riqueza es... porque no la tiene; porque, en el fondo, si no da la felicidad, permite fabricar sucedáneos que se le parecen mucho o al menos distraen lo suficiente. Pero ya no podía engañarse más. Había comprendido, aunque tarde, la verdad. Los hombres son como las urracas, que se van detrás de todo lo que brilla, y ese señuelo sin duda era un ardid del demonio. Había sido tan rica doña Ana, tan inmensamente rica..., y ello, si bien se mira, fue el origen de su desgracia.

—¿No piensa vuestra merced contestarme hoy?

Sin miramiento alguno, Guillermina Jaansen zarandeó al viejo De Boor, que se levantó indignado del asiento y miró a la cocinera con chispas en los ojos:

—Pero ¿qué confianzas son estas? ¿Cómo te atreves?

Guillermina Jaansen se encogió de hombros con indiferencia. Cuarentona y descarada, se hacía soportable solo por su arte con los pucheros.

—¡A ver! Ni que le hubiese dado a vuestra merced un aire de perlesía. Y yo necesito saber quién come aquí, qué se come aquí o si se come aquí, vaya.

Con gran prosopopeya, la cocinera agarró la punta del delantal y se limpió la comisura de los labios. Después, cruzó los brazos por encima de la abundante pechera y miró desafiante al ayo. El viejo no se inmutó y le ordenó que se marchara a la cocina inmediatamente, sin preguntas ni réplicas. Cuando la vio desaparecer, se dejó caer de nuevo en el sillón de madera tallada. El respaldo representaba la lucha de Hércules con la hidra de Lerna. A doña Ana le encantaba aquel mueble y se lo había hecho llevar en todas sus mudanzas. Había sido un regalo de bodas del landgrave de Hesse, y a él siempre le había parecido horroroso y de mal agüero. Finalmente, sus irracionales temores se habían ido confirmando. El regalo venido de Hesse era un aviso del destino. También allí había habido una esposa obligada a soportar lo que ninguna mujer cristiana había tenido que soportar desde que Jesucristo vino al mundo, precisamente la abuela de doña Ana, doña Cristina de Sajonia. Era como si una maldición persiguiera a aquellas damas atrapadas en la ambición de los hombres de su familia.

El viejo mayordomo cerró los ojos y recordó escenas vergonzosas e inolvidables que tantas lenguas habían comentado y descrito en voz baja y temerosa. El hermoso salón de ceremonias del castillo de Rotemburgo de Fulda, discretamente engalanado. Los asistentes vestidos con elegancia, pero guardando la necesaria sobriedad en un acto sin precedentes ni protocolo establecido. Unos y otros charlan entre sí de mil trivialidades y nadie osa pronunciar una palabra que delate lo anómalo, lo inverosímil de la situación. Esta es una boda como cualquier otra, y nadie va a atreverse a decir lo contrario. Afortunadamente los oficiantes son Martín Bucero y Felipe Melanchthon. El supremo reformador ha declinado asistir y ha enviado a sus monaguillos. ¿No ha brindado ya su dispensa teológica? ¿Para qué entonces reclamar su presencia? Él ha dado su aprobación al matrimonio y no hay que dar más vueltas. Su persona es innecesaria. Mejor era evitar escenas como la sucedida una semana antes en aquel mismo salón, justamente el día en que Lutero había comunicado a su alteza Felipe de

Hesse que «no hallaba nada ni en el Viejo ni en el Nuevo Testamento» que se opusiera a su segunda boda, sin haber enviudado. Convencido de que lograría su propósito, Felipe de Hesse había hecho llamar a algunos de los nobles más destacados para mostrar en aquella decisión la manifestación de su poder. Había recibido a todos con gran cordialidad y extremadas muestras de regocijo y hospitalidad, pero nadie pudo evitar que al aparecer Lutero en el salón se produjera un incómodo silencio. Lutero avanzó unos pasos y se detuvo. Luego continuó caminando con la vista al frente y decidido a no hablar con nadie. Por unos instantes lo único que se oyó fue el ruido de sus ropas talaras al rozar contra el suelo. Estaban bien almidonadas, y esto producía una fricción muy rumorosa. Nadie dejó de notar dicha circunstancia, y los bellos adornos de piel que lucía en los puños y el cuello. Cuando trata con los señores de la tierra, el exagustino no considera de buen tono hacer alarde de humildad. A fin de cuentas, es él quien va a decidir sobre el matrimonio de Hesse y, por lo tanto, sobre el porvenir y el patrimonio de la casa de Hesse. El negro riguroso, sin embargo, no consigue disimular el exceso de carnes que la holgada hopalanda cubre con más voluntad que elegancia. Finalmente se detiene y saluda ceremoniosamente a los presentes y, con mirada desafiante, escruta los rostros, las expresiones, buscando un destello, una mínima señal de desaprobación para acabar con ella antes de que se manifieste. Tiene poder para imponer su voluntad, porque su voluntad es la de los príncipes alemanes, y la voluntad de los príncipes alemanes es la suya. En aquel tenso silencio, todos temen algún comentario desafortunado de Guillermo de Marburgo-Waldeck, ferviente partidario de Lutero y del príncipe Juan de Sajonia a quien la vejez le había soltado la lengua y andaba diciendo últimamente a quien se le ponía por delante lo que no se podía decir ni en público ni en privado. Y, efectivamente, con la temeridad de un adolescente, nada más saludar con grandes muestras de afecto y enérgicas palmadas en el hombro a Lutero, le espeta:

—¿Y yo?, ¿cuándo puedo yo empezar a formar mi propio harén? Ah, no se deje engañar por mis años, mi buen amigo, porque estoy todavía en muy buenas condiciones.

Y, como para demostrarlo, soltó una rotunda carcajada que nadie se atrevió a secundar. La mirada que el exagustino le dedicó hubiera resquebrajado un bloque de granito:

—Procure su excelencia moderar sus ímpetus, porque conviene a los cristianos hacer gala de templanza.

El viejo arrugó el bigote con extrañeza, como un gatito al que le quitan la sardina:

—Eso será a los papistas. ¡Acabáramos! O se puede o no se puede. Aclárenos su merced de una vez qué nos está permitido y qué no nos está permitido a los hijos de Dios en estos tiempos. No se puede conducir a los rebaños, por dóciles que sean, diciendo un día esto y al siguiente lo contrario. En este particular de las esposas, la Ramera de Babilonia siempre ha tenido...

En aquel momento, Juan Federico de Sajonia intervino con todo el peso de su autoridad y de su voluminosa humanidad para zanjar una discusión que amenazaba con desembocar en un desagradable debate a todas luces inadecuado y poco conveniente para el futuro de la Reforma y sus príncipes, por más que se tratara de aquella boda nunca antes vista en las tierras cristianas ni de Oriente ni de Occidente. Con un gesto vigoroso ordenó a su sobrino Augusto que apartara al viejo con mano firme agarró del brazo a Martín Lutero, que había enrojecido notablemente y parecía a punto de estallar en uno de aquellos paroxismos de ira que eran famosos en él y justamente temidos.

Así que el gran Lutero, el sobrecogedor Lutero, no había querido officiar la boda del landgrave Felipe de Hesse y su segunda esposa, Margarita von der Saale. Esto había dado lugar a toda clase de rumores y le había restado lucimiento al acto, pero no legalidad y legitimidad, según el nuevo orden, y eso era lo que el landgrave Felipe quería a todo trance, porque la nueva ley divina y humana tenía que ser tan divina y tan legítima como la otra, y los actos que ella acogiera estaban bendecidos por Dios también. Nadie podía dudar de eso y nadie dudaría. Todo lo que apartara al príncipe de la Ramera de Babilonia y del viejo orden era bueno y lo acercaba a Dios de manera indiscutible, incluso una segunda esposa. Cada acto que alejara del demonio papista, sus costumbres y sus ritos, era grato a los ojos de Dios, que son los de Martín Lutero en esta tierra. ¿No hemos destruido sus iglesias, confiscado sus propiedades y fundido sus crucifijos para hacer moneda? Eso no era robar, decía Lutero, sino recuperar lo que la Ramera de Babilonia le había robado a Alemania. Si era lícito a los príncipes ser cabeza de su propia Iglesia, también lo era tener varias esposas, como el patriarca Abraham. Lo había dicho Martín Lutero y, si él se equivocaba, sería él quien tendría que dar cuentas a Dios por sus extravíos.

Ah, la boda. Porque hubo una boda y doña Inés, la madre de doña Ana, la recordaba muy bien. ¿Cómo no, si era su padre quien se casaba? Fue imposible evitar que los hermanos más pequeños se enteraran. Las mayores habían hecho lo imposible para que Guillermo, Luis e Isabel ignoraran lo que estaba pasando; sobre todo procuraron que no se enterara Guillermo, que ya tenía ocho años y una curiosidad insaciable por todo, y, además, adoraba a su padre. ¿Cómo hacerle comprender que iba a casarse con otra mujer estando viva su madre? Pero, como era de esperar, resultó imposible evitar que lo acabara sabiendo. ¿Quién podía detener la lengua de las mujeres? Por grande que fuese el peligro de que el menor comentario fuese interpretado como una crítica papista a la nueva religión y duramente reprimido, las cocinas, los costureros y los vestidos echaban humo. En cuanto se encontraban dos mujeres solas, sin la presencia de ningún varón, se desataban las lenguas.

En el mercado de Rotemburgo algunas intrépidas habían desafiado abiertamente a las nuevas autoridades, arriesgándose a ser condenadas por defensoras del papa y a perder bienes o ir a prisión o al exilio. María Holstein, que tenía la carnicería más grande y próspera del mercado central de Rotemburgo, proclamaba a gritos,

ensañándose con las chuletas con una violencia que daba miedo, que a ella, a ella, ni Lutero ni san Lutero la iban a convertir en una concubina. El marido, que era un calvo canijo y vago además de borrachín, agachaba la cabeza y le recomendaba con dulzura que fuese prudente, que se estaba buscando su propia ruina y la de toda la familia:

—¿La ruina? ¿Que yo busco la ruina? ¡La ruina viene de cualquier sitio en estos tiempos! ¿Y contra quién? Pues contra las indefensas mujeres; ahora nos toca a nosotras. Acabaremos todas esclavas, con hierros en los pies y la cara tapada como las turcas, y como las españolas, que me han dicho a mí que también se tapan. ¿Para esto entramos en las iglesias y quemamos todo lo que había que quemar? ¡Dios misericordioso, perdona a estos pecadores ignorantes que se han dejado arrastrar por los malos pastores!

Por lo bajini, mientras añadía pimienta y nuez moscada a las salchichas, Matías Holstein apostillaba con sorna:

—Pero ¿a que no devuelves los dos candelabros de plata que cogiste del altar de santa Eduvigis...?

María no lo escuchaba. Tenía tres hijas y no podía dormir pensando en el destino que tendrían sus niñas. A la vista de la situación de histeria conyugal, Matías Holstein, que no era un completo inútil, aunque la mayor parte del tiempo lo pareciera, metió dentro las barricas de salazones y tocino y echó la aldaba antes de que algún vecino envidioso de su prosperidad llamase a las nuevas autoridades. Si sucediese esto, le esperaba, como mínimo, un juicio y una multa. Y adiós a los candelabros de santa Eduvigis.

El pequeño Guillermo, claro está, se había enterado, pero no había comprendido la situación en absoluto. Harto de interrogar a sus hermanas y a los criados, que huían asustados ante las acuciantes preguntas del chiquillo, fue a preguntar a su madre Cristina, que a duras penas lograba mantener las formas y que, interrogada por el pequeño, se derrumbó por completo y acabó encerrándose en el vestidor para que nadie la viera en aquel estado.

Oh, sí, la madre de doña Ana, la vieja señora doña Inés; el anciano mayordomo la recordaba muy bien. ¿Cómo olvidar que el padre se había casado dos veces y había tenido dos esposas vivas? Menos mal que doña Inés se había muerto hacía mucho y no podía ver ya la triste situación en que se encontraba su única hija, después de haber presenciado lo que le pasó a su madre. Aunque no se hubiera sorprendido, porque doña Inés, como su abuelo el Barbudo, siempre supo que aquel dinero mal adquirido traería desgracias y solo desgracias. Desde el día de aquella boda islámica, como doña Inés la llamaba en la intimidad, cuando estaba con sus damas de confianza, había rezado cada noche de su vida por la destrucción del nuevo clero y la nueva ley, incluso después de que la casaran con su tío, Mauricio de Sajonia, que había heredado de su padre una inmensa fortuna tras obligar a la conversión forzosa a todo el principado.

—No importa lo que mis labios digan, mi buen Gabriël. Dios sabe que yo estoy con él.

Qué señoras tan desdichadas, abuela, madre e hija. Verdaderamente, pensaba el viejo criado, si me lo contaran, no lo creería. Pero el hecho es que nadie se lo contaba. Él estaba allí, un año tras otro, para verlo todo y recordarlo, para ver a sus señoras, una tras otra, destrozadas, humilladas, hasta ser meras sombras de lo que habían sido, y la última, pobre doña Ana, a las puertas de la muerte, por voluntad propia.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí, Dios mío? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Le dolía la espalda. Todo le dolía en realidad, pero la culpa del dolor de espalda en concreto la tenía aquel maldito sillón, aquel malhadado regalo de bodas venido de Hesse. Hércules y la hidra de Lerna, caoba del Tigris. Eran doce horrores tan tallados y retorcidos que ofendían la vista. Estaban por todo el castillo, como las pesadillas de las que no se puede escapar. Los habían distribuido por parejas, tal y como había dispuesto después de los esponsales el príncipe Guillermo de Orange, en el castillo de Dillenburg. Tras la expulsión, le había sido permitido a doña Ana (¡cuánta gentileza, tras dejarla en la miseria!) llevarse los sillones, y ella había insistido en mantener la absurda distribución por parejas, como si aquel gesto de obediencia al esposo pudiera servir ya para algo. En esto las tres se habían comportado igual, con la sumisión de un perro de agua. Las tres habían querido ser la esposa obediente, la esposa cristiana ejemplar. Que todo el mundo supiera que eran las más leales, las más honradas, para así demostrar que no merecían lo que sus maridos habían hecho con ellas. La historia, las cortes de Europa, admirarían su entereza y su virtud. Pero el viejo Gabriël sabía que no, y no porque fuera muy listo, sino porque ya había aprendido a aplicar la nueva lógica de la difamación y la memoria. Cada presente vivido en los últimos años le había enseñado que la verdad podía morir irremisiblemente sepultada tras las apariencias fabricadas por los nuevos señores. Y Orange era no solo mucho más poderoso que Lutero, sino también y sobre todo mucho más listo. No, no había salida ni habría justicia en el porvenir. Su señora estaba condenada por toda la eternidad. No solo había perdido su fortuna y sus hijos, sino que también la habían despojado de su reputación y de su derecho a dejar un recuerdo honorable de su paso por la tierra. Doña Ana debía ser destruida y lo sería, porque si no su marido no podría casarse con otra y arrebatarle la fabulosa dote que su padre le dejó al morir y que había salvado a los Orange-Nassau de la ruina. La herencia de Mauricio de Sajonia era colosal.

¿Acaso alguien se acuerda ya de su majestad la reina Catalina de Aragón? Tan noble, tan culta, tan virtuosa, hija de unos padres tan poderosos... y había sido igualmente reducida a la condición de concubina por aquel engendro de sangre y grasa que había pasado a la historia como Enrique VIII de Inglaterra. Sí, el rey inglés pasará a la historia; ella no. Como también pasará a la historia de los grandes hombres aquella urraca hambrienta de dinero y poder que era Guillermo de Orange, pero ella, su señora doña Ana, ella no. Las dos serán borradas de los libros, porque la

historia la escriben los hombres, y ellas son dos manchas imposibles de limpiar en la grandeza gloriosa de sus maridos; dos ladrones de dote, tan rufianes como los salteadores de caminos por más que llevasen el título de príncipe; dos asesinos.

La espalda le dolía cada vez más. Y la culpa era de aquel sillón de mal agüero. Tanto si doña Ana vivía como si no, los mandaría quemar en una chimenea. Que al menos sirvieran para leña. Buena falta les iba a hacer para pasar el invierno, si es que llegaban al invierno. De repente, Gabriël de Boor cayó en la cuenta de que el sillón que tenía en frente representaba a Hércules desviando el Escamandro para limpiar los establos de Augías, y dio un respingo.

Guillermina Jaansen iba y venía por el corredor de los criados, y cada dos por tres se asomaba a la puerta del vestíbulo para ver si el viejo mayordomo daba señales de vida o si dom Isaac bajaba de los aposentos de la señora... En fin, para saber si había o no había señora, o si se comía o no se comía en aquella casa de locos. Ganas le daban de volverse a su pueblo. La cocinera esperó para ver si aquel respingo era señal de que el viejo mayordomo había vuelto de su ensimismamiento, pero no. Solo cambió de postura y, como antes miraba las escaleras, ahora se puso a mirar con fijeza de buey ciego al sillón que tenía enfrente, que era bien lindo, por cierto, con todos aquellos relieves tan bien tallados, pensaba Guillermina. Ya quisiera ella tener un sillón como aquel. Lo vendería para comprar una vaca y volvería a hacer quesos... ¿Adónde vas, Guillerminita? ¿Adónde vas con esa cabeza loca? Que ya no tienes casa ni establo ni quesería ni nada. Mejor no pensar en ello. ¿A esperar? Pues a esperar. ¿Que la señora se moría y se quedaba sin colocación? Pues ya saldría algo. Peor lo tenía aquel chicharrón sin pringue que estaba allí sentado, más tieso que la pica de un lansquenete. Si la señora se moría, ¿quién iba a heredar al viejo Gabriël? Porque, según había oído, la señora doña Ana lo había heredado de su madre, doña Inés, y esta de su madre, doña Cristina, pero ahora, claro, si esta se muere, pues no tiene adónde acudir y, además, que ya está viejo. Como no haya sido muy ahorrativo y previsor... Pero qué disparate; a buen seguro que el viejo tenía bien abrochados los corchetes, porque buen administrador sí que era, y un sieso, eso también. No obstante, el dinero no se le iba por los agujeros del pantalón; si no, a ver cómo hubieran podido vivir todos aquel último año. Y los jornales los pagaba religiosamente, menudo era aquella mojama seca para los menesteres del cobrar y el pagar. Un milagro era que habiendo reducido el príncipe la renta a una décima parte, según había ella oído decir, hubieran podido comer todos y vivir decorosamente; aunque cada vez menos, que hay que ver cómo estaba el parque, que daba pena verlo. Qué vergüenza, una señora tan principal y verse así, porque la rica era ella, y ella era la que había sacado a los Orange-Nassau de la ruina, y después, mira, pues no le habían dejado ni las joyas de su madre, y luego ponerla en la calle peor que un perro. Qué tiempos.

—Dios bendito —murmuraba Guillermina Jaansen cada vez más acalorada—, siempre hubo ladrones, en lo más bajo y en lo más alto, pero esto de ahora... Lo

nunca visto. Cuanto más nobles, más ladrones, y cuanto más ladrones, más poderosos. Claro, roban a unos y lo regalan a otros, y estos están muy agradecidos, y los otros, pues al exilio si quieren conservar la vida.

Cuántas desgracias había traído aquella inmensa fortuna que el abuelo de doña Ana, Enrique V de Sajonia, había amasado al hacerse protestante. Como si hubiera estado dotado del don de la profecía, el viejo Jorge el Barbudo había intentado evitar por todos los medios que su hermano Enrique heredara el ducado de Sajonia. Sabía que Enrique no resistiría la tentación de apoderarse de tanto dinero y de manera tan fácil, pero Jorge el Barbudo no tenía heredero varón y no pudo evitar que el ducado pasara a su muerte a su hermano menor. Enrique, que ya no era joven y que había vivido toda su vida sujeto a las rentas de su hermano Jorge y humillado por la modestia con que se le obligaba a vivir, se hizo protestante nada más heredar el ducado y se proclamó cabeza de la Iglesia de Sajonia, único dueño de sus propiedades y rentas, y también de las de todos aquellos que se negaran a aceptar la nueva religión bajo las penas de confiscación y destierro. El botín había sido colosal. Enrique murió sin haber terminado de inventariar la inmensidad de sus riquezas. El viejo Barbudo había muerto repitiendo una y otra vez:

—Sé lo que hará y sé que esto traerá la desgracia.

Y no se equivocó.

Guillermina Jaansen, que seguía recorriendo el pasillo en trance de perder los nervios, dióse cuenta de que el viejo Gabriël de Boor asentía una y otra vez con la cabeza y pensó con horror que el mayordomo estaba ido y que no había nadie en aquella casa desquiciada con autoridad para disponer la comida. ¿Se atrevería ella? De ninguna manera. Solo faltaba, entre tantas tribulaciones, que la pusieran de patitas en la calle por extralimitarse en sus funciones, pero tampoco era necesario aquel ayuno, en medio de tantos sobresaltos. Ella estaba dispuesta a servir a su señora en la prosperidad y en la adversidad, pero pasarse todo el día sin comer... El hambre es mucho sacrificio, y en un día tan terrible. El corazón encogido y el estómago vacío hacen mala compañía. Aunque, bien pensado, y poniendo las cosas en su sitio, hambre nunca habían pasado desde que los echaron del castillo de Orange, por lo menos hasta ahora. Dios dirá lo que queda por venir, porque la princesa... Oh, no. Ya no se la puede llamar «princesa» nunca más. Lo había prohibido taxativamente Monsieur de Boor con gran aparato de amenazas y castigos. La señora enloquecía de dolor cuando se oía llamar así. Pero por otra parte, tampoco se la podía llamar «duquesa», toda vez que el título lo tenía su tío Augusto, y la duquesa era su esposa. Doña Ana ya no tenía derecho a usar título ninguno. En fin, ¿qué más le dará ya a la pobre mujer, si no le han dejado ni los retratos de sus hijos? No. Guillermina Jaansen no envidiaba el destino de su señora. Y había sido una buena señora, aunque ahora estuviera medio loca y al borde de la muerte. Todavía resonaban en sus oídos los alaridos de doña Ana cuando vinieron a llevarse a la niña pequeña, la única que le quedaba, por orden del príncipe Guillermo. Este pensamiento incomodó a la cocinera

tanto que se esforzó por apartarlo violentamente de su cabeza y, no sabiendo qué hacer, se asomó de nuevo a ver si el mayordomo seguía cabeceando como un lunático al pie de las escaleras. Ya no cabeceaba, pero seguía flotando en el aire ausente y fantasmal que poco a poco había ido adueñándose de aquella casa. ¿A qué engañarse? El barco se hundía cada día un poco más. Todos lo sabían por más que el mayordomo se esforzara en dar a cada jornada una apariencia de normalidad. Y ahora, que también él parecía haber perdido el norte y la voluntad, no había que engañarse más. Si la señora se muere, ¿qué será de todos nosotros, los que la hemos seguido en su desgracia? Y, si no se muere, lo que queda es ir prolongando esta agonía. El destino, en cualquier caso, no se mostraba lisonjero.

Con la cabeza aturullada por la incertidumbre y el hambre, Guillermina Jaansen se detuvo a escuchar y pudo percibir pasos en la escalera principal. Sin detenerse a reflexionar, se lanzó por el corredor de las cocinas hacia la puerta del vestíbulo, pero un resto de sentido común la hizo detenerse en seco antes de haberla traspasado. Si el mayordomo la veía, lo más probable era que la mandara de nuevo a las cocinas. Lo mejor era acurrucarse tras la puerta y escuchar lo que venía a decir dom Isaac, porque sin duda era él quien descendía por las escaleras.

El viejo Gabriël se levantó como movido por un resorte y miró al médico con tanta angustia que no pudo articular palabra. Eso, sin embargo, no impidió que recordara sus deberes de cortesía y se acercó al pie de la escalera para ayudarle a descender los últimos peldaños. Venía agotado el judío de aquella lucha de varias horas cuerpo a cuerpo con la muerte, pero todavía tuvo ánimos y compasión para sonreír al mayordomo y tranquilizarlo:

—Sosegaos, sosegaos, mi buen amigo, que el peligro ha pasado... Al menos por ahora doña Ana se salvará. Estáis pálido y tembloroso y eso no puede ser. Solo faltaba en esta casa que enfermarais vos.

El viejo elevó los ojos al cielo en señal de gratitud y respondió con mejor semblante:

—Nada temáis por mí. Soy viejo, pero estoy bastante entero y seré capaz de soportar lo que venga, como he soportado lo pasado, y bien sabéis vos que estos últimos cuatro años no han sido pequeña prueba.

—¡Cuatro años ya! Sí, sin duda, el tiempo se desliza con paso regular para todos, pero a los viejos parece que se nos vuelve humo. Yo hubiera dicho que habían pasado solo unos meses desde que vine aquí por vez primera para atender a doña Ana en el parto de la pequeña Cristina.

—Pues son cuatro años, uno tras otro, y, aunque Dios nos manda soportar con paciencia la adversidad, como hizo Job, resulta cada día más difícil sobrellevar esta injusticia y esta afrenta. Es un crimen perpetrado delante de todos y para todos invisible. ¿Vos creéis que doña Ana podrá soportar la ausencia de la niña? —preguntó Gabriël de Boor con el tono de quien ya conoce la respuesta.

—Pedís un imposible —respondió el médico—, y no puedo ni quiero engañaros. Doña Ana no puede vivir porque no quiere vivir, porque le han quitado todas las razones para ello, y fuerza es que hablemos por extenso de vuestra señora y su porvenir, mas no aquí.

El viejo mayordomo dejó escapar un gemido de dolor que Guillermina Jaansen escuchó perfectamente desde su escondite tras la puerta y no pudo evitar un sobresalto.

—Vamos, vamos. Hay que tener valor, amigo mío. Cada día trae su tarea y su carga de trabajos y afanes. No miremos más allá de la jornada presente o nos flaquearán las fuerzas. ¿Adónde podemos ir sin ser molestados?

—Ay, sí. Hay que precaverse de oídos indiscretos, y más de los espías del esposo adúltero. Sé, porque lo sé, que no hay mota de polvo que se mueva en esta casa sin que el príncipe de Orange se entere casi al minuto.

—¿Y no habéis podido...?

Con un gesto de desesperación, el mayordomo negó vigorosamente con la cabeza.

—No, no he podido y bien que lo he intentado. Me conocéis y sabéis que no dejo que la hierba crezca bajo mis pies, pero el espionaje, la delación, la difamación... Esos son los elementos entre los que su alteza Guillermo de Orange se mueve a su sabor, y por más que he procurado...

—Vamos, vamos, no prolonguemos más esta conversación en sitio tan indiscreto.

—Sí, sí, tenéis razón. Seguidme, por favor. Iremos a pasear por el parque. Así podremos ver a cualquiera que se acerque y no hay allí escondite que pueda proteger a ningún espía.

No sabiendo si el mayordomo y el médico iban a salir al parque por la puerta principal o por el corredor de las cocinas, Guillermina Jaansen huyó despavorida hacia sus dominios. ¡Espías! ¡Espías del príncipe en el castillo de Dresde! Si la pillaban figando, seguro que la tomarían por uno de ellos, y eso no, eso sí que no. Ella tendría sus cosas, su mal genio y hasta una lengua más suelta de la cuenta, pero espíar para Orange... Eso nunca. Con solo mentarlo se le ponía la piel de gallina. En los últimos tiempos la impertinente cocinera había dado en pensar que aquel temor pavoroso que le había inspirado siempre su señor era un aviso del ángel de la guarda. Le tenía tanto miedo que cuando se dirigía a ella se le trababa la lengua y solo atinaba a farfullar incoherencias. Un día su señor le había preguntado al mayordomo si era tonta o tartamuda, y este había venido a renglón seguido a las cocinas a echarle un rapapolvo por su torpeza. Pero aquella voz tan suave, aquellos gestos tan medidos y sobretodo los ojos, de mirada lánguida y párpados gordos... Algo había en los ademanes del príncipe de Orange que avisaba, sí, avisaba a cualquiera que tuviera un poco de pupila, y ella tenía. Claro, espías. Así se explicaban muchas cosas, como aquel trajín incesante de mozos y doncellas que a veces no duraban en el castillo ni dos días. Una idea luminosa estalló en la cabeza de Guillermina Jaansen mientras se dejaba caer en una de las banquetas de la cocina, y fue tanta su alegría que volvió a

ponerse en pie inmediatamente. ¡Entonces el viejo Gabriel confiaba en ella, a pesar de sus constantes reprimendas! Solo en ella y en Rachel Gretchert. Eso era comprensible porque Gretchert había sido la nodriza de doña Ana y, como Gabriël de Boor, había venido cuando doña Ana se casó con el príncipe Guillermo. En cambio, ella no, ella era la única que había entrado a servir en Dillenburg solo tres años antes de que se produjera el repudio y era la única que había acompañado a su señora al destierro. Aquel inaudito gesto de confianza la reconcilió de repente con el mayordomo. Se prometió a sí misma que de ahora en adelante soportaría con mayor paciencia las regañinas del viejo y, sobretodo, sobretodo, contendría su lengua, aquella lengua que lo mismo se trababa que se desataba. ¿Por qué Monsieur De Boor no se había franqueado con ella? Habría tenido los ojos bien abiertos y le habría ayudado a desenmascarar a los espías... La cocinera exhaló un suspiro profundo y sentido. Vamos a ver, Guillermina Jaansen, ¿es que no nos conocemos? Callar, lo que se dice callar, era cosa imposible para ella. El propósito era firme, pero luego con el calor de la conversación se le iba el freno y contaba lo que sabía y lo que no sabía, porque, a veces, esa imaginación tan fogosa, pues le jugaba una mala pasada, y un cabello acababa siendo un caballero.

Del brazo caminaban, despacito, dom Isaac y Monsieur De Boor, sin apoyarse el uno en el otro, de forma que ninguno de ellos sintiera el peso de su acompañante y se viera obligado a tirar de él, exquisita cortesía de dos ancianos tan preocupados por mantener la dignidad propia como la ajena. El parque del castillo de Dresde ofrecía un espectáculo magnífico que ni siquiera el descuido en que se encontraba desde hacía años había podido estropear. La hierba verdeaba furiosamente en las cespederas abandonadas, y los narcisos y las caléndulas brillaban al sol, florecidos aquí y allá, a la buena de Dios. El ojo de un jardinero hubiera dicho que había malas hierbas por todas partes y que apenas si quedaban libres de ellas los caminitos que serpenteaban entre los árboles. Acuciado por problemas más graves y urgentes, y por la perentoria necesidad de reducir gastos, Monsieur De Boor había decidido que debía prescindirse del cuidado del parque. Habían tenido que abandonar el castillo de Beilstein, porque era imposible vivir allí con tan poco servicio. El primer año, con las joyas que doña Ana (y él mismo, sin que doña Ana lo supiera) había conseguido salvar de la voracidad de Orange pudo sostenerse el decoro, pero pronto se vio que el castillo era demasiado grande para que doña Ana y sus escasos criados pudiesen cuidarlo como era debido. Solo entonces comprendió el viejo De Boor toda la perfidia del que había sido su señor.

Pronto el estado en que se encontraba el castillo de Beilstein sirvió para levantar nuevos rumores malignos sobre doña Ana, sobre su falta de responsabilidad y su desidia, sobre su debilidad mental y su indiferencia a la opinión ajena. Doña Ana era una descuidada, estaba medio loca y no atendía a sus deberes. ¿No saltaba esto a la vista de todo el que quisiera verlo con solo mirar el estado en el que, en tan poco tiempo, había caído el castillo que Orange había entregado con tanta misericordia y

magnanimidad a aquella esposa adúltera? Todos se habían hecho lenguas elogiando la generosidad de aquel príncipe ofendido que enviaba a una esposa indigna a tan espléndido lugar. Pero Monsieur De Boor hacía tiempo ya que conocía las turbias entretelas del príncipe Guillermo. *Timeo Danaos et dona ferentes...*, se decía a sí mismo. Todavía no sabía dónde estaba el ardid, pero estaba convencido de que en algún lugar estaría oculto. Así que, en medio de una incompreensión general, había escrito a unos y otros —especialmente al duque Augusto, tío de doña Ana y su único pariente varón pidiendo, suplicando, rogando intercesión, para que fuese otro el lugar del destierro. Orange, no obstante, se mantuvo inflexible y hasta se mostró dolido. Pero ¿qué más quiere esa mujer? A todas las cortes alemanas y a otras muchas el príncipe hizo llegar protestas de su generosidad. Y quienes ya miraban a doña Ana con desconfianza se sintieron aún más inclinados a pensar que ciertamente no parecían sus actos regidos por el sentido común. Para contentar a aquella loca había consentido en trasladar su residencia a Dresde. Y era bueno que hubiera testigos, porque doña Ana había llegado verdaderamente al límite de su resistencia. Ahora hacía ya meses que las gentes de la ciudad y los forasteros se asomaban al parque para lamentar su abandono y confirmarse en la idea —que ya Orange se había encargado de esparcir por mesones, parroquias y salones— de que doña Ana era una loca irresponsable y una adúltera.

Sin embargo, las malas hierbas no saben que lo son y tienen la arrogancia de tener flores, tan rojas, tan azules, tan moradas como las demás. Tampoco los árboles que las sombrean las distinguen con su desprecio. De esta manera, el parque de Dresde estallaba de verdor y de color. El mes de mayo había repartido sus dones con admirable ecuanimidad, llevando luz y vida nueva a plantas y árboles.

Alejados ya del castillo un buen trecho, dom Isaac y De Boor se detuvieron para dar alivio a las piernas y principiar una conversación que ambos sabían que sería dolorosa y probablemente inútil.

—Tened la bondad de decirme, Monsieur De Boor, antes de nada, si existe algún medio que permita a doña Ana recuperar a la pequeña Cristina.

De Boor, que había previsto aquella pregunta, sacudió tristemente la cabeza:

—¿Creéis vos que si hubiera algo que pudiera hacerse no estaría ya hecho?

—Lo sé bien, lo sé muy bien, mi leal amigo. Nadie mejor que yo conoce vuestros desvelos por esta desgraciada mujer. Pero tenía que preguntarlo. Pienso y repienso y no puedo engañarme a mí mismo ni a vos. No queda ya en doña Ana fortaleza ni salud para soportar este golpe, de una crueldad verdaderamente inaudita. La niña ha sido la única razón para vivir que doña Ana ha tenido durante estos cuatro años. Y no entiendo nada, porque flaco favor se hace el príncipe arrebatándosela ahora a su madre. Si no es hija suya, como él propaga a los cuatro vientos, ¿qué sentido tiene arrancarla del lado de su madre?

El mayordomo miró a dom Isaac con tristeza.

—Bien se ve que no conocéis al príncipe de Orange. Todo estaba previsto y cuidadosamente planeado desde el comienzo. Él dejó a la niña con su madre porque tenía que desentenderse de ella para demostrar que efectivamente no era suya. Pero este no era su único propósito. Crimen mejor planeado no cabe. Sabía que doña Ana se aferraría a su niña con toda la desesperación de una madre a quien le han arrebatado todos sus hijos. En aquellos días de angustia indecible, a punto estuvo mi señora de admitir que la niña no era hija del príncipe con tal de que no se la quitaran. Esto pude evitarlo con largas pláticas y buenos consejos, y doña Ana nunca admitió una falta que no había cometido. Yo sabía que Orange no le quitaría el bebé. Entonces no le interesaba. Doña Ana sacó fuerzas de flaqueza para soportar su desgracia y su vergüenza porque la niña permaneció a su lado. Pero yo temía, porque he aprendido a temerlas, las verdaderas intenciones de Orange, que nunca son visibles a primera vista. Y ahora comprendo con toda claridad cuál era su propósito. A la vista está.

—Pues yo no. Disculpad mi torpeza. No veo qué gana Orange ahora haciéndose cargo de una criatura cuya paternidad ha negado una y otra vez. Es arrojar piedras contra su propio tejado. Si la niña no es suya, ¿qué le importa a él su destino? Es más, su mera presencia debería ofenderle.

Con gesto de resignación, De Boor miró al médico y elevó las cejas en forma de muda interrogación:

—No comprendéis, ¿verdad? Sí, puede ser. Los propósitos de Orange son siempre tan retorcidos. Hay que seguirle las veredas muchos años para entender. Venid conmigo y sentémonos en alguno de estos bancos de piedra. Sé que no están muy limpios y os pido disculpas por ello...

—Vamos, vamos. Vuestra merced no tiene que sufrir ahora por estos pequeños detalles.

Dom Isaac sacó de su jubón un pañuelo y sacudió con pulcritud el polvo y las hojas caídas sobre el banco.

—Ya está, ¿veis? Es poca cosa un banco sucio, así que sentémonos y continuad con vuestra explicación, porque yo no veo aquí más que la crueldad de un demente que con tal de hacer daño es capaz de perjudicarse a sí mismo.

—No, no. Os equivocáis. La crueldad de un demente puede que sí, pero ¿hacerse daño a sí mismo? Eso jamás. Examinad bien los hechos. Orange dejó a la niña con su madre, primero para demostrar que no era suya y después para que doña Ana tuviera, en medio de su desesperación, una razón para vivir. Entonces todavía necesitaba tiempo, tiempo para destruir la reputación de mi señora; tiempo para convencer a todos de que el adulterio no era una excusa inventada para repudiar a doña Ana y apoderarse de la inmensa fortuna con que su padre, el duque Mauricio, la dotó. A esto ha dedicado estos cuatro últimos años y, para ello, necesitaba que doña Ana estuviera viva. Durante este tiempo...

El viejo mayordomo hizo un gesto de desesperación y se golpeó las rodillas con los puños:

—¡Qué difícil es explicar esto! Pero ¿de verdad no lo veis? ¿No os dais cuenta?

—Creo que voy comprendiendo adónde vais a parar, pero, por favor, continuad, porque maldad tan monstruosa no puede un hombre normal figurársela sin ayuda.

—Lo comprendo, dom Isaac; lo comprendo muy bien. Hay que penetrar muy hondo en las tinieblas para ver a Guillermo de Orange en su verdadero ser. A mí también me llevó mi tiempo. Después quise explicarlo y no pude... Vos, al menos, queréis comprender; vos, al menos, habéis alcanzado a imaginar lo que de verdad está ocurriendo: que mi señora Ana ha sido robada y está siendo asesinada delante de todos por su marido, después de ser calumniada y despojada de todo cuanto amaba. Vos mismo lo estáis viendo. Durante estos años no ha habido mes en que no se esparciera un nuevo rumor que viniera a ensuciar aún más la ya dañada reputación de mi señora. Hasta sus enfermedades han sido transformadas en síntomas de una supuesta locura, que ha servido para justificar su encierro, por su bien, claro está. Porque es una adúltera, Orange no ha devuelto la dote tras repudiarla. Pero no porque quisiera adueñarse de esas riquezas. No. Es que tiene que velar por la herencia de sus hijos porque él es un hombre tan responsable y virtuoso, y ella, además de adúltera, está desequilibrada. ¿Cómo entregar semejante fortuna a una mujer sin seso? La dilapidaría toda. No. Él, tan bueno, tan honrado, tan noble, tan ofendido, no puede permitir eso. Si doña Ana está encerrada en su castillo, es porque está demente y melancólica. Al principio, utilizaba cualquier salida de doña Ana —toda participación suya en la vida social de los notables de Dresde, como corresponde a su clase y condición— para acusarla de buscar amantes y entretenimientos ilícitos. No ha habido segundón arruinado en esta ciudad que no haya recibido una bolsa bien repleta de Orange para que fuera por ahí difamando a mi señora. Doña Ana no tenía recato y andaba como una golfa coqueteando por los salones. Naturalmente nunca se ve la mano de Orange detrás de la bolsa. Los rumores empiezan aquí y allí, poco a poco; nunca se sabe dónde con certeza... Finalmente ya no salíamos más que para ir a misa a la catedral. Y, por último, ya lo sabéis, ordenó que no se le permitiera abandonar el castillo...

El médico miró al mayordomo con ojos espantados.

—Sí, sí. Yo mismo he oído esas hablillas, yendo y viniendo. No cesan. Doña Ana y sus locuras; doña Ana y sus amantes son el tema de conversación de toda Alemania y Flandes y de media Europa, desde hace años. Siempre hay algo nuevo... Cuando cesan, vuelven otra vez al cabo de poco tiempo con alguna novedad... Y vergüenza me da confesar que yo las creí hasta que he visto cómo vive esta mujer, y con qué modestia y recogimiento ha soportado todo lo que su marido le ha hecho. Sí, me avergüenza pensar que nunca se me ocurrió dudar... También yo creía que era una adúltera y una mujer sin seso, hasta que vos me llamasteis y empecé a cuidar de doña Ana y de la niña. ¿Sabéis? Se nota la ausencia de la chiquilla. Esto parece un

cementerio sin ella. Cada día siento más compasión y más indignación, porque lo que esta señora está teniendo que soportar...

Tras elevar las manos al cielo en señal de protesta o de plegaria, dom Isaac se volvió vivamente a su interlocutor:

—Y, claro está, yo creía que aquellos rumores, sí, serían cosa de las gentes, pero que cuando el río suena... Oh, perfidia. Porque lo que vos me queréis decir es que era el príncipe quien esparcía esos rumores... ¿Y entonces las cartas, esas cartas que doña Ana mandó a Hesse, y que han circulado por Amberes, por Bruselas, por... y que parecían escritas por una mujer casquivana y loca?

—Doña Ana nunca las escribió.

—¡Ira de Yahvé! Qué infamia sin parangón. Es fuerza que vayamos a ver al duque Augusto.

El viejo De Boor movió la cabeza en señal de desaliento.

—¿Para qué?

—Vuestra merced me desconcierta. ¿Pues para qué ha de ser? Para poner en su conocimiento lo que vos me habéis contado y yo he visto con mis ojos estos meses. Para exigirle que defienda a su sobrina...

—Desengañaos, amigo mío; el duque lo sabe todo muy bien y, lo que no sabe, lo imagina.

—Pero él ha rechazado la acusación de adulterio y protestó enérgicamente ante el príncipe de Orange por la...

—¿Y qué más ha hecho, aparte de escribir una carta para protestar enérgicamente? Con ello puso a salvo su honor como duque de Sajonia; nada más. ¿Qué más ha hecho, decidme, sino tragar con todo lo que Orange ha tenido a bien disponer? No, desengañaos. Orange es un hombre muy poderoso; tiene aliados en Inglaterra y Francia y ahora es muy rico, y el duque le teme y le teme mucho, como haría cualquier hombre prudente, cualquiera que quiera salvaguardar su tranquilidad y su reputación.

—Sin embargo, el duque tiene medios para dar a conocer ante el mundo esta maquinación sin igual, esta maldad...

—¿Así lo creéis? No, dom Isaac. El duque no podría hacer eso ni aunque quisiera. Paraos a pensar un momento. Toda Europa cree que el rey Felipe II de España, el monarca más poderoso de la tierra, mató a su hijo Carlos. ¿Y acaso ha podido ese rey, en cuyos dominios no se pone el sol, limpiar su nombre de semejante calumnia?

Dom Isaac se puso en pie y caminó unos pasos sin orden preciso, abrumado por una realidad que escapaba a su comprensión.

—Pero ¿qué clase de veneno es este?

El viejo ayo se levantó y miró con tristeza al médico. Se sentía completamente vencido.

—Uno para el que todavía no se ha descubierto el antídoto.

Ana de Sajonia murió seis meses después.

DOCE APÓSTOLES

Para Antonio Luis Gómez Beltrán

A primera vista más parecía una fortaleza que una casa. Realmente imponían sus majestuosos muros, y más todavía si se miraba desde cualquiera de las calles que subían hasta lo alto de la colina, justamente donde ella estaba. Así que decidió no mirar más y caminar de prisa. Apremió a la criadita que la acompañaba, una pariente pobre que no había tenido tanta suerte como ella. Lo mejor era llegar cuanto antes. Era un lugar espléndido para vivir, pensaba, mientras subía la calle que la conducía a la entrada principal, a pasitos cortos porque en el fondo le daba miedo llegar. Nunca había imaginado que ella finalmente viviría en un palacio, porque el majestuoso convento de los agustinos no podía ser considerado de otro modo. Y ahora esto, tanto tiempo deseado, tan soñado, le daba un poco de miedo. O sería la emoción. Se acordó de la víspera del Domingo de Resurrección, cuando había huido de Nimbschen. Aunque solo habían pasado dos años, era otra vida y otro mundo. Aquella inquietud que tenía era estúpida y se avergonzó de sentirla. La vencería, como había vencido otros temores. No tenía más que echar mano de sus recuerdos, de los años amargos que había pasado, de la superiora y, sobre todo, de su tía Catalina, que le ponía paños frescos en la nuca para ahuyentar los malos pensamientos y, con voz suave pero irritada, le explicaba que el destino que su padre había elegido para ella era lo mejor que podía sucederle.

—¿Qué culpa tiene nadie de que nuestra familia esté totalmente arruinada? ¿Qué quieres, que te case con cualquier ganapán? Hija mía, tú no tienes dote ni puedes tenerla. Como yo tampoco la tuve. Eres en todo igual a mí, hasta en el nombre. Y dale gracias a este convento que nos ha acogido; así no somos una carga para la familia y podemos vivir con cierto decoro. Tú lo odias y quieres un marido, pero un marido no es solo un hombre; es una casa que hay que mantener y también hijos que alimentar. Acabarías fregando suelos de rodillas, sirviendo a otros. Y no podrías soportar esa humillación. Eres fea y orgullosa, como yo. Tu padre solo quiere evitarte esa vida de fatigas, de esfuerzo y de pobreza. Ningún noble va a tomar por esposa a una joven que no aporta al matrimonio ni siquiera un ajuar decente.

Tenía muchos recuerdos que agitar para darse valor. La tía Catalina era insistente y monótona. Un día la sorprendió mirando desde un ventanuco a los obreros que reparaban el muro de la huerta. No era ella la única monja que se asomaba, por cierto. Pero tuvo la mala suerte de ser sorprendida precisamente por la tía Catalina, que, a pesar de ser su tía, o precisamente por serlo, decidió hacer público escarmiento de su desobediencia. Aún no sabía cómo había reunido paciencia para no matar a aquella

urraca. Bueno, finalmente se iba a casar. No exactamente como había soñado, pero se iba a casar. Y tendría una gran mansión. Mejor que la del burgomaestre. La tía Catalina, solo para fastidiar, no hacía más que decir que no debía confiarse demasiado, que todo podía cambiar. No entendía nada la tía Catalina. De allí no la sacarían más que con los pies por delante... De repente oyó como una especie de aullido y se sobresaltó. Volvió la cabeza rápidamente. La criadita que la acompañaba también lo había oído y miró hacia atrás. No pudieron ver más que una ventana que se cerraba con precipitación. Apremió de nuevo a la muchacha.

—Venga, que te entretienes con nada.

La carpintería de Meister Stübner era un taller próspero y ruidoso. A ello contribuía, sin duda, la numerosa progenie de Meister Stübner y su esposa Pulqueria, que, por riguroso orden de aparición, habían puesto en el mundo a Antón, Frank Edgard, Stephanus, Josefina Ulrica y Enmanuelle. Los hermanos no se parecían entre sí. Todos, menos el pequeño, eran guapos, pero muy distintos. Esto había dado lugar a rumores, aunque nadie había conseguido buscar un padre alternativo para el moreno Antón o el rubio Frank Edgard, el moreno Stephanus y la rubia Josefina Ulrica. El pequeño Enmanuelle, para complicarlo todo, era pelirrojo y además feo como un pecado, aunque tenía una gracia que ninguno de sus hermanos poseía. Con el tiempo los cotilleos se habían ido apagando. Y ahí se habían quedado las malas lenguas.

Meister Stübner era un hombre rudo y hacendoso, grande como una montaña. Pulqueria, en cambio, era pequeña y parlanchina. Le gustaba hablar con todo el mundo y no se contenía. La carpintería además era un lugar propicio para ello y más desde que los dos hijos mayores habían regresado de Dresde convertidos en dos buenos oficiales ebanistas. El padre los había mandado llamar, porque con tantas novedades en Wittenberg había mucha demanda de muebles, y sobre todo de muebles finos. Estaba todo el clero nuevo, los profesores de la universidad recién creada, los protegidos del príncipe Federico, que Dios tenga en su gloria... A Meister Stübner se le atascó el pensamiento. Ya no sabía si esto de la gloria podía decirse o no. Bueno, ahora no tenía importancia. Tras la muerte del príncipe Federico, su alteza el príncipe Juan también mantenía más o menos los mismos protegidos e incluso había traído más a la ciudad. Las calles eran un hervidero de pintores, grabadores, impresores, predicadores...

Antón y Frank Edgard habían vuelto de Dresde con muy buena fama, pero todavía no habían podido lucirse todo lo que su padre habría deseado, y su madre, proclamado y deseado. El carpintero era hombre de pocas palabras o ninguna, seguramente porque tenía una voz aflautada y ridícula para un hombre de su envergadura. Había buenos encargos, pero no tantos como cabía esperar. Los nuevos ricos, sin duda para imitar a los antiguos, preferían hacerse los muebles en Dresde, donde había artesanos de sólido prestigio. Los encargos que llegaban al taller de Meister Stübner eran más o menos de medianías que no hilaban muy fino en las sutilezas de la imitación del señorío. Esto daba tiempo a los hijos mayores, que

volvieron de Dresde convencidos de que eran dos hombres de mundo, para ir a los mesones y a los templos con ánimo de diversión y polémica. Allí proclamaban su admiración por el príncipe y por Martín Lutero con el beneplácito de su padre, a quien había ofendido sobremanera que Federico regresara de la Dieta derrotado. Un príncipe de Sajonia había estado a punto de convertirse en emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y había sido arrinconado por un jovencuelo a quien nadie conocía y cuya madre era además una princesa española medio judía. Para colmo, era un Habsburgo, que a fin de cuentas no eran alemanes. Así estaban las cosas en el Sacro Imperio. Era vergonzoso lo que había sucedido en la Dieta. Solo la perfidia latina y el dinero judío podían explicar que el príncipe de Sajonia hubiera sido humillado de aquel modo, y, con él, toda Sajonia y todos los alemanes.

Meister Stübner, famoso por su laconismo, reaccionó ante la ofensa y ordenó a su tercer hijo que abandonara el convento de los agustinos donde había sido admitido como novicio cinco años antes, a la edad de doce años. Stephanus obedeció sin replicar. El convento era un caos en aquellos días. La gente arrojaba piedras a las ventanas, y algunas vidrieras se rompieron. Muchos monjes huían, y los que se resistían a hacerlo sabían que no aguantarían mucho más. Stephanus no quería separarse de su maestro, y se armó de valor para decirle que, si él se marchaba, le permitiera acompañarlo. El maestro negó tristemente y se limitó a contestar:

—Somos monjes alemanes, Stephanus. No tenemos adónde ir. Al menos yo no, pero tú quizá sí, porque eres casi un niño. Debes volver a tu casa y olvidar lo que te he enseñado.

Stephanus había abandonado el convento y regresado al hogar. Era obediente y taciturno. Pulqueria lo empujaba hacia la taberna y se esforzaba porque hiciera sociedad con sus hermanos y con otros jóvenes de su edad.

Pulqueria le decía:

—Anda, hijo, péinate un poco y vete con Antón y Frank Edgard al baile.

Y Stephanus obedecía. Si la madre le pedía que acompañara a Josefina Ulrica al mercado, lo hacía sin rechistar, pero contestaba con monosílabos a las preguntas impertinentes de la hermana y sonreía con poco entusiasmo ante sus confidencias indiscretas. Una vez, Josefina Ulrica, animada por aquel silencio que parecía complaciente, le había contado que hablaba con su pretendiente Sebastián a través de la ventana de la cocina cuando todos dormían. Y, para sorpresa de Josefina Ulrica, Stephanus le había contestado, mirándola directamente a los ojos, con una autoridad que ella jamás hubiera imaginado, que aquello tenía que acabar y que, si no dejaba de hacerlo, se lo contaría todo al padre.

—Hablarás con Sebastián solo una vez más, y yo estaré presente, para decirle que no vuelva más. Si quiere relaciones, que haga lo correcto.

Josefina Ulrica lo miró indignada y le soltó todo lo que se le vino a la boca, que era un santurrón católico romano y que se equivocaba si creía que iba a ser santo porque los santos de los romanos no eran nada en Sajonia, y que él, que no llegaba ni

a eso, era menos que nada. Stephanus no se inmutó y le respondió que qué prefería, si obedecerle a él sin que nadie se enterara o que se lo dijera al padre. Desde entonces Josefina Ulrica huía de Stephanus como de la peste, y Pulqueria, aunque porfió, no logró enterarse de lo que había sucedido entre sus hijos.

Dos semanas después Josefina Ulrica supo en la panadería que Sebastián se había prometido con la hija de uno de los predicadores forasteros que se habían avecindado en Wittenberg al calor de las nuevas oportunidades. En el esfuerzo para que las lágrimas no se le salieran de los ojos delante de aquellas comadres que la miraban tan sonrientes, las monedas se le escaparon de las manos y cayeron al suelo. Regresó a casa sin darse cuenta de por qué calles caminaba. ¿Cómo había podido dejarse engañar de aquel modo? El orgullo le dolía más que una piedra en el riñón. No volvería a tener otro pretendiente tan guapo. ¡Y ahora ya no podía ni meterse a monja! Stephanus la sorprendió llorando a mares, mientras desplumaba un pollo en el patio. Josefina Ulrica lo miró fijamente a medio camino entre el odio y el temor, pero Stephanus sonrió apaciblemente.

—¿Vamos a la Hauptplatz? Hoy es día de mercado.

Como una catarata, Josefina Ulrica se echó al cuello del hermano. Stephanus no preguntó nada. La ayudó a desplumar el pollo y pocos minutos después caminaban los dos en silencio hacia la plaza. Y Pulqueria, aunque de nuevo preguntó e interrogó, no consiguió tampoco enterarse de lo que había ocurrido entre sus hijos.

A pesar de esta buena armonía, cada mes que pasaba, Pulqueria miraba al joven Stephanus con más preocupación. No encajaba en la casa. No estorbaba; obedecía, trabajaba, pero parecía un extraño. Pulqueria quiso preocupar al marido, pero fue inútil. Meister Stübner no tenía cabeza para aquellas aprensiones femeninas. El chico estaba sano, comía bien y dormía bien, y se le veía fuerte y con buen color. Esto era evidente. Era callado, sí, seguramente para no parecerse a su madre.

—No todos los hijos van a ser como tú, Pulqueria. Deja al chico tranquilo.

Pero la madre no conseguía sosegar aquel vago malestar. Se levantaba a deshora para ir a ver qué estaba haciendo Stephanus, y una y otra vez lo sorprendía de rodillas en medio del patio, mirando al cielo, completamente ajeno al frío o al viento. Era evidente que estaba rezando y Pulqueria, que no era ni muy discreta ni muy prudente, no se había atrevido a interrumpirlo, ni siquiera a preguntarle por qué rezaba a aquellas horas y de aquel modo. Temía que echara de menos el convento, pero no lo parecía porque iba con gusto a escuchar a los nuevos predicadores. No se perdía uno. Sin embargo, no hablaba nunca ni de Dios, ni de Roma, ni del señor Lutero, ni comentaba jamás los cambios sorprendentes que habían sucedido en la ciudad y en toda Sajonia.

Pulqueria se daba cuenta de que su hijo escuchaba a los demás, con atención, con atención reconcentrada incluso, pero nunca decía lo que pensaba. Intentó sonsacarlo con toda la mano izquierda de que fue capaz, pero Stephanus se escurría como una anguila entre lugares comunes y protestas de ignorancia. En el aturdimiento de su

parloteo incesante, a Pulqueria a veces se le llenaba la cabeza de negros nubarrones que no sabía de dónde venían. El negocio iba bien y la casa prosperaba, aunque no tanto como habían pensado al principio. No es buena la codicia, pensaba. Algunos se morían de envidia viendo cómo vivían los protegidos del príncipe y se quejaban de que no habían recibido lo que por sus esfuerzos merecían. Y hasta los había tan atrevidos que decían que había llegado el momento de que la justicia de Dios reinara en la tierra por encima del papa, de los obispos, del emperador y hasta de los príncipes. Pulqueria había escuchado a uno que, subido en un barril en el corral de la casa de postas, proclamaba que el príncipe Juan de Sajonia no tenía derecho a quedarse con las tierras y las propiedades de los curas, que debían ir a parar, del clero romano que las había robado, al pueblo alemán, que era su verdadero dueño; que esta era la voluntad de Dios y que quien se lucrara de aquella justa y santa secularización de propiedades era un siervo del Anticristo. A Pulqueria lo de los romanos no acababa de encajarle bien porque nunca había conocido más que curas alemanes, así que pensó que debía de haber muchos en Alemania, pero que estarían en otro sitio. Aquel hombre, exaltado y al mismo tiempo iluminado por la inspiración divina, decía:

—Alemanes, no os dejéis engañar por los nuevos siervos de la otra Ramera de Babilonia que ha venido a instalarse aquí. Hemos derribado al papa en Alemania para ser liberados de la tiranía de Satán, para ser la vanguardia de los ejércitos de Dios. Su justicia es nuestra fe, y quien se oponga a ella es una piedra maldita en el camino de la salvación, en el sendero hacia el reino de Dios...

A Pulqueria le había dado tanto miedo que abandonó el corral de la casa de postas casi corriendo. A Stephanus tuvo que sacarlo casi a empujones de allí. Parecía fascinado, y eso no le extrañó, porque ella misma lo estaba y se hubiera quedado gustosa a escuchar a aquel hombre joven y hermoso que hablaba de un mundo nuevo, más noble y más justo, pero el corral estaba empezando a llenarse de gente y era posible que aquello acabara en un tumulto. Y no quería verse envuelta en él. A fin de cuentas, la casa de Meister Stübner tenía una reputación que mantener y muchos buenos encargos de los nuevos señores de Wittenberg.

Una mañana de marzo, fría y algo lluviosa, Stephanus desapareció. Dio la voz de alarma Josefina Ulrica, que se había levantado antes que los demás y que fue a llamarlo para que marchara a hacerse cargo de un carro de tablas de buen roble que Meister Stübner había comprado en Reinsberg por recomendación de su cuñado. Como el carro era grande y pesado, y las tablas sobresalían bastante, el carretero había mandado decir que lo fuesen a buscar al camino para acompañarlo por las estrechas calles de Wittenberg y evitar verse atascado en alguna esquina. Ese tipo de inconvenientes terminan por provocar peleas y le amargan a cualquiera el dinero mejor ganado. A Meister Stübner le había gustado aquel carretero tan previsor y organizado y se había prometido contar con él para futuros servicios, si todo seguía como hasta entonces y Wittenberg se convertía, como parecía que se iba

convirtiéndose, en la pequeña Roma de Alemania. Por orden de su padre, Stephanus debía levantarse temprano y adelantarse por el camino de Reinsberg para acompañar al carretero y la madera. Josefina Ulrica lo buscó por toda la casa, pero no lo encontró y, cuando descubrió que no había dormido en su cama, le dio un vuelco el corazón y llamó corriendo a los padres. Quiso irritarse contra aquel hermano insoportable pero no pudo.

Desde Wittenberg a Frankenhäusen hay veinticuatro leguas que Stephanus recorrió en cinco días, sin sentir. El camino le parecía suave, y todo era como una dulce primavera que anunciase un tiempo nuevo y mejor. Todavía de noche, mientras atravesaba la Hauptplatz, se había detenido a mirar a los mendigos que dormían amontonados en los soportales. Criaturas de Dios. Había tantos que no había sitio para todos, y algunos estaban acurrucados a la intemperie, soportando la lluvia fina y caladera que caía a aquella hora de la madrugada. Cada vez había más y cabían menos. Stephanus los veía por todas partes, los veía constantemente y a veces tenía la sensación de que él era el único que los veía, el único que sentía su frío en la piel, su hambre en el estómago. El maestro le había enseñado que la caridad era una virtud, pero Stephanus pensaba que la virtud no quitaba el hambre y que el hambre era muy mala. Desde una esquina de la Hauptplatz, envuelto en la capa de buena lana que Pulqueria le había hecho, pensó que allí había gente que no tenía ni una buena capa de lana ni quizá a una madre Pulqueria, charlatana e insoportable, pero madre, que se la confeccionara. Había muchos huérfanos, unos sin padres y otros con padres, que ya no podían atender tantas bocas y soltaban en los caminos a los mayores, a los más espabilados, para que se buscaran la vida. Stephanus se abrazó a la capa y recordó a san Martín de Tours, que había partido la suya por la mitad para compartirla con un pobre. Él haría algo mejor que eso. Se reprochó aquella vanidad con dureza. Aunque los santos de Roma ya no eran santos, no por eso había que perder el sentido de las proporciones. San Martín de Tours no sería santo, pero algo había hecho, y él, en cambio, no había hecho nada en absoluto. Sin embargo, lo iba a hacer.

Apenas se escuchaban sus pasos mientras atravesaba, en la oscuridad de la madrugada, la Hauptplatz. Stephanus se dio cuenta de lo fácil que era irse. Mucho más complicado era verse con el novio a través de la ventana de la cocina, pensó, y no pudo evitar sonreír al recordar la cara furiosa de Josefina Ulrica. En cambio, irse había resultado tan sencillo, tan poco heroico, que ahora sentía un punto de decepción. Simplemente había abierto la puerta y había salido. Así de fácil debía de ser morir. Atravesar el umbral e irse. De todas formas, no debía pensar en la muerte sino en la vida, en una vida nueva y mejor. Los tiempos estaban maduros. Jesucristo había dicho, y Mateo no había dejado que aquella frase se perdiera: «No he venido a traer la paz, sino la espada». Así debía ser. Había llegado la hora en que el pueblo de Dios dejara de comportarse como las ovejas que van al matadero, balando pero resignadas. Ya no había más podredumbre ni más miseria en la ciudad de Dios.

Miseria sobre miseria. En Wittenberg, con los nuevos clérigos del príncipe Juan solo habían cambiado unos amos por otros.

Stephanus no era muy hablador. En el claustro de los agustinos de Wittenberg había encontrado el silencio, que era para él más acogedor y maternal que Pulqueria. Le pareció que había mucha gente en los caminos y que estos estaban como agitados, pero se dijo a sí mismo que no tenía experiencia alguna como caminante. Nunca había salido de Wittenberg. Sus hermanos, que conocían Dresde, se burlaban de él por eso, pero ellos no habían leído a Platón ni a Cicerón, y él sí. En realidad, sus hermanos tenían pocas y estrechas ideas acerca de cómo era el mundo. Lo único que sacaban en claro de los nuevos predicadores era la agitación, el barullo, el cantar himnos patrióticos golpeándose los germánicos pechos, y maldecir, mucho maldecir a los romanos, a los españoles, a los italianos y a todos los que habían tenido sojuzgada a Alemania, y así, maldiciendo a aquellos ladrones del sur que robaban a Alemania, se pasaban los días, y aquellas cabezas huecas no tenían más misión que entonar canciones a puro grito, cuanto más soeces y más insultantes mejor, y hacer reverencias a los nuevos curas del príncipe Juan. Nadie veía ni quería ver que las ciudades y las aldeas, los caminos y los mercados, estaban llenos de campesinos harapientos que se morían de hambre. Mientras caminaba, apretó contra su pecho las *Doce Demandas*, las doce sagradas demandas a que se habían agarrado los campesinos alemanes con tanta fe como desesperación. Era la voz del pueblo, que es la voz de Dios. ¿Quién puede decir que se equivoca la voz de Dios? ¿Acaso no escuchó el Altísimo a los hijos de Israel cuando lo invocaron? ¿Y no los rescató del poder del faraón?

«Nuestra primera humilde petición es que tengamos poder y autoridad para nombrar al pastor que debe regir la comunidad [...]. En segundo lugar, estamos conformes con pagar el justo diezmo de grano para que el pastor elegido pueda vivir con decoro, y el remanente será distribuido entre los pobres [...]. Pero a aquellos que han adquirido el derecho al diezmo por herencia de sus ancestros, no se les pagará ni deberá ser pagado de ahora en adelante [...]. En tercer lugar, rechazamos la costumbre que muchos han tenido de tratarnos como si fuésemos una propiedad, yendo contra la voluntad de Cristo, que vino a redimirnos a todos por igual, al siervo y al señor. Queremos ser libres. Esto no significa que deseemos ser absolutamente libres y no estar sujetos a autoridad alguna. Dios nos ha enseñado que hay que obedecer a las autoridades. Pero queremos librarnos de la servidumbre como buenos cristianos, a menos que se nos demuestre que en el Evangelio se dice que debemos ser siervos»^[2].

Desde que leyó aquel escrito que Thomas Müntzer y sus hombres habían distribuido por tantas comarcas germánicas supo que no había justicia mayor en el mundo, que aquello era bueno y que los hombres de Dios tenían el deber de cuidar del rebaño y conducirlo a donde hubiera buenos pastos. Ahí estaba la auténtica justicia divina en la sagrada Germania, para el pueblo alemán, y no había que ir a

buscar enemigos tan lejanos como el papa de Roma, que sería el Anticristo, sí, pero estaba a muchas leguas.

«No he venido a traer la paz, sino la espada». Era palabra de Dios. Los hombres de Müntzer predicaban por todas partes y llamaban a la rebelión para construir el reino de Dios en la tierra, aquí y ahora. Los perseguían y los colgaban, y aun les hacían cosas peores, pero ellos parecían no tener miedo. Stephanus se dijo que tampoco él iba a tenerlo. Jamás en su vida pensó que su existencia podría discurrir en otro lugar que no fuese su silencioso claustro, entre libros y oraciones, pero le había tocado un tiempo lleno de mudanzas e incertidumbres, quizá el que realmente precedía a la llegada del reino de Dios en la tierra. Y, en caso de que esto no fuera así, de algo sí estaba seguro el joven Stephanus, y era que Dios había dicho: «cuanto hagáis por uno de estos hermanos míos más pequeños, por mí lo hacéis». Era palabra de Dios.

Conforme se acercaba a Frankenhäusen, Stephanus fue comprendiendo que aquello era una guerra, y los pelos se le pusieron de punta, no sabía si por miedo o por emoción. A su cabeza de novicio estudioso acudían bellos hexámetros de la *Eneida* y recios párrafos de la *Germania* de Tácito e incluso canciones populares que había aprendido de Pulqueria y que trataban del guerrero Sigfrido y su lucha contra el dragón.

El primer día que pasó en Frankenhäusen fue extraño y emocionante. Alguien muy brusco y con barbas rojas que dijo llamarse Jakob le preguntó su nombre y su origen, en un tono de desprecio y desconfianza que lo humilló profundamente. Sin embargo, a pesar de su parquedad de palabras, supo desempeñarse bien cuando aquel hombre robusto y barbado, que parecía tener muchísima prisa, quiso saber qué hacía allí y por qué no se había quedado con «el gordo de Wittenberg», como habían hecho todos los cobardes y bufones de Alemania. Aunque nunca antes había oído aquello de «el gordo de Wittenberg», lo entendió a la primera.

—No voy a robar a la Iglesia de Roma para dárselo a los príncipes. El pueblo de Dios se muere de hambre en el Sacro Imperio, y los pastores deben cuidar de las ovejas y protegerlas de los lobos. Es la misión que Jesucristo les encomendó.

El barbudo pelirrojo lo miró con algo de burla y un poco más de respeto.

—Está bien. No sabes nada de nada y eres una boca más que alimentar, pero algo útil podrás hacer, siquiera sea afilar hoces.

Dicho esto, se marchó como una exhalación y Stephanus no tuvo tiempo de explicar que podía ser un buen afilador pero que también era un carpintero bastante competente, y que sabía leer y escribir en alemán y latín, y que... Alguien lo mandó para la izquierda y luego otro lo mandó para la derecha. Intentaba caminar sin parecer demasiado perdido y sin estorbar, pero no podía evitar detenerse asombrado por algo cada dos por tres. Los que iban y venían y no tenían ya nada que mirar tropezaban con él y lo insultaban. Entonces decidió caminar a buen paso, aunque no supiera exactamente hacia dónde. Le sorprendió ver que había muchas mujeres. Esto le

extrañó porque siempre había creído que la guerra era una tarea solo de hombres. Le explicaron que los ejércitos de los príncipes eran poderosos, y estaban mejor armados y alimentados, así que no podía desdeñarse ninguna fuerza por pequeña que fuese. Se detuvo a contemplar a un grupo de viejas que tejían juncos para formar con ellos largas pleitas a las que luego daban forma de canasta. No duran mucho las canastas de junco. Seguramente no había otro material más sólido con que fabricarlas. Varios días después comprendió que el mimbre, el fresno y todo lo que tuviera cierta dureza y pudiera oponer alguna resistencia al hierro era cuidadosamente usado y administrado.

En pocos días Stephanus aprendió que podían fabricarse escudos de madera, pero que para que fuesen resistentes tenían que ser gruesos, y esto los hacía pesados y poco deseables para el combate. No pudiendo recubrirlos de metal, porque el hierro escaseaba, y no digamos el bronce, era preferible fabricar los escudos de mimbre y cubrirlos de cuero. Era más resistente la piel de los grandes cuadrúpedos —como bueyes o caballos— que la de animales más pequeños —como la oveja o la cabra, que son más frágiles—. El cuero del cerdo servía para poco; era quebradizo y débil. Stephanus observó que había algunos campesinos que se habían fabricado ingeniosos escudos cosiendo pieles de conejo. Era mejor eso que nada.

Acostumbrado a la organización minuciosa y silente del convento y la rutina de la carpintería, el caos que reinaba en Frankenhause lo desconcertó. La guerra —había leído a Vegetio— parecía mucho más organizada en los libros. Quizá era siempre así, pensó, y lo que había fuera de los libros tenía poco que ver con lo que se leía en ellos, aunque, por una misteriosa comunicación de lenguajes, todo pareciese uno y lo mismo. Quizá también fuese así con el amor, que él solo conocía por Ovidio y otros poetas. ¿Y la filosofía?, ¿Platón?, ¿santo Tomás? Sintió una especie de vértigo, un malestar en el estómago que nunca antes había sentido y ya no quiso pensar más. Pero ¿cómo hacerlo? Era difícil dejar de pensar.

Para no verse anegado por inquietudes que, como él sabía muy bien, solo podían llevarlo al desánimo y a la cobardía, se recitaba en voz alta el «Sermón ante los príncipes» que había oído por primera vez, poco antes de la Navidad, por boca de un clérigo rebelde que había venido a Wittenberg desde Allstedt. Aquel hombre estuvo en la ciudad pocos días, porque la guardia del príncipe lo hostigó de tan insidiosa manera que acabó por desaparecer. No obstante, a Stephanus le dio tiempo a copiar aquel sermón que era sin duda la aurora de rosáceos dedos con que se anuncia un nuevo día. No. Müntzer y los suyos no venían a lamerle el culo a los príncipes como había ocurrido en Wittenberg: «Mirad, los señores y los príncipes son la causa de toda la usura, de todo el latrocinio y la rapiña. Ellos se han apropiado de todas las criaturas: los peces del agua, los pájaros del aire, los árboles de la tierra y así dice Isaías (5:8): «¡Ay de los que juntan casa a casa, y añaden heredad a heredad hasta ocuparlo todo! ¿Habitaréis vosotros solos en medio de la tierra?». Y luego hacen divulgar entre los pobres el mandamiento de Dios «No robarás». Pero esto no rige

para ellos. Reducen a la miseria a todos los demás; despellejan y despluman a los campesinos y a los artesanos y a todo ser viviente. Y así dice Miqueas (3:1-4): «Oíd ahora, príncipes de Jacob y jefes de la casa de Israel. ¿No conviene a vosotros saber lo que es justo? Vosotros que aborrecéis lo bueno y amáis lo malo, que les quitáis su piel y la carne de sobre los huesos; que coméis igualmente la carne de mi pueblo y les desolláis su piel de sobre ellos, y les quebrantáis los huesos y los rompéis como para el caldero y como para carnes de olla. Un día clamaréis a Jehová y Él no os responderá; antes esconderá su rostro de vosotros, porque hicisteis malvadas obras». Sin embargo, la más pequeña falta en los pobres justifica el ahorcamiento».

Stephanus gustaba de imaginar a Thomas Müntzer predicando aquel hermoso sermón en el castillo de Allstedt frente al príncipe Juan y su hijo y los nobles, frente a aquellos hombres tan poderosos que podían desafiar la autoridad del emperador. Todavía en aquel mes de julio de 1524 los príncipes habían respetado a aquel hombre que nunca había buscado su amparo ni había aceptado ser su lacayo. En aquel entonces Stephanus había pensado que la justicia que Müntzer pedía era tan cristiana que los príncipes no se habían atrevido a tocarlo, impresionados por el acento bíblico de sus palabras. Verdaderamente su verbo era el de un profeta del Antiguo Testamento. Esto pensaba mientras pulía mayales y afilaba hoces y guadañas, sentado en el escalón de la casa de un curtidor que, como casi todos los artesanos de Frankenhausem, se había rebelado contra la servidumbre, los impuestos y aquella esclavitud que parecía que nunca iba a acabar en Alemania.

El príncipe Juan había escuchado a Thomas y lo había tratado con cortesía, aparentemente. Ahora Stephanus sabía que el príncipe elector de Sajonia solo quería conocer a Thomas y saber si se pondría a su servicio, como había hecho Lutero, en sus guerras particulares contra el emperador Carlos. Si así hubiera sido, habría sido invitado a Wittenberg y le habrían ofrecido una buena cátedra, una buena casa, respeto, autoridad... Pero el príncipe Juan comprendió que Thomas no era el hombre que él buscaba y no quiso tenerlo cerca nunca más. Demasiado humilde, demasiado orgulloso, demasiado austero, demasiado valor y demasiada fe. Probablemente ya entonces el príncipe Juan había comprendido que antes o después tendría que matar a Thomas Müntzer.

Cansado de la recitación de aquel sermón evangélico que había trastornado su vida; de la piedra pedernal que usaba para afilar, que ya le desgastaba las yemas de los dedos; cansado del ruido ajeno y de su propio silencio, Stephanus se puso en pie y se dirigió a la plaza de Frankenhausem, que a aquellas horas del atardecer era un hervidero de gentes que venían de todas partes para unirse a la rebelión, a los ejércitos de Thomas Müntzer. Cada dos por tres se anunciaba la llegada del propio Thomas desde este o aquel pueblo de Turingia. Pero era siempre una falsa alarma. Stephanus entendía que el paradero de Müntzer era un asunto muy delicado que convenía llevar con discreción. La alianza de los príncipes de Hesse y de Sajonia no por esperada era menos temible. Un gran ejército se estaba preparando y Stephanus

se preguntaba si la fe y la justicia serían suficientes para derrotar a tantos hombres bien armados, alimentados y entrenados.

En la plaza el revuelo era fenomenal, y a Stephanus le dio un vuelco el corazón al pensar que quizá esta vez sí habían llegado los caudillos. Tardó un rato en comprender que eran nuevos proscritos que venían a sumarse a los rebeldes de Frankenhause. Stephanus no había visto nunca hombres tan morenos y no sabía si debía considerarlos italianos o españoles. Preguntando aquí y allá, se enteró de que eran los siervos de las salinas de Turingia que habían escapado de sus señores y habían huido hacia Frankenhause. Nunca había visto Stephanus piel como la de aquellos hombres, quemada y reseca, cuarteada como el cuero viejo. Se quedó tan absorto mirándolos que uno de ellos lo increpó con dureza y hasta le propinó un empujón. Stephanus no se enfadó. Verdaderamente aquella manera de quedarse mirando a alguien era una impertinencia y cuando consideró que al salinero ya se le habría pasado el enfado, entre empujones y corrillos, se acercó a él y le pidió perdón. El hombre lo miró sin contestar. Curiosamente tenía los dientes muy blancos, como la sal, y esto contrastaba con la piel oscura, como la de un sarraceno.

—Eres un cura.

No sabiendo si aquello era un elogio o un insulto, pero inclinándose más bien por lo segundo, Stephanus agachó la cabeza con humildad y dio media vuelta para irse.

—Me llamo Gerhart Weissezahne. ¿Sabes tú qué hay que hacer aquí para conseguir comida? Los curas siempre saben dónde se come.

Aunque le dolió aquel comentario y por un momento pensó en marcharse y dejar allí a aquel Gerhart de los pantanos y que se las compusiera como pudiera, no lo hizo. Respiró hondo y con un gesto de la cabeza indicó al recién llegado que debía seguirle. El curtidor alimentaría otra boca más. A fin de cuentas, ya se había gastado los ahorros de toda su vida dando de comer a unos y otros. Por no hablar de las pieles que había proporcionado para fabricar escudos. Pero era un hombre bueno y no le importaba arruinarse si con ello contribuía a que hubiera menos hambre y más justicia.

Fue un alivio para Stephanus servir de guía a aquel hombre que estaba tan perdido como él lo había estado cuando llegó a Frankenhause, aunque el salinero mostraba una facilidad para las relaciones humanas de la que él carecía por completo. Al poco rato de llegar a la casa del curtidor, ya estaba compartiendo canciones y galanterías con las hijas del anfitrión, dos chiquillas de once y trece años, a las que Stephanus ni siquiera había dirigido la palabra, por no considerar decoroso el aprovechar la hospitalidad del padre para acercarse demasiado a las muchachas. Al salinero no parecía preocuparle en absoluto si estas familiaridades incomodaban o no al curtidor, y miraba a Stephanus de reojo, con sorna y un poquito de lástima.

—Vamos, reverendo padre, que dentro de unos días podemos estar todos en el cielo o en el infierno.

Para Stephanus no era excusa. Conforme la ciudad se llenaba de campesinos y artesanos rebeldes, iba cundiendo un relajamiento en las costumbres que al muchacho le parecía del todo inconveniente y que se esforzaba en comprender aunque no lo conseguía. ¿Por qué en un momento como aquel, quizá decisivo y querido por Dios, no había lugar para el recogimiento y la oración? Y se contestaba a sí mismo que hombres como Gerhart probablemente no sabrían lo que significaba la palabra recogimiento y que aquel no era desde luego momento para explicárselo. Y, en cuanto a las oraciones, mejor no pensar cuándo y cómo rezaba aquella gente. Estos razonamientos se hacía y muchos otros, pero ni aun así conseguía reducir aquella incomodidad que sentía a la vista de borracheras, achuchones y algunas procacidades que había tenido que presenciar.

Todo esto cesó de golpe cuando llegaron Thomas Müntzer y sus diáconos, con doce carretas cargadas de espadas, picas cortas y largas, hachas, arcos y flechas, espingardas, ballestas... Esto, sumado a los quince cañones que Frankenhäusen contaba para su defensa, pareció a todos una garantía de éxito. No dio tiempo, sin embargo, a que cundiera el optimismo, porque inmediatamente llegaron mensajeros que anunciaron que las tropas de los príncipes de Sajonia y Hesse se acercaban a gran velocidad a Frankenhäusen. Entonces se desencadenó una actividad febril. Por un lado, había que reparar y reforzar la defensa de las murallas y mejorar la protección y la visibilidad de los caminos de ronda, si no querían ser sorprendidos, especialmente de noche. También había que aprender a manejar los cañones con soltura. Había varios artilleros competentes, pero no los suficientes como para garantizar que, si estos caían, habría hombres capaces de sustituirlos. Luego estaban los cuatro suizos, que habían venido con los arcabuces y que no tenían la menor intención de quedarse a ver cómo acababa la batalla de Frankenhäusen. En su contrato habían dejado claro que traerían las armas, enseñarían su manejo a los más espabilados y se marcharían en cuanto asomasen por el horizonte los lansquenets. Algunos clérigos furiosos acusaron a los suizos de ser unos mercenarios y de estar dispuestos a servir al demonio, al papa, a los turcos, a los españoles o a cualquiera, sin distinguir a Dios del Anticristo. Los suizos no se tomaron la molestia de contestar e hicieron saber a los caudillos rebeldes que abandonarían Frankenhäusen en cuanto los ejércitos de los príncipes estuvieran a cuatro leguas y que si no se ponían ya a enseñar el manejo de la pólvora, las mechas y las balas posiblemente se habrían gastado el dinero para nada. Un suizo miró a uno de los clérigos furiosos y, con el acento cansino que les caracteriza, comentó, como sin darle importancia:

—No están ustedes en condiciones de desperdiciar un solo minuto.

Afortunadamente los jefes rebeldes, con Müntzer a la cabeza, impusieron orden y cordura y mandaron a los descontentos a rezar a la iglesia. Sin saber cómo, Stephanus se encontró a sí mismo exigiendo disciplina y silencio a su alrededor. Le ponía muy nervioso oír los gritos de los hombres de Müntzer y ver gente aquí y allá que no lo obedecía, así que se ocupaba de que esto no ocurriera donde él estaba. Antes de que

podiera darse cuenta, se vio con un arcabuz en la mano. Un suizo sin dientes y con cara de cabra le daba empujones y órdenes a gritos, órdenes que no entendía, en parte porque aquel artefacto enorme y pesado lo tenía en tal estado de estupor que casi le cortaba la respiración. Entonces se abrió paso a codazos entre la gente Gerhart el salinero, que se plantó delante y, con su habitual tono de sorna, alargó la mano para coger el arcabuz.

—Anda, dame eso, que te vas a hacer daño. Yo me encargaré.

Con la mano abierta, el suizo con cara de cabra le dio primero un tortazo en la mano a Gerhart y luego le propinó un empujón en el pecho que casi le hizo perder el equilibrio.

—No toques mis máquinas sin mi permiso.

Gerhart y el suizo se miraron como dos toros que se fueran a embestir, pero Stephanus, con una soltura que a él mismo lo sorprendió, se echó el arcabuz al hombro y con la mano libre agarró, respetuosa pero firmemente, el codo del suizo.

—Venga, vámonos, por favor. No hay tiempo que perder.

Caminaron en silencio hacia la posada donde se alojaban los suizos. En el patio, bien custodiados por los hombres de Müntzer, estaban los demás arcabuces. Con indicaciones rápidas repartieron las armas. Había doce arcabuces de avancarga. Los suizos se repartieron los cuatro puntos cardinales a fin de no estorbarse. Al suizo con cara de cabra le tocó el occidente y hacia allí se encaminó con tres arcabuces y doce hombres, a razón de cuatro hombres por máquina. Iban también varias mujeres con espuestas de juncos cargadas con pólvora, mechas, trapos, aceiteras y un sinfín de adminículos que a Stephanus le parecieron muy variados y misteriosos. Aunque sentía aprensión, no iba a hacer el ridículo. En el convento siempre se había destacado por su habilidad especial para traducir a Tácito. Esto no podía ser más difícil.

Cuando se alejaron de las murallas hacia donde el sol se pone, alguien hizo una broma sobre la suavidad de la madera que soportaba el cañón y cierta parte de la anatomía femenina. El suizo se volvió hacia el bromista como si le hubiera picado un áspid y le arrebató el arcabuz con un movimiento tan rápido que apenas dio tiempo a verlo.

—¡Fuera!

Entonces Stephanus comprendió que aquello era la guerra de verdad; la guerra en que mueren los hombres; la guerra que se gana o se pierde... y que aquella guerra sería santa y justa, pero que era una guerra como otra, como tantas, y que también se ganaría o se perdería. Quién sabe. Si Dios había dispuesto la destrucción de los ejércitos de Josué en Hai, ¿por qué no iban también a perecer los de Thomas Müntzer en Frankenhausen? Con un picor de emoción en la garganta recordó el mal humor y los pellizcos de Josefina Ulrica, el aturdido parloteo de Pulqueria, las fanfarronadas de Antón y Frank Edgar, el gigantesco silencio del padre. La comodidad de Wittenberg. La seguridad de Wittenberg. Ahora que el convento estaba habitado de

nuevo, harían falta muebles nuevos, bonitas sillas, mesas solemnes para recibir invitados... Habría buenos encargos y trabajo para todos. Los nuevos amos pronto harían olvidar a los antiguos. ¿Era esta la voluntad de Dios? Él había destruido el templo. Había permitido la esclavitud de su pueblo. ¿Acaso debía dejar de una vez de preguntarse cuál era la voluntad de Dios y atender al suizo con todas las potencias de su entendimiento? Ya basta. El manejo de la mecha y la cazoleta es lo que importa ahora. Habían arrastrado la silla de san Pedro por el lodo y probablemente lo merecía, pero no para convertirla en leña con que vinieran a calentarse, en sus bellas y marmóreas chimeneas, los grandes señores del Sacro Imperio. Ya basta, se dijo de nuevo. Él había elegido estar allí. Quería estar allí. No habían transformado a la Iglesia de Dios en la Ramera de Babilonia para luego entregársela como criadita servil al príncipe Juan. Ni aunque le regalasen veinte conventos y cuarenta cátedras. Y ahora, a la cazoleta. Un momento. Aunque su cabeza era un auténtico volcán, Stephanus no había perdido el hilo de las explicaciones.

—Un momento, dispense.

El suizo con cara de cabra lo miró con simpatía.

—Dime, hijo.

—Perdone vuestra merced que lo interrumpa, pero ha repetido varias veces eso de las picas.

El suizo se puso serio.

—¿Cuántos años tienes?

—Tengo diecisiete años, señor, para servirle.

—No hace falta pensar mucho para darse cuenta de que tienes cara de cura y hablas como un cura, así que seguramente habrás leído a Vegetio o a Frontino.

—Así es.

Con los dedos sucios de pólvora el suizo se rascó la frente y se dejó un churrete sobre la ceja izquierda. Sorprendido, se miró las manos.

—Esto es algo que tenéis que evitar a todo trance: la suciedad mata. El arcabucero tiene que estar limpio en todo momento.

Con gran insistencia se entretuvo explicando que las manos y la cara debían estar siempre libres de pólvora, y la ropa también. No había otro modo de evitar los accidentes, y no importaba el tiempo que se perdiera soplando o sacudiendo. De pronto recordó que había dejado a medias una explicación.

—Verás. Los clásicos son buena escuela para aprender, pero para este menester que nos ocupa —y señaló el arcabuz— no sirven.

—Ya sé, señor. Esto no existía en los tiempos de los griegos y los romanos. Yo no quiero preguntar por el arcabuz, sino qué hay que hacer con las picas.

Con mirada triste, el suizo hizo un gesto que más que sonrisa era una mueca.

—No sirve de nada que lo explique. Vosotros no podéis hacerlo.

—¿Por qué? Tenemos buenas picas, bien largas y flexibles, de fresno...

—No, no son tan buenas como tú crees, y aunque lo fuesen tampoco servirían.

—Pero ¿por qué no?

El suizo lo miró largamente.

—Eres un curita listo y testarudo, ¿verdad? Está bien. Te lo voy a explicar. Hay que manejar de forma coordinada el arcabuz y la pica larga. Yo te puedo enseñar el arte del arcabuz en poco tiempo, pero manejar las picas largas y los arcabuces al mismo tiempo, como hacen los españoles, eso es arte militar que requiere de mucha paciencia y entrenamiento. Soldados duros y experimentados. Olvídalo. No está a vuestro alcance. Tú concéntrate en tu arcabuz. Y no pienses en nada más. Carga, dispara y limpia. Carga, dispara y limpia. Sin prisa pero sin pausa. Sin equivocarse los movimientos. Si te equivocas, el arcabuz te matará.

Con la firmeza que da la costumbre, el suizo se dirigió a los hombres que lo rodeaban. Algunos parecían más curtidos; otros eran más o menos de la edad de Stephanus. Todos escuchaban las instrucciones del arcabucero con atención y respeto. Nadie había vuelto a hacer bromas.

Fueron días agotadores, pero llegó un momento en que Stephanus pensó que aquella máquina infernal formaba parte de su propio cuerpo. El día 13 de mayo llegaron noticias de que las tropas de los príncipes de Hesse y de Sajonia se acercaban, y los suizos se marcharon sin volver la cara atrás. De dirigir la manga de arcabuceros se hizo cargo un hombre mayor que había sido soldado en su juventud, aunque de arcabuces sabía tan poco como los demás. Los suizos le dejaron claro que era su responsabilidad mantener la formación y conseguir que todos, en la medida de lo posible, dispararan al mismo tiempo y al mismo sitio; que tenía que procurar que no faltara fuego donde encender las mechas que cada arcabucero llevaba, porque se apagaban —tanto la principal como la de repuesto— con mucha facilidad; que el abastecimiento de hilas o de paja cortada para la filástica era también responsabilidad suya; que tenía que tener a mano baquetas de repuesto porque a veces se rompían en la brega de la carga y la limpieza; que no podía faltar el agua porque la pólvora seca la garganta y hay que evitar que el arcabucero se ahogue tosiendo, y sobre todo porque es necesario mantener limpios los ojos; que las espuestas con trapos... Stephanus dejó de escuchar. Había que tener fe en Dios y en los hombres, confiar en que cada uno se esforzaría por hacer bien su cometido, de la misma manera que él lo hacía. Regresó a Frankenhäusen ya oscurecido y no quiso ver a nadie. Le crispaba los nervios aquel ambiente de excitada alegría. Con toda precaución evitó a Gerhart. Ya en la casa del curtidor, se tendió en el jergón de farfolla de maíz que este le había dado. Era un pajar amplio y bastante limpio. El olor del heno clareaba la atmósfera porque en el patio, e incluso en la propia casa del curtidor, el hedor de los cueros era a veces difícil de soportar.

Aunque necesitaba rezar, no podía. Hubiera querido ir a la iglesia, pero allí era peor. Constantemente había algún predicador vociferante, y eso no contribuía precisamente a su sosiego. Le hubiera gustado oír alguna de las arengas de Müntzer, pero siempre estaba en los campos occidentales de Frankenhäusen practicando con el

arcabuz. Ahora seguramente ya no tendría tiempo. Desde lo alto de las murallas de Frankenhausem se veían las hogueras de los lansquenetes, y también los carros que Müntzer y su estado mayor habían colocado por fuera de las murallas como trincheras móviles desde las que combatir. Muchos habían criticado la idea de salir a pelear fuera de las murallas. Otros pensaban que era una sabia decisión la de no dejarse encerrar dentro de Frankenhausem. Stephanus no sabía tanto de la guerra como para formarse una opinión propia sobre esto y, a fin de cuentas, todo estaba en manos de Dios. Con la yema de los dedos acarició la culata del arcabuz de madera de cerezo bien pulida. El suizo le había dicho que había tenido suerte porque el cerezo era la mejor madera para un arcabuz. El nogal es demasiado pesado. Intentó rezar de nuevo y no pudo. Tenía que encontrar el camino de las plegarias y orar, no por la victoria, ni siquiera por la salvación de su alma, sino porque él simplemente tenía que rezar como otros tienen que comer. Sin haberlo decidido se puso en pie y se dirigió a la otra punta del pajar, tan lejos como pudiera del arcabuz. Allí se puso de rodillas y apoyó la frente contra el muro de piedra.

—*Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum. Adveniat regnum tuum. Fiat voluntas...*

Al clarear el día comenzó el cañoneo. La noche no había sido ni muy descansada ni muy impresionante tampoco. Un silencio tenso se fue adueñando de la ciudad. Todavía era noche cerrada cuando los arcabuceros fueron repartidos de dos en dos por los carros que rodeaban las murallas de Frankenhausem. A Stephanus le dio un vuelco el corazón. Esto iba contra lo que les habían enseñado los suizos. Había que mantener en línea los arcabuces y concentrar su potencia de tiro. Un disparo de arcabuz aquí y otro allí no hacen nada. Intentó pedir explicaciones, hacerse oír, pero para entonces ya era difícil entender o escuchar. Preguntó por aquel soldado veterano que mandaba la línea de arcabuceros y le contestaron que ya no había línea de arcabuceros y que fuese a ocupar su puesto en la carreta que le correspondía. Stephanus decidió dejar de pensar.

Sentado en el suelo, miró el sol, que ya estaba alto, y se puso de rodillas con determinación. Stephanus hubiera dicho que lo mismo había pasado una década o un minuto. Simplemente la palabra tiempo había dejado de tener sentido. Con un gesto brusco, arrancó un trozo de camisa y envolvió la punta de la baqueta con ella. El último trapo que le quedaba estaba tan sucio que más que limpiar percutía. Era muy importante dejar limpia el ánima del cañón. Mientras subía y bajaba la baqueta con movimientos enérgicos, se preguntaba para qué era importante, y casi le dieron ganas de reír. No sabía si aquello era realmente una batalla, pero desde luego era un caos y, aunque su experiencia en tales menesteres era escasa, la lógica y el instinto le decían que el caos se acababa y que los campesinos llevaban la peor parte. Probablemente ya no quedaban muchos arcabuceros disparando. Su compañero de carro yacía a su lado plácidamente. Un tiro de ballesta le había entrado por una oreja y le había salido por la otra, y el hombre se había desplomado con increíble suavidad, como si se hubiera

echado a dormir bajo un castaño. Para entonces Stephanus ya había visto correr caballos con las tripas fuera, hombres que agonizaban ahogados en su propia sangre, brazos perdidos sin dueño que los reclamara, y la pasta blancuzca en que se le había transformado la saliva al principio ya se le había disuelto. Sacó la baqueta con un movimiento brusco e inclinó el cañón. Ya estaba limpio. Esto era importante. El suizo con cara de cabra había dicho que era importante. Por tanto, lo sería. Con la mano izquierda agarró el último de los doce apóstoles que le quedaban, quitó con los dientes el pequeño tapón de madera que cerraba el frasquito de vidrio y volcó la pólvora gruesa que contenía en la boca del cañón. Aquel nombre siempre le había parecido una blasfemia. Al suizo le había preguntado por qué había que llamar doce apóstoles a las doce cargas de pólvora que el arcabucero lleva colgando del cinturón. El suizo, un poco fastidiado, había contestado con desgana:

—Pues porque son doce también, supongo.

Doce son también los trabajos de Hércules, había pensado Stephanus, pero se abstuvo de hacer comentario alguno. Desde entonces había intentado inventar otro nombre, aunque fuese solo para sí mismo. Y se le habían ocurrido varios, pero ahora no podía recordar ninguno. Arrojó el frasco vacío lejos de sí y escupió el tapón. Se esforzó de nuevo en recordar alguno de aquellos nombres que había inventado y no lo consiguió. ¿Qué más daba? Ya no le quedaba ningún apóstol. Nadie se ocupaba de suministrar espuelas con apóstoles, con hilas, con paja picada, con trapos, con odres de agua...

Agua. Hacía rato que sabía que lo único que lo mantenía vivo era la sed. Encontraría agua y bebería, bebería tanta que se le encharcarían los pulmones, se le empaparía el cerebro y le saldría por las orejas y la nariz. Se imaginó a sí mismo convertido en una alegre fuente de tres caños. Seguramente estaba empezando a delirar, pero todavía sabía lo que tenía que hacer. Sacó un puñado de paja picada de la talega que le colgaba del cinturón, a un palmo de donde habían estado orgullosamente los doce apóstoles. Asombrado de sí mismo, observó que no le temblaban las manos. La paja entró limpiamente en el cañón. La filástica. Esto no sonaba a blasfemia, sino a enfermedad contagiosa. Se preguntó cuánta gente habría muerto de filástica en las horas precedentes y de nuevo casi se echó a reír. Sin duda estaba delirando. Era la sed.

Después del último disparo se iría a beber y luego dejaría que lo mataran. Pero primero tenía que acabar de cargar el arcabuz. Metió la mano en el recipiente de cuero rígido que contenía los glandes de plomo, y decidió coger dos. Por un momento sopesó incluso coger tres, pero no se decidió a hacerlo. Podía obturarse el cañón. Y la parte de su cerebro que todavía luchaba por sobrevivir le hizo soltar el tercer plomo. Mientras introducía las dos bolas en el cañón se acordó de Aníbal y de aquellos honderos baleares que, según decía Tito Livio, eran capaces de matar a un hombre de un disparo en la frente a cien pies. El arcabuz no daba para tanto. A diez varas ya no había puntería. Uno disparaba y se quedaba sin saber adónde había ido a parar el

proyectil. Agarró la baqueta y se esforzó en no perder la coordinación. Con agilidad introdujo el lado más ancho, que servía para compactar, por la boca del cañón, y dio varios golpes, ni demasiado flojos ni demasiado intensos. Cuando se puso en pie para llenar de pólvora la cazoleta sintió una repentina flojedad en las piernas y para sostenerse tuvo que apoyar la espalda contra el carro, que yacía volcado de cualquier manera. Apenas si quedaban hombres vivos a su alrededor. Todo lo que abarcaban sus ojos era un inmenso campo de cadáveres y heridos que gemían y pedían ayuda a gritos. Las mujeres comenzaban a salir por las puertas de Frankenhausem voceando como almas enloquecidas los nombres de hijos, padres, hermanos... y zarandeaban los cadáveres sin ningún respeto, uno tras otro, buscando a los suyos. Cerró los ojos. Aquello no quería verlo. Pero, antes de cerrarlos, una última imagen quedó en la retina de Stephanus: la de los soldados a caballo que perseguían sin piedad y sin tregua a los campesinos que huían despavoridos. Otros iban a pie y se arrodillaban una y otra vez para degollar a los heridos piadosamente. Las órdenes de los príncipes debían de ser terminantes. Nadie iba a sobrevivir en Frankenhausem. Se esforzó por borrar lo que había visto y no quería ver: soldados a pie y a caballo clavando picas en las espaldas de aquellas desgraciadas que aullaban como animales acosados. Recordó que había muchos niños en la ciudad. Los campesinos habían venido a la guerra con sus familias. Entonces comprendió por qué se les llamaba los doce apóstoles: porque eran los mensajeros de Dios. Cúmplase su voluntad. Pensó en Wittenberg, y una oleada de odio hacia aquellos pastores que habían traicionado al rebaño lo estremeció. Pero ahora no. Quería tener un último pensamiento para su casa, para sus hermanos, para Pulqueria y Josefina Ulrica... El último apóstol lo salvaría de morir degollado por los lansquenetes. Comenzó a rezar, mientras llenaba de pólvora fina la cazoleta:

—*Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem, factorem coeli et terrae, visibilium omnium et invisibilium...*

El pulso se mantuvo firme mientras sostenía el cuerno y veía caer, como una lluvia fina de diamantes negros, la pólvora. Cerró el cuerno y se lo colocó en el costado con cuidado. Cerró la cubrecazoleta y sopló con pulcritud para retirar los restos de pólvora que pudieran haber quedado fuera. Eran los mismos gestos, los mismos movimientos que llevaba horas y días repitiendo y que ya no necesitaban de su atención.

—... *et resurrexit tertia die, secundum Scripturas, et ascendit in coelum, sedet ad dexteram Patris. Et iterum venturus est cum gloria...*

Enseguida midió la mecha y sopló para avivar el fuego. A pesar de que ya se había consumido una gran parte, todavía estaba encendida. La de repuesto también estaba encendida. En ningún momento se le había apagado ninguna de las dos mechas. Con gesto automático apuntó como siempre, aunque ya no sabía adónde ni contra qué. Lo que había al otro lado de la carreta era lo mismo que podía verse por todas partes. Era cuestión de suerte que no lo hubieran descubierto todavía.

Stephanus Stübner se dio cuenta de que ahora estaba apuntando mal. Ya no había más enemigo que su propia vida. Con suavidad abrió la cubrecazoleta, accionó el gatillo y esperó. Esta vez no cerró los ojos como le habían enseñado.

—El Señor es mi pastor y nada me faltará, en verdes praderas me hace descansar, a las aguas tranquilas me conduce...

Había hecho bien su trabajo. Él siempre había procurado hacer bien su trabajo: en el convento, en la carpintería, en Frankenhause, pero ahora ya no era momento para pensar ni en el deber ni en la justicia. Solo Dios sabe.

Las noticias de la batalla de Frankenhause llegaron a Wittenberg muy pronto, la misma tarde del 15 de mayo, y todos en el taller de carpintería de Meister Stübner, sin que fuera necesario comentario alguno, supieron adónde había ido Stephanus. Aferrándose a un hilo improbable de esperanza, Pulqueria interrogaba a todo el que pasaba por la calle por si hubiera noticias de supervivientes, por si hubiera prisioneros... Los hijos y el marido intentaron que entrara en casa, pero fue inútil. De pronto, Pulqueria atravesó el umbral precipitadamente y atrancó la puerta con las manos temblorosas. Josefina Ulrica, que lloraba hecha un ovillo en un rincón, levantó la cabeza sorprendida y vio a la madre con los ojos fijos en la puerta atrancada y la expresión ausente. Pensó que iba a sufrir un desvanecimiento y se puso en pie para auxiliarla. Y entonces, a través de la ventana, vio a la nueva dueña del convento que caminaba tranquilamente hacia su nueva casa acompañada de su criada. Como una exhalación abrió la ventana. Pulqueria consiguió agarrar a Josefina Ulrica por el vuelo de la enagua antes de que saltara fuera. Con dificultad le tapó la boca para que los gritos de la muchacha no llenaran la calle.

Y por una vez Pulqueria atinó a decir solo lo preciso.

—Silencio, silencio.

NON ANGLI, SED ANGELI

Para Andrea Camilleri

«Shakespeare was a Catholic and... his Catholic faith is the key to understanding his life and Works».

HILDEGARD HAMMERSCHMIDT-HUMMEL,
The Life and Times of William Shakespeare, 1564-1616,
Londres, Chaucer Press, 2007

La luminosidad cegadora del sol que caía implacable a aquella hora de la tarde hizo que le costara unos segundos distinguir quién era la figura que se recortaba contra la puerta.

—Pero ¿vienes solo? ¿Qué has hecho con el inglés?

—¿Que qué he hecho yo con el inglés? Más bien será lo que ha hecho el inglés conmigo.

Salvatore Tommaseo miró a su hermano pequeño con preocupación. Efectivamente estaba colorado como una remolacha, sudaba a chorros y parecía encontrarse al borde del desfallecimiento. El recién llegado se dejó caer en una silla y con el reverso de la manga se secó el sudor de los ojos.

—Medio ciego vengo. Esto es un disparate.

Antes de preguntar nada más, Salvatore se apresuró a llenar del cántaro una jarrilla de agua fresca y se la ofreció a su hermano, que se bebió con avidez la mitad y se echó la otra mitad por la cabeza.

—Quítate de ahí, que te has sentado en medio de la corriente y vas a coger un enfriamiento.

La frase le salió con un punto de irritación porque siempre la enfadaba lo descuidado que su hermano era consigo mismo.

—¿Y el sombrero?

—¿Qué sombrero?

—El que te di esta mañana y con el que saliste por esa puerta.

El joven Giulio miró a su hermano mayor con la cara de un niño a quien sorprenden robando dulces.

—Has perdido el sombrero y el inglés.

—El sombrero, sí...; el inglés, no.

El bodeguero tomó aire antes de preguntar y se obligó a sí mismo a usar un tono comedido y comprensivo porque sabía que el joven Giulio se cerraría como una almeja asustada si notaba su irritación.

—El obispo te insistió muy especialmente en que lo atendieras en todo y estuvieras pendiente de él.

Salvatore Tommaseo no acababa de entender qué importancia tenía aquel extranjero pálido que venía tan recomendado por el obispo. No parecía persona de calidad por sus ropas. El jubón estaba más bien gastado, y la camisa que llevaba tenía ya muchos lavados. Tampoco el calzado destacaba por su finura. Ciertamente es que los viajeros prefieren usar la ropa más gastada porque el polvo de los caminos estropea la mejor tela, pero es que tampoco traía un gran equipaje. Una bolsa pequeña de sarga en la que había más libros y papeles que ropa. Pero también era verdad que se le veía a la legua el ademán de persona educada y que agradecía todo con tanta convicción que era un gusto servirle. Debía de ser un caballero inglés pobre. Sin embargo, nada de esto tenía importancia para Salvatore. El hecho era que el obispo les había encargado que atendieran a aquel hombre durante su visita a Verona, y, ya fuese el hijo de un duque o el hermano de un pirata, esto es lo que había que hacer sin andar incomodando a su excelencia con preguntas inútiles, por más que resultara poco recomendable venir a visitar Verona en el mes de agosto.

La bodega de los Tommaseo tenía su entrada a pocos pasos de la Piazza delle Erbe, en una bocacalle estrecha y sinuosa. La angostura de la calle y la buena orientación otorgábanle un frescor que, si bien en invierno la convertían en un lugar que era preferible evitar, en verano la volvían muy apetecible. El muro principal miraba al mediodía con insolencia pero sin temor porque, conforme el camino del sol se iba elevando con intensidad abrasadora, los pocos rayos que hubieran podido alcanzar las grandes piedras de sus muros los interceptaba la casa de enfrente, que tenía un piso más. Sin duda, el padre de los Tommaseo, que todo lo tenía en cuenta, había considerado esta ventaja cuando compró el viejo caserón en el que instaló la bodega. Eran los mejores meses del negocio, y para más ofrecer a sus clientes, mantenía buena provisión de quesos, salazones y encurtidos. En invierno, era raro que Salvatore Tommaseo tuviera algo de comer, fiel a su convicción de que el frío pide comida caliente y que él no tenía disposición para andar encendiendo fogones. Principalmente le horrorizaba el efecto que el calor continuado cerca de sus barricas pudiera producir. No por eso faltaban clientes, y la calle era un ir y venir de cantarillos. Simplemente los veroneses compraban su vino y se lo iban a beber a una taberna o a su casa. Los mesoneros mismos del barrio mandaban a comprar allí cuando el cliente lo pedía y se veía que podía pagarlo. Todos los intentos de los comerciantes veroneses de comprarle barricas de vino a Tommaseo habían fracasado. El bodeguero no vendía al por mayor. Esa era la norma de su padre y también la suya.

—Mira bien cómo vendes tu mercancía; si no todos harán negocio con el vino de Tommaseo menos Tommaseo —le había dicho el viejo innecesariamente, porque el primogénito ya había aprendido que su vino debía ser escaso y precioso.

Pero el padre de los Tommaseo no solo había fundado la mejor y más próspera de entre las pequeñas bodegas de Verona, sino que también había dado carrera

eclesiástica al menor de sus hijos, Giulio, que ahora ejercía como secretario del obispo Orsini. Cinco varones le habían nacido y solo dos llegaron a la edad adulta, pero para el viejo eran los mejores que un padre pudiera desear, como también sus vinos eran los mejores que se pisaban en todo el Véneto. Giulio apenas tenía semanas y ya su padre sabía cuál debía ser el futuro de aquel niño precioso pero enclenque. A los dos días de nacer hubo que bautizarlo con un agua de socorro. Antes de cumplir un año le habían velado tantas veces que los vecinos ya no preguntaban. A punto estuvo de no sobrevivir al destete, y en aquellas angustias que había pasado Tommaseo hizo voto de ofrecerle a Dios el muchacho, si este mostraba buena disposición para los hábitos. Le pareció que Dios estaría de acuerdo con esta condición, porque siempre había pensado que nada podía ofender más al Altísimo que ser servido por quien se pone a tan dignísima tarea sin vocación y sin verdadera alegría. En esto el viejo veía un claro paralelismo con sus viñas, a las que cuidaba y mimaba como si fueran delicadas doncellas. Campesinos había, vecinos suyos, que trataban los racimos como si fueran costales de harina y luego se sorprendían de que los vinos de Tommaseo fuesen mejores que los suyos. Qué bestias, pensaba. La viña hay que saber podarla bien, hay que vigilar el crecimiento de los sarmientos y despuntarla con habilidad si es preciso. Hay que estercolar lo justo. No porque se abone más, dará más fruto. Al revés, la cepa se asfixia. De manera que, así como la viña no debía ser cuidada por quien no la amaba como ella merecía, el servicio de Dios tampoco debía ir a parar a quien no sentía la llamada de tan alto servicio. Ya lo decía el viejo refrán con toda claridad: el árbol que echa fruto a fuerza de palo, malo. Para satisfacción del viejo Tommaseo, su arbolito Giulio dio desde muy pronto muestra de gran devoción y amor al estudio.

Se estaba bien en la bodega por más que en la calle las piedras estuvieran a punto de derretirse sometidas al castigo implacable del sol mediterráneo. Salvatore Tommaseo odiaba el verano, pero lo pasaba con razonable acomodo refugiado en su bodega. De cuando en cuando se asomaba fuera para constatar las fatigas que los veroneses pasaban entre el sudor y el bochorno. A eso del mediodía transitaba por delante de la puerta el coche de postas que venía de San Martino Buon Albergo. Era un dolor ver las caras descompuestas de los mozos de mulas y el cochero, que a aquellas horas ya no atinaba ni a hacer resonar el látigo. Así, en fantasmal y caliginosa lentitud recorrían las calles, y el bodeguero sentía una íntima satisfacción al verse libre de aquel rigor canicular. Ya sudaría él lo suyo en la vendimia, pero eso sería más tarde. Todavía no. Y se volvía dentro tras ver pasar los muleros, y disfrutaba el doble del frescor de su bodega y del olor familiar y reconfortante del vino.

Viajar por gusto en agosto. Un inglés, se entiende que, siendo inglés, concibiera tamaño disparate, pero ¿y el obispo? ¿y su hermano Giulio? ¿En qué estaban pensando cuando no se lo desaconsejaron vivamente? Allá cada cual, pensaba. Lo malo era que a él le tocaba responder del bienestar de aquel extranjero. El problema

había comenzado hacía una semana, cuando Giulio anunció que vendría unos días a Verona, como hacía cada cierto tiempo. Las visitas de Giulio alegraban al hermano mayor tanto como luego lo hacía su marcha. Era inútil intentar someter a Giulio a una rutina doméstica razonable. Y lo peor era que intentaba ayudar para no ser una carga durante el tiempo de su visita. La esposa de Salvatore Tommaseo se desesperaba. Si salía, olvidaba cerrar la puerta. Si se quedaba vigilando la olla, el fuego se apagaba y no se daba cuenta. Los papeles iban poco a poco invadiendo los cuartos, y Salvatore la oía rezongar por las habitaciones hasta que un día estallaba. Pero la explosión nunca iba contra Giulio y siempre iba contra él.

—Bueno, pues, si no lo has perdido, ¿dónde está?

—¿El sombrero o el inglés? —contestó Giulio, ya más repuesto, con una risilla.

Salvatore Tommaseo se volvió furioso hacia su hermano pequeño. Aquella risilla de Giulio no la soportaba. Para bromas estaba él, con la noche que había pasado y la mujer echando humo y recordándole cada vez que estaban a solas que muy bien que viniera su hermano, que para eso era su hermano, pero el otro, ¿qué? ¿Tenía ella algo que ver con el obispo? Miró a Giulio echando chispas por los ojos y ya iba a deshacerse en improperios cuando notó que la risa le subía incontenible por la garganta. Intentó evitarlo y se dio la vuelta para que no se le notara, pero fue inútil. La carcajada medio sofocada resonó en las bóvedas de la bodega. Cuando ya se le saltaban las lágrimas, consiguió recomponer un gesto de falsa severidad y preguntar en tono mesurado.

—Primero, el inglés.

El ademán amplio y vago de la mano de Giulio le indicó que habría complicaciones.

—Entonces se te ha extraviado.

—El inglés no; el sombrero sí.

El bodeguero miró al techo y se armó de paciencia. El obispo Orsini debía de ser un hombre con un temple fuera de lo común, y Salvatore no pudo callarse.

—El obispo tiene el cielo ganado contigo.

Pero el joven Giulio, lejos de achicarse, alzó orgulloso la mandíbula.

—Soy su mejor secretario de cartas latinas, y perdóneme Dios la inmodestia.

Convencido de que era necesario averiguar el paradero del huésped, Salvatore volvió a la carga.

—Dime al menos dónde lo viste por última vez.

—Donde me imagino que debe de estar ahora —contestó sin alterarse el joven, mientras miraba a su hermano mayor con ojos dulces.

Como el frescor de la bodega iba haciendo su efecto, el recién llegado se notaba ya el rostro menos congestionado y la respiración más acompasada. Era una delicia estar allí, y bien podía Salvatore disfrutar de aquel gozo sin necesidad de andar enredando con preocupaciones inventadas. Pero su hermano mayor, que era un buen hermano mayor, siempre había sido así. Si no tenía una preocupación que lo

angustiara, se afanaba en encontrarla y solía conseguirlo. Desde que él había llegado con el huésped estaba en un insoportable estado de desasosiego, incomprensible para él. Quizá se debía a la novedad de la situación. Su hermano no había conocido nunca a otro inglés y no sabía cómo atender con la debida cortesía a este que él le había metido en casa de pronto y sin preguntar. Se afanaba más allá de lo razonable con sus deberes de hospitalidad y acababa por poner nervioso a todo el mundo, especialmente a su esposa Adelina.

La noche anterior habían llegado de Roma, ya tarde y muy cansados, y encontraron primorosamente preparados aseo, mesa y cama. Adelina se había ocupado de todo con aquella eficacia bulliciosa que la caracterizaba, sin hacerle caso al marido, que iba de acá para allá, más que ayudando, estorbando con tantas atenciones. El joven Giulio raramente podía disfrutar de las delicias de la vida doméstica desde que murió su madre y vivía, con muchos libros pero pocas atenciones, en las dependencias de servicio del obispo Orsini. Con íntima satisfacción, se preparó para entregarse a aquellos inocentes gozos. Así que, cuando el huésped manifestó su intención de ir a dar un paseo, se desentendió completamente del asunto y le hizo saber que aquellas no eran horas de irse a pasear sino de descansar después de un viaje tan largo, tan caluroso y tan polvoriento. Salvatore Tommaseo asistía estupefacto al intercambio verbal, sin entender nada por supuesto y mudo de admiración ante aquel hermano que no solo sabía latín y griego, sino también español e inglés. El sobresalto se produjo cuando Giulio se puso en pie bostezando y comunicó con perfecta flema clerical que él se iba a acostar, pero que el inglés se iba a pasear.

El bodeguero casi se cae de la silla.

—Pero ¿tú has perdido el juicio?

De ninguna manera lo había perdido. Pero el inglés estaba muy empeñado y hasta ilusionado con aquel paseo. Entonces, pues que paseara, si así lo quería. Giulio no veía ningún mal en ello. La discusión entre los hermanos se fue acalorando.

—No puedes dejarlo ir solo por ahí a estas horas. Se va a extraviar, lo asaltarán, lo secuestrarán y caerá sobre nosotros el mayor descrédito.

Con visibles muestras de impaciencia, el joven Giulio contestó que él se había escrito antes de salir para Verona cinco cartas en tres lenguas, además de tomar traslado de una sexta que tendría que traducir al griego, que estaba agotado y que ni a punta de navaja se iría a pasear por Verona a aquellas horas indecentes. A Salvatore Tommaseo las palabras se le atropellaban en los labios, y no acertaba a encontrar un argumento que conjurara el inminente desastre. Por mor del disimulo, cada tres palabras se volvía hacia el extranjero con grandes sonrisas y expresivas reverencias. Adelina, que estaba sentada en la mesa muy tiesa y sin mover un músculo, repetía cada dos por tres, en un susurro casi inaudible:

—Por la Virgen santísima, no deis un espectáculo.

Efectivamente, eso era lo que el marido pretendía. Ya era una vergüenza ponerse a discutir de aquella manera delante de un huésped, y mucho más si el huésped era extranjero. No obstante, como los extranjeros, pobrecitos que son todos así, no entienden mucho, era posible que las sonrisas y los gestos amistosos lo distrajeran del verdadero sentido de aquella atropellada discusión en toscano.

—De ninguna manera te vas a ir a acostar. Tú acompaña a este caballero el rato que haga falta.

—Pues acompáñalo tú si te acomoda.

La desesperación de Salvatore iba en aumento.

—Pero ¿es que no te importa nada lo que pueda ocurrirle?

¿Y por qué tendría que ocurrirle algo? ¿Acaso era Verona por la noche más peligrosa que otras ciudades? El inglés sabía cuidarse solo. La prueba estaba en que había venido desde Inglaterra sano y salvo; es más, que había sobrevivido en aquella tierra de herejes donde se persigue a los católicos como a alimañas, él sabría cómo. De manera que, si quería irse a pasear a aquellas horas, pues que se fuera, que seguro que sabía mirar bien por su pellejo.

—Tienes menos sesos que un gorrión.

El humanista que llevaba dentro se sintió ofendido y a punto estuvo de contestar una burrada, pero rápidamente se rehízo. La conciencia lo amonestó muy severamente. Su hermano era un hombre bueno, hecho a sus rutinas y, aunque estaba acostumbrado a tratar con extraños en el comercio de los vinos, nunca había alojado a un extranjero en su casa y mucho menos a uno recomendado por el obispo Orsini. «Si te acomoda...», le había dicho, al borde mismo de la falta de respeto. A un hermano tan bueno; ¿qué culpa tenía él de ser tan... campesino? Porque de la misma manera que el viejo Tommaseo nunca supo adquirir los modales urbanos de la refinada Verona, tampoco Salvatore había podido o querido hacerlo. Incluso conservaba el deje del lugar, lo cual, en el padre tenía explicación, pero en el hijo resultaba difícil de entender considerando que había pasado mucho más tiempo de su vida en la ciudad que en la aldea. Este era su hermano: noble, trabajador y cazurro. No debía enfadarse con él. Sonrió beatíficamente y pensó en la cama. La cama. Le dolían los riñones y necesitaba cerrar los ojos.

—Salvatore, hermano mío, estás haciendo una montaña de un grano de arena. Deja el mundo correr y vete a descansar tú también. Buenas noches.

Se dio media vuelta dispuesto a encaminarse hacia la escalera, que era su objetivo inmediato desde hacía ya rato. La miraba de reojo con afán indisimulado, como un naufrago a la tabla de salvación que el mar proceloso le pone delante, pero, antes de que pudiera alcanzarla, la voz del bodeguero, ronca y vibrante, lo detuvo:

—¿Y la llave?

El joven Giulio se giró de nuevo y miró a su hermano desde los abismos de la más absoluta incompreensión.

—¿Qué llave?

Salvatore Tommaseo movió la cabeza arriba y abajo como el que constata una realidad irremediable, pero asustado de que el huésped se apercibiera de la gravedad de su expresión se volvió hacia él y le dedicó una sonrisa de oreja a oreja, al tiempo que le palmeaba el hombro con afectuosa familiaridad, más por los puros nervios que por otra cosa. De pronto, le pareció que el gesto era excesivo, que le había salido demasiado fuerte. Estaba visto que no daba pie con bola. El inglés lo miraba entre asombrado y divertido. No parecía molesto. Menos mal. Se volvió hacia el hermano y silabeó con paciencia:

—La-lla-ve-de-la-puer-ta.

Decidido a aprovechar el momentáneo desconcierto del pequeño Tommaseo continuó:

—Las casas tienen puertas, y las puertas tienen llaves, y las llaves sirven para las puertas de las casas, porque las casas que tienen puertas pero no tienen llaves es como si no tuvieran puertas, que están abiertas hasta que vienen las llaves y las cierran, que para eso las fabrican los fragüeros...

De repente, el huésped soltó una risita, y Salvatore Tommaseo se volvió alarmado hacia el extranjero. El comentario susurrante de Adelina vino a poner palabras a sus peores temores:

—¿A que lo está entendiendo todo?

Con audaz determinación, el marido miró a Adelina y luego dio dos pasos hacia Giulio, decidido a impedir que consumara la huida escaleras arriba, pero no hizo falta porque el más joven de los Tommaseo, consciente de la gravedad de las palabras que Adelina había pronunciado, se acercó a su hermano con ademán tranquilizador.

—No os preocupéis más, por Dios. Apenas sabe decir unas palabras en toscano.

Esto pareció aliviar bastante al hermano y la cuñada, pero no lo suficiente, porque inmediatamente Salvatore volvió a la carga con el asunto de la llave. Para Giulio estaba claro que no iban a dejarlo dormir, pero aquella conjura familiar para impedirle el descanso no le quitaba el sueño. Al contrario, los párpados se le cerraban por momentos y ni aunque hubiera querido, que no era el caso, hubiera podido ceder a los deseos de su familia. Se caía de sueño irremediablemente. Con el entendimiento obnubilado por las dulces acometidas de Morfeo, intentó convencer a Salvatore para que le dejara las llaves al huésped. No hubo manera. Un forastero, un extranjero para más dificultad, paseando solo de madrugada con una llave enorme, que seguramente perdería o le robarían. Para conjurar el peligro de extravío, Giulio propuso que le escribieran la dirección en un papel.

—Eso. Así el que le robe la llave, ya sabe a qué casa pertenece. Negocio redondo.

Pero ¿por qué tenían que robarle la llave, por los clavos de Cristo? Giulio se dejó caer en una silla completamente desmoralizado, pero firme en su decisión de no salir a la calle a aquellas horas. Cada vez que pestañeaba, los párpados tardaban más en subir. Y su hermano, que lo conocía bien, comprendió que iba a quedarse dormido de un momento a otro. Sabía que eso no tenía remedio, porque el joven Giulio

conservaba todavía ese sueño de la infancia que cuando se presenta es como un nublado envolvente, ajeno por completo al imperio de la voluntad. Así que, antes de que a Giulio se le cayera la cabeza sobre el pecho y hubiera que hacerle subir la escalera a trompicones, tomó una valiente decisión.

—Dile que yo lo acompañaré y tú vete para arriba.

Como el caminante perdido que ve una lucecilla a lo lejos, el joven secretario se aferró a aquellas palabras y no se entretuvo en explicaciones. Le hizo saber al inglés que su hermano iría muy gustoso a pasear con él, y el inglés se deshizo en agradecimientos. Sin dar tiempo a más conversación, no fuera a ser que Salvatore se arrepintiese, huyó escaleras arriba. Así fue como el bodeguero se encontró con un farol en la mano camino de la Piazza delle Erbe, único lugar al que se le ocurrió ir. De cuando en cuando señalaba a derecha o izquierda la fachada de alguna construcción que le parecía particularmente hermosa, por más que fuera imposible ver nada fuera del círculo de luz del farol, que apenas alumbraba lo suficiente para dar unos pasos sin tropezar. El viajero daba expresivas muestras de satisfacción, aunque era evidente que ver, lo que se dice ver, no veía nada. La luz vacilante del farol era insuficiente para derrotar la oscuridad de una noche calurosa y negra como boca de lobo.

Al llegar al final de la calle, el inglés golpeó delicadamente el hombro de Salvatore y le puso un libro delante de los ojos. Antes de salir había metido apresuradamente algunos libros y papeles en una talega de lienzo, de las que se usan para la harina. Salvatore no se había tomado la molestia de preguntar para qué quería, con aquella oscuridad, papeles y libros. Todo le parecía absurdo y, para no perder los nervios con su hermano, con el inglés y con Adelina, que por lo bajo no callaba un momento, se concentró en su objetivo inmediato: ir adonde hubiera que ir y volver lo antes posible. Cada vez que la oía murmurar, tanto si la entendía como si no, le subía un cosquilleo por la nuca. Al menos de eso se libraba, por más que andar con un farol por las calles de Verona a aquellas horas fuera un desatino.

Cuando el huésped le puso el libro delante de la cara, lo miró a los ojos con desaliento. ¿Y ahora qué quería que hiciera? Él no sabía hablar inglés y menos leerlo. Iba a negar con la cabeza cuando de pronto reconoció los versos en toscano. ¡Tercetos encadenados! No había sido un alumno muy aplicado, pero eso lo sabía. Claro que sí. Su padre lo había obligado, a correazos en varias ocasiones, a ir a la escuela de los franciscanos. Miró al inglés con los ojos iluminados por la alegría.

—¡Es Dante! ¡El canto del *Purgatorio*!

De pronto se sintió enormemente feliz. Era la primera vez en su vida que hablaba con un inglés, y sin la ayuda de Giulio. Verdaderamente, qué bien había hecho su padre obligándolo a ir a la escuela. El Dante era inmortal, como decía su maestro. Hasta los ingleses lo conocían.

Como por ensalmo, el muro que los separaba se había derrumbado y se miraron como si se conocieran de toda la vida. Siguiendo el dedo del inglés, leyó con

entusiasmo:

*¡Ah, esclava Italia, albergue de dolores,
nave sin timonel en la borrasca,
burdel, no soberana de provincias! [...]
Busca, mísera, en torno de tus costas,
tus playas, y después mira en el centro,
si alguna parte en ti de paz disfruta. [...]
Ven y ve a Capuletos y Montescos,
Filipeschos, Monaldos, ah, indolente,
esos ya tristes, y estos con recelos.*

Levantó los ojos de la página, pero como el dedo inglés no se apartaba de ella siguió leyendo. Sin embargo, el dedo insistía en señalar aquellos tercetos y no lo que venía después, así que comenzó de nuevo a la luz vacilante del farol.

—*¡Ah, esclava Italia...*

De nuevo miró desconcertado aquellos ojos azules tan expresivos e ilusionados. ¿Y ahora qué? ¿Se iban a pasar la noche repitiendo aquellos versos? El inglés hablaba en un torrente de sílabas incomprensibles en el que de vez en cuando distinguía algún vocablo en toscano. A pesar de ello, por más que se esforzaba, no lograba hilvanar las palabras ni entender lo que querían decir. De pronto el muro que se había derrumbado se levantó de nuevo, amenazador e impenetrable. Y se vio a sí mismo, más ridículo que nunca, con un farol en la mano, sudando a chorros en la madrugada asfixiante de Verona, paseando con un inglés al que no conocía ni comprendía y recitando versos de Dante. Arrancó a andar con determinación hacia la Torre dei Lamberti, que era muy bonita y visitada por los viajeros, mientras asentía vigorosamente a lo que el otro decía. Había que caminar, caminar y caminar. En algún momento, el huésped se cansaría. Por muy duro que fuese el pellejo del inglés, llevaba sobre los lomos un viaje de postas de muchas leguas, y antes o después el cansancio lo vencería. Él en cambio había pasado el día disfrutando del fresco de su bodega y hasta había descabezado un sueñecito después de almorzar aprovechando las horas en que el calor derrite los empedrados de Verona.

Regresaron a la bodega con las claras del día. Todos los gallos de la ciudad parecían haberse conjurado para saludar el regreso de los paseantes. Salvatore Tommaseo caminaba delante con su farol en la mano, decidido y ceñudo. Habían recorrido Verona de punta a punta varias veces, de la Domus Mercatorum a la Cattedrale di Santa Maria Matricolare; de las murallas al Ponte Pietra. De vez en cuando el inglés lo agarraba del brazo con suavidad e insistía en señalar los versos de Dante, y otro libro que también llevaba en la talega y en el que Salvatore no pudo distinguir una sola palabra comprensible. Estaría en inglés. Lo único que no estaba en

inglés era la fecha, 1562, pero eso tampoco le dijo nada. A cada intento, escuchaba al huésped con paciencia, asentía con una sonrisa y seguía caminando. Cuando ya clareaba y tuvo su bodega a la vista desde la punta de la calle, se volvió para atrás. El inglés lo seguía como un autómatas, con la talega bamboleándose en su espalda. Lo miró a los ojos desde muy lejos. Aquella mirada ya no pedía otra cosa más que descansar.

A la mañana siguiente, el joven secretario de cartas latinas se levantó más fresco que una lechuga y más feliz que una moza con corpiño nuevo. En la cama se estiró con deliciosa pereza, mientras pensaba en lo suaves y bien planchadas que estaban las sábanas y en la buena lana que tenían los colchones y en lo bien que los mullía Adelina... Qué contraste con aquellos trapos remendados por cualquier criada torpe que cubrían su lecho en la casa obispal y con aquella cosa indescriptible sobre la que él dormía y que había que llamar «colchón» porque hacía las veces de tal, pero era tan sutil que se transparentaba. Y ahora vendría el desayuno, con queso y aceitunas, y aceite y el pan, el pan de Verona, que no era como el romano, por más que los romanos pensaran siempre que lo suyo era lo mejor del mundo. Pero sobre todo las aceitunas de su hermano Salvatore, oh, maravilla de las maravillas, que las aliñaba igual que la madre y sabía, como ella, darle el punto exacto de pimentón y orégano. Una vez le había llevado una orzilla al obispo Orsini y este puso los ojos en blanco. Desde entonces, a pesar de sus muchos quehaceres y de que llevaba siempre dos o tres secretarios al retortero, Orsini no olvidaba recordarle al joven Giulio las aceitunas cuando sabía que iba a Verona. Naturalmente no pedía que le regalasen nada, pero cuando Giulio iba a solicitar permiso para ausentarse se despedía con elocuentes halagos.

—Buen viaje y aprovecha la ocasión para transmitir mi saludo y mi bendición a tu familia y agradecer aquellas deliciosas aceitunas que me enviaron, las mejores que he probado nunca.

Con tan favorable perspectiva, Giulio Tommaseo se levantó, se aseó y bajó a la cocina, donde encontró a Adelina cantando y refunfuñando al mismo tiempo, por más que ambas actividades resulten difíciles de casar. Sin embargo, Adelina era capaz de hacer dos, tres y hasta cuatro cosas a la vez. El joven secretario la quería tanto como la temía.

—A la barbería tienes que ir que pareces un pordiosero —dijo a modo de «buenos días».

Bajó los ojos con humildad, mientras esperaba que le pusiera delante el pan y el queso fummato. Se dejó traspasar por el aroma indescriptible de las aceitunas y contestó también a modo de «buenos días»:

—En cuanto me desayune. Me compondré como si fuera un joven paje para que estés orgullosa de mí.

—Todos estamos muy orgullosos de ti, Giulio. No insistas. Pero ahora espabila antes de que el *signore* Guglielmo se levante.

Giulio dejó escapar aquella risilla suya que tenía el don de encantar o exasperar a sus prójimos con idéntica eficacia. Esta vez solo surtió efecto la parte segunda del encantamiento.

—Venga, Giulio. Tantos latines y te comportas como un niño.

El respetable secretario del obispo Orsini comprendió que tenía las de perder y que, o conseguía distraer a Adelina con algún embeleso, o esta lo pondría a trotar antes de tercia sin remedio.

—¿Has escuchado «Il geloso d'amore»?

—¡No! ¿Es de Mistretta?

—¿Mistretta? Oh, mi querida hermana, pero ¿en qué mundo vives? Mistretta ya no le gusta más que a los viejos.

—¿Ah, sí? Pues aquí en Verona...

La interrumpió sin piedad.

—Claro, aquí en Verona, pero en Roma eso ya no lo baila nadie.

Complacido con el efecto que sus palabras habían provocado en Adelina, se metió en la boca tres aceitunas al mismo tiempo y, como le quedó un poco de hueco libre, lo rellenó con queso.

—¿Y tú cómo lo sabes, acaso vas a los bailes? Orsini tiene la manga ancha pero no tanto.

El más joven de los Tommaseo intentó hablar, pero no pudo.

—Giulio, por la Virgen santísima, come bien. ¿Es que pasas hambre con el obispo?

—Hambre no. Pero tú guisas mejor que la cocinera de Orsini.

Secretamente complacida por el halago, Adelina hizo un mohín de protesta, pero el muchacho insistió mientras devoraba a dos carrillos.

—¿Qué estás majando en el mortero?

—Un aliño de almendras y pan frito para el guiso de conejo. Maté tres anoche y ya están bien oreados. Les pondré el aliño y añadiré un poco de tomillo y laurel, y un poquito de vino, pero solo un poquito; si no queda muy ácido...

De pronto, Adelina ladeó la cabeza y miró al cuñado de forma inquisitiva.

—Déjate ahora mismo de bailes y de aliños, y acábate lo que tienes en el plato y después vete al barbero, pero vas y vuelves en un avemaría, ¿estamos? Como se levante el huésped y yo me vea aquí sola, te comes crudo el conejo.

Había ido y vuelto a la barbería de Catarella con toda la celeridad que la situación requería y hasta le había dado tiempo a ayudar a Adelina en sus quehaceres, cosa que él estaba convencido de que Adelina agradecía en el fondo, por más que se obstinara en rechazar tozudamente su colaboración. Solo cuando Adelina le conminó perentoriamente a que fuera a mullirse su propio colchón, por ver si era capaz de hacerlo salir de la cocina antes de que provocara algún estropicio, dejó de zascandilear de acá para allá y de cambiar los cacharros de cobre de sitio sin saber por qué, seguramente obedeciendo a misteriosas simetrías que a Adelina la sacaban

de quicio. Pero el arcabuzazo bien dirigido de la cuñada al mullido del colchón lo convenció de que era mejor quitarse de en medio. De manera que comenzó a dar excusas sobre sus obligaciones de secretario de cartas latinas, trujamán aventajado y anfitrión responsable. No sabía mullir colchones. No como Adelina. La sola idea de pasar la noche entre valles y cordilleras, atormentado por los nudos de la lana, lo tornó obediente y sumiso. Así que no rechistó cuando Adelina, que le vio las intenciones, señaló la puerta con el dedo y le hizo saber que faltaba poco para mediodía y que ya era hora de despertar al huésped.

Hacía ya un buen rato que Salvatore Tommaseo se había levantado y había recordado como por casualidad que tenía que ir a ver qué había pasado con dos barricas de un centenar de azumbres que tenía que haberle traído el tonelero hacía ya casi una semana. Reprochándose el descuido con dureza y maldiciendo al tonelero, besó a Adelina apresuradamente en la sien y salió a la calle con aire decidido. Lo vio marchar y estuvo segura de que se entretendría lo suficiente como para evitar verse envuelto en alguna excursión diurna o nocturna con el huésped. Y no podía reprochárselo. Lo había esperado largo rato en el duermevela de la madrugada con creciente inquietud. ¿Dónde estaría su Salvatore a aquellas horas de la noche, con un inglés y un farol? ¿Adónde habrían ido? Por fin lo sintió llegar y se fingió dormida para ahorrarle el tormento de las explicaciones. Mientras escuchaba cómo echaba agua en el lebrillo y se refrescaba, percibía la respiración fuerte del marido. Era mejor no hacerle hablar; si no se alteraría más de lo que ya estaba y no pegaría ojo. Aguardó con paciencia a que Salvatore se quedara dormido y entonces se levantó, porque se dio cuenta de que era ella la que ya no iba a conciliar el sueño. Cerró la ventana, que había estado abierta para que entrara el sereno de la madrugada, y encajó bien los postigos para que la luz no lo despertara.

A Adelina le gustaba madrugar en verano y tener todas sus tareas hechas antes de que el sol empezara a castigar a sus criaturas. El resto del día lo pasaba cosiendo junto al balcón de la sala alta. Para cuando el cabrero bajaba por el cauce del Adigio, ella tenía la calle barrida y regada.

La mañana había discurrido apaciblemente, mucho más de lo que la agitada noche y la madrugada caminera hicieron presagiar. Cuando el inglés se levantó, agradeciéndolo todo mil veces y pidiendo excusas por haber estado acostado hasta tan tarde, Salvatore ya había regresado, pero con dos miradas dejó claro que no estaba dispuesto a tolerar más tonterías. De manera que el joven Giulio apenas ofreció resistencia a la obligada excursión diurna a pesar del calor que se presentía ya en la calle y solo refunfuñó un poco cuando el hermano mayor insistió en que debía ponerse un gran sombrero de esparto que a él se le antojaba ridículo y poco acorde con su dignidad eclesiástica. Transigió porque no quería darle al hermano más motivos de enfado, después de la noche peregrina que había pasado. Se cuidó mucho de preguntar por lo ocurrido, ni siquiera a qué hora habían vuelto o dónde habían estado, por más que sentía picante curiosidad. Era mejor dejarlo estar. Cuando fue a

protestar por el sombrero, Salvatore señaló inflexible al huésped, que en ese momento se ponía sobre la cabeza un sólido sombrero de fieltro.

—¿Lo ves, cabeza hueca? Hasta un inglés sabe que hay que proteger los sesos de este sol.

Que había que cuidar de la delicada constitución del hermano pequeño era algo que Salvatore Tommaseo tenía escrito en los tuétanos desde antes de llegar a la edad de la razón. Lo había hecho siempre, y le salía tan espontáneamente como la respiración. También Adelina había acabado incorporando aquel cuidado como parte inseparable de su matrimonio y, como era mujer, a veces iba más lejos que el propio Salvatore. Cuando oyó el arranque de discusión sobre el sombrero, dejó el bastidor junto al balcón y se hizo presente para decir una sola frase.

—Salvatore, que te prometa que no se lo va a quitar y a dejarlo por ahí en cuanto pise la calle.

El secretario se volvió para mirarla como si le hubiera picado un tábano, y los ojos de Adelina, dos carbones encendidos, le sostuvieron la mirada con una sonrisa de suficiencia. «A mí me vas tú a engañar a estas alturas», pensó.

Aceptando la derrota con humildad, Giulio agarró a su recomendado por el brazo y se echó a la calle justamente cuando las campanas de Santa Catalina daban el ángelus. Y Adelina volvió a su tarea recomendando al marido que comiera algo porque las horas de las comidas en aquella casa, estando Giulio, no había quien las pudiera seguir con regularidad. Había sido un rato de esos que le gustaba pasar a Adelina, trenzando y cruzando hilos entre el silencio y el murmullo de la gente que entraba y salía de la bodega. Estaba atenta siempre al tono de Salvatore, que tenía una paciencia infinita con los bebedores pesados, pero a veces era inevitable que surgiera algún contratiempo con algún idiota harto de vino. Desde su balcón Adelina no podía distinguir las palabras, pero sí el tono de voz del marido, que adquiría un matiz metálico cuando se ponía nervioso y ella lo percibía muy bien. Entonces se cubría la cabeza y, con el libro de oración en la mano, bajaba a la bodega como si fuera a despedirse para ir a la iglesia. Miraba al impertinente con angelical sonrisa y le recordaba que ya era hora de volver a casa. Era mano de santo. Por eso, cuando Giulio volvió varias horas después al borde de la insolación y se inició entre los hermanos la discusión sobre la pérdida del sombrero y del extranjero, detectó desde el balcón el tono metálico de Salvatore. Tapó el bastidor con un lienzo blanco y colocó los hilos en el cestillo. Los ovillos de Adelina eran como soldados en perfecto orden de revista. Para cuando bajó a la bodega, el rumor de voces se había apagado y los hermanos hablaban en voz baja sentados junto al mostrador.

—¿Y bien?

Salvatore y Giulio se miraron y no atinaron a contestar nada. Pero el huésped no estaba allí y aquella ausencia clamorosa puso a Adelina en estado de alerta.

—¿Y el *signore* Guglielmo?

Los hermanos volvieron a mirarse. Giulio no abrió la boca y le dejó al mayor la tarea de responder.

—En la Via Cappello se quedó.

Adelina se cruzó de brazos con ademán impaciente.

—¿En la Via Cappello? ¿Y por qué?

Consciente de que aquella era una calle poco recomendable y de que algo había que decir, Salvatore se puso en pie.

—Adelina, mira, esto es un poco difícil de explicar.

Los ojos de Adelina, que iban del marido al cuñado y viceversa, iban adquiriendo la dureza del azabache.

—¿En la Via Cappello? ¿Y dónde en la Via Cappello?

El joven secretario de cartas latinas también se puso en pie con el propósito de ayudar al hermano.

—El *signore* Guglielmo quedó buscando a una joven llamada Julieta...

A Adelina no le dio tiempo a seguir.

—En el Albergo dei Inferno en la Via Cappello, claro está.

Giulio hizo un ademán tranquilizador con las manos.

—Sí, pero no, Adelina, no. No es lo que tú piensas.

Salvatore intervino convencido de que su hermano no iba a aclarar bien las cosas.

—Escúchame, mujer; como te acabo de decir esto es un poco difícil de entender...

—Pues no, fíjate; difícil no es.

Giulio Tommaseo se pasó la mano por el pelo todavía pringoso de sudor.

—Esa joven Julieta no es lo que tú crees.

—Exacto —interrumpió Salvatore—. Julieta no es..., o sea, en realidad no existe. Es un personaje...

Adelina lo miró con aire triunfal.

—Naturalmente que es un personaje. No me cabe la menor duda de que la tal Julieta es... todo un personaje.

Salvatore Tommaseo se dejó caer en uno de los taburetes de la bodega incapaz de conjurar la tormenta que se avecinaba.

—Giulio, por Dios, intenta explicarlo tú, que sabes más de estas cosas.

Adelina estalló.

—¿Que sabe más de estas cosas? ¿Pero qué tonterías estás diciendo? ¿No os cayó a ninguno de los dos un grano de sal en la mollera? Y estáis aquí tan tranquilos, y ese pobre hombre solo y sin protección en el *albergo*. Le habrán sacado allí hasta los hígados con la ayuda de la... del personaje. ¿Sabéis lo que dirá Orsini cuando le entreguemos al inglés desvalijado o algo peor? A ti te va a costar la colocación que tienes en su casa, so majadero.

Con un hilo de voz, Salvatore se atrevió a intervenir de nuevo:

—Que no, Adelina, que no; que el inglés solo busca un balcón...

—Claro, todo el mundo conoce ese balcón en Verona, porque está perpetuamente rebosando de... personajes. Y vosotros dos, ¿qué? Pues os quedáis aquí al fresco. ¡Hombres son hombres! Que ya lo decía mi abuela. No pueden pensar con la cabeza mucho tiempo porque otras partes del cuerpo les toman la delantera. ¿No pensáis hacer nada entonces?

El bodeguero miró a su mujer con mansedumbre.

—Pero si no se puede hacer nada. Se trata de una pieza...

—Sin duda que es una buena pieza —clamó Adelina.

—... teatral —concluyó Salvatore con desaliento.

Con heroica resolución, Adelina miró a los hombres de su casa.

—Vergüenza me dais.

Y abandonó la bodega con la altivez de una reina coronada. Giulio no sabía dónde meterse.

—Salvatore, por lo que más quieras, haz algo. Es capaz de presentarse en el *albergo*.

—Sí, es muy capaz.

—Pero no podemos permitirlo. Ve tras ella, explícale, cuéntale la verdad o lo que se te ocurra. Es tu mujer.

—Pues por eso no me hace caso. Inténtalo tú.

—No, yo no. Cuando se pone así, me da miedo.

Se hizo un silencio incómodo. Estaba claro que había que tomar una resolución e interceptar a Adelina antes de que llegara al *albergo* e intentara arrastrar para casa al inglés. Giulio cerró los ojos y lo vio de nuevo, escribiendo como un poseso, unas veces dentro del *albergo*, ajeno por completo al ruido que lo envolvía, y otras en medio de la calle, con la vista fija en el balcón, inmune al sol abrasador que lo estaba devorando.

Era inútil posponer la tercera, y quizá no la última, de las absurdas excursiones que los Tommaseo iban haciendo por Verona desde la llegada del inglés.

—¿Queda algo del vino que padre pisó el año que me salvé de la escarlatina?

—Naturalmente. Solo nosotros y el cura de Santa Catalina durante la misa podemos beber de ese vino. Padre prometió que nunca se vendería, y yo no voy a hacerlo.

—Pues saca una jarra, que nos va a hacer falta.

EL SEMBRADOR DE PESTE

Para Ramón Soler

«El 5 de enero de 1543, Ginebra asiste a una escena sorprendente, en la cual todos los predicadores reformados de la ciudad, con Calvino a la cabeza, aparecen durante la reunión del Consejo para hacer públicamente a vergonzosa confesión de que ninguno de ellos tiene valor para entrar en el hospital de apestados».

STEFAN ZWEIG, *Castellio contra Calvino*

Auberge La Croix de Fer, 12 de febrero de 1543

Hermano mío, muy querido:

Desde el Alto de San Bernardo, veo la ciudad a lo lejos, allí abajo y resulta tan pequeña y tan indefensa que pareciera que ningún mal pudiese anidar en ella. Apenas puedo contener el nerviosismo de mis pies, que parecen cachorros impacientes y que desearían arrastrarme hacia abajo como una bola de nieve, que rueda y rueda. Así bajaría yo si pudiese, hasta que el río helado o la muralla impenetrable me detuvieran. Y bajaré, si bien muy de otro modo. ¿Me ayudarás, hermano?

Desde aquí me esfuerzo por distinguir nuestra casa, aunque sé que es imposible con tantas leguas de por medio. Y goza mi corazón recordando los detalles de sus cuartos y sus ventanas y sus puertas y sus techos... Y creo que lo recuerdo todo, absolutamente todo, con una precisión tan viva y tan palpitante que parece que todavía estuviera allí. Y aun el olor recuerdo, ese olor a pan que lo impregnaba todo de día y de noche. Representase en mi memoria y llega hasta mis dedos la puerta de la sala baja, tan vieja y llena de nudos que más que puerta parecía empedrado. Todavía ahora, en estos días tan desdichados, me mueve a risa recordar las veces que por sus grietas hemos espiado a las visitas, especialmente las de gran formalidad, como el notario Dorcy. Venía el buen hombre siempre con aquel escribiente suyo, cuyo nombre no consigo recordar ahora, pero que tenía la cara llena de granos y caminaba con la cabeza gacha, como si estuviera abrumado por un mundo de pesares. Debía de ser por causa de aquella escribanía de roble polaco que era el orgullo del notario. Cada vez que la golpeaba contra algo, y esto ocurría a menudo porque era más grande que una mesa de matanza, el notario Dorcy se volvía hacia él y le clavaba dos ojos que más que ojos eran dos dagas afiladas.

Hace apenas ocho años que hube de abandonar mi casa, y a veces me parecen siglos, y a veces, como ahora, me parecen minutos y aún menos que minutos. Esta mañana temprano qué de vaguedades y niñerías me vienen a la mente. Voy procurando apartarme de ellas para ir al corazón de mi asunto, de nuestro asunto,

pero no hay modo. ¿Será que no quiero llegar a él? Sin embargo, es necesario y lo haré. Preciso fijar el vaivén de mi memoria, que me arrastra igual que si una ventisca me hubiera atrapado en el Alto de San Bernardo. Ahora, por ejemplo, me viene a los oídos el sonido de cristal opaco que salpicaba la calle una y otra vez mientras subíamos la cuesta de Vignet el Tuerto y rompíamos a pedradas los hielos que cubrían los charcos. Un día y otro. Cuando los más pequeños se secaban, aprovechábamos las piedras que en ellos se habían acumulado para ir a romper los hielos de otros que sobrevivían en lugares más sombríos o menos transitados. Cuánto madrugar para llegar los primeros, antes de que otros chiquillos pasaran por allí camino de la escuela del padre Jean de Parma y nos aguaran la diversión. Y cómo se quejaba nuestro padre de que no fuésemos capaces nunca de madrugar por una buena causa. Ni tú ni yo fuimos niños dóciles ni muy aplicados. Luego vinieron los años y las mudanzas del tiempo. Me recuerdo a mí mismo y todavía no comprendo cómo decidí ingresar en la orden de los franciscanos. Es como si la decisión se hubiera tomado sola y un día se me hizo evidente y yo la seguí sin hacerme más preguntas. Quizá, de repente, la llegada de Calvino a Ginebra abrió una brecha de tan insondable hondura que todo quedó trastocado, incluso yo mismo. En aquellos años era un inconsciente poco amigo del trabajo que nunca había pensado en el futuro. Pero fueron de tan grave naturaleza los hechos que sucedieron entonces que no tuve más remedio que sacudirme la indolencia. Cuando Jean de Parma se vio obligado a abandonar la ciudad, me sentí huérfano. Él era para nosotros la humanidad divina al alcance de cada día, paciencia sin blandura, sabiduría sin vanidad, generosidad sin exigencia. La caridad, nos decía, es el camino hacia Dios. Era su vida un ir y venir incesante de la escuela al hospital. Dime, hermano, ¿por qué la caridad de Calvino y sus nuevos predicadores deja morir a los enfermos de peste sin atender ni su cuerpo ni su alma? ¿Por qué ha muerto nuestro padre como un perro, solo y abandonado por todos, también por ti?

Sé que no me negarás la verdad. Sería inútil. Lo sé todo, día a día, con toda su pavorosa y vergonzosa intensidad. Qué debió de sentir nuestra madre cuando regresó de su pequeña aldea de Saint-Rémy adonde había ido a buscar refugio para huir de Ginebra. Huir de Ginebra. No debe extrañarte que sepa todo esto. Hay mucha gente que cuenta en silencio los horrores que suceden desde que el Consejo de la ciudad le entregó a Juan Calvino la vida de todos sus habitantes. Al éxodo de quienes han tenido que abandonar cuanto poseían (Oh, cuántas riquezas para repartir) hay que añadir las lenguas clandestinas que callan y otorgan, pero que, cuando se sienten seguras, hablan y hablan y no pueden parar de hablar, porque ya no pueden hacerlo en las tabernas ni tampoco en los mercados, ni siquiera en su propia casa. Los diáconos de Calvino lo espían todo, lo censuran todo, hasta las enaguas de las novias y los juegos de los chiquillos. Ya no se puede cantar, ni en la cocina de la propia casa. Y no sé qué le ha pasado a mi ciudad, tan alegre, tan bulliciosa, ni cómo han podido encajarle camisa tan rigurosa, ni cómo se ha dejado vestir ella misma semejante

armadura sin estallar por los cuatro costados. Me dicen que, en el mercado de Arno, donde costaba trabajo entenderse y había que hablar a gritos para sobrepasar el oleaje incontenible de las voces de los vendedores, puede oírse ahora el vuelo de las moscas. Será un zumbido insoportable, porque las había a miles, incluso en invierno. Quizá el espíritu inquieto y festivo de los ginebrinos se haya trasladado a ellas. Paneau, el carnicero con quien me tropecé por casualidad en Sarre, me comentó jocoso que ni las moscas se atreven a zumbear en Arno ni en ningún otro lugar, y que Calvino las había proscrito con toda solemnidad por su conducta errática y disipada. Qué admirable el viejo Paneau, que conserva, pese a haberlo perdido todo, la misma capacidad de antaño para reírse hasta de sus desdichas. Lo miento por su nombre porque sé de cierto que no queda ya en Ginebra ningún miembro de la familia Paneau. ¿De quién será ahora la gran casa en que habitaban todos juntos como una piña, tan bien avenidos como mal avenidos, pero al fin y al cabo inseparables? Tenía grandes corrales y un buen patio en una zona muy céntrica. Habrá habido disputas para ver quién se la queda. Apuesto a que ha ido a parar al hijo o al sobrino bien amado de algún miembro del ilustre Consejo de Ginebra. Los rigores de Calvino serán insoportables, pero útiles para el Consejo, a fin de cuentas. Ya aflojarán, piensan ellos, y, después, ¿quién recordará de quién era qué? A nadie le interesará. Se echará tierra al asunto, y aquí paz y después gloria, y los Paneau de Ginebra serán olvidados para siempre. Afortunadamente nuestra casa sigue siendo nuestra, o más bien tuya, ¿verdad? Eso me place.

La casa en que nacimos y crecimos es vieja y hermosa. La tengo guardada en mi memoria piedra a piedra. Nada me llevé de Ginebra cuando tuve que irme de mi ciudad, pero ella vino conmigo, invisible y leal y, con ella, el delantal, siempre blanco, de nuestra madre y sus manos amasando pan, manos siempre llenas de harina, con las uñas blancas. Nuestra madre, mi buen Noland, nuestra madre. Su vida se apaga minuto a minuto, pero esta vez llegaré a tiempo y tú me ayudarás.

Nadie me lo ha dicho —aunque busco a los exiliados ginebrinos en los pueblos fronterizos y converso con ellos— que mis libros han ardido en alguna de las hogueras que diariamente se alzan en Ginebra para consumir orgullosamente materias tan frágiles como la carne humana o el papel. Los hombres de mi condición ardemos bien. ¿Cuántos habrán perecido ya acusados de brujería o de ser propagadores de la peste? Qué penoso ver a estos campeones del rigor y el raciocinio teológico caer más bajo que el más ignorante cura de aldea.

Convengo con el maestro Calvino en que se quema a un hombre y se acaba con un enemigo, pero quemar libros es un gesto inútil. Eso al menos debería haberlo aprendido de nuestra Iglesia romana. Tanto trastorno para repetir y multiplicar los errores. Calvino, que nunca pudo distinguir lo literal de lo figurado ni orientarse en el vergel de las metáforas, se ha tomado al pie de la letra el poder purificador del fuego y alimenta las llamas con toneladas de materia humana, ya sea piel o papel. ¿Dónde habrá encontrado tantos libros? Nunca imaginé que hubiera tal cantidad en Ginebra.

Los míos, sin duda, hará ya mucho tiempo que han perecido en las hogueras de la Place Molard, donde me dicen que algunas han ardidido ininterrumpidamente durante semanas. Y me cuesta imaginar esa plaza, corazón palpitante de la vida comunal, siempre llena de charlatanes y discutidores ociosos, convertida en un erial de desolación. Fue allí, sin embargo, y por eso no debería extrañarme, donde aparecieron por primera vez los extranjeros que vinieron a traer a nuestra ciudad la semilla de la discordia con la ayuda de los franceses; allí fue donde se mostraron por vez primera ante los asombrados ginebrinos que escuchaban, entre sorprendidos e indiferentes, al paso de sus quehaceres diarios, a aquellos hombres que en poco tiempo se convertirían en los dueños de la ciudad y de todos sus habitantes. Al principio tampoco yo los tomé en serio y no me parecieron más que buhoneros que pretendían colocar a los ingenuos compradores una mercancía averiada. Solo cuando el canónigo Veruly fue asesinado en las puertas de Fort l'Écluse porque se atrevió a hacerles frente, empecé a preocuparme. Tú sabes que soy lento de pensamiento y obra. Padre tenía razón cuando decía que la pereza era mi mayor defecto y que sería causa de mi desdicha. En cambio, olvidó añadir que también lo sería de la suya. Por mi pereza y mi cobardía murió solo, y solo soportó la terrible agonía de esta peste que parece no acabar nunca. Ginebra semeja un campo de batalla donde corren enloquecidos todos los jinetes del apocalipsis.

Fue Raymond Moulin, aquel huérfano que trabajaba como aprendiz en la zapatería de la viuda Lambert, frontera con nuestra casa, quien me contó lo ocurrido. Lo encontré en Aosta, adonde me desplazé para buscar noticias de nuestra familia porque oí rumores de que había llegado allí una partida de refugiados ginebrinos, unos huyendo de la peste y otros huyendo de los tormentos de Calvino y sus diáconos, y la mayoría de ellos, escapando de las dos cosas. Raymond no supo decirme dónde estabas tú. Sin embargo, hasta que la viuda Lambert no se armó de valor y ordenó a sus muchachos que abandonaran el taller y la ciudad, todos oyeron durante dos días y dos noches los gritos de nuestro padre. Cuando madre regresó de Saint-Rémy, él ya había muerto. Raymond no se avergonzó —ni tenía por qué, de contarme que no habían acudido a socorrerlo. Nadie lo hizo, ni siquiera este hijo indigno que hoy escribe como una plegaria esta carta llena de incertidumbre y de dolor. El miedo a la peste ha cerrado los corazones y ha puesto al descubierto la verdad y la mentira de la fe y la caridad en la ciudad. Raymond me dijo que al amanecer del tercer día —y esto debió de ser el 12 de diciembre, según mis cálculos — cesaron los lamentos y por eso supieron que Jean Gaudin, Jean de Saint-Rémy, como todos lo llamaban, el mejor panadero de Ginebra, el hombre más trabajador y más honrado, el más malhumorado, el mejor amigo de sus amigos, el padre más paciente y más severo, el más testarudo y discutidor, el que tenía la voz más hermosa del gremio de panaderos, aquel a quien nunca nadie pudo vencer echando un pulso, el que me hacía pasteles con la figura del Mont-Blanc en Navidad, mi padre, había

muerto, solo y abandonado por todos, a pocos metros del horno que él mismo levantó piedra a piedra en sus años mozos.

No hallo consuelo en la idea de que esto mismo ha sucedido a otros muchos. Cientos de ginebrinos perecen en el más cruel abandono, porque todos los vínculos se han disuelto como si fuesen mantequilla derretida, y los lazos que unían a las familias, a los vecinos, a la comunidad entera, están desflecados y sucios. Así, los hombres y las mujeres de Ginebra están sueltos, como corchos que flotarían en un mar proceloso de incertidumbres, y nadie conoce a nadie, ni siquiera al hermano, al padre o a la esposa. Todos se preguntan por las razones de este extrañamiento y se contestan que es la peste terrible la que ha secado los corazones y el bálsamo de la compasión. Sin embargo, no es verdad, porque tú y yo sabemos, y cualquiera que se detenga a pensar, que antes de esta hubo otras muchas epidemias terribles, pero nunca antes murió la gente abandonada por propios y extraños, ni se vieron los hospitales con las puertas abiertas de par en par sin que los religiosos acudieran a satisfacer las necesidades de los enfermos. Los vimos morir al pie de las camas más humildes y luego los olvidábamos. A fin de cuentas, ¿no era propio de su condición actuar de ese modo? Las monjas y sacerdotes que perecieron en la peste de 1529 no serán santos ni objeto de especial gratitud. Casi no tienen rostro ni nombre, y en verdad así debe ser porque la caridad de Dios brota de Dios mismo y no del reconocimiento humano.

Me resisto a pensar que los hombres de hoy sean peores que los de ayer. Los actos vituperables que día a día crecen son también como una epidemia que se extiende porque nadie acude a poner coto a los excesos, ni decreta cuarentenas, ni obliga a su cumplimiento. Por eso, cuando el 22 de agosto de 1533 el obispo Pierre de La Baume abandonó la ciudad me negué a marchar con él. A pesar de que yo no era entonces más que un joven fraile, veía con claridad que dejar la ciudad era entregarla a merced de aquellos que habían venido a adueñarse de ella. El obispo La Baume temía, no sin motivo, por su vida. Y pensaba, como tantos otros, que aquellos eran tumultos pasajeros y que antes o después las aguas regresarían a su cauce y todo volvería a ser como antes. Todavía hoy lo cree y se fortalece en la convicción de que no puede durar eternamente el calvinismo en Ginebra porque no hay paciencia capaz de soportar por mucho tiempo un régimen de vida que no es vida. En cambio, yo sé que La Baume se equivoca y es torpeza mía no haber sabido hacérselo comprender. Precisamente porque se ha llegado tan lejos ya no se puede volver atrás. Y, si Calvino viera peligrar su posición, volvería a llamar a los franceses, y los franceses vendrían, como ya sucedió antes, cuando Francisco I envió al capitán Verey.

El obispo no estaba en Ginebra en mayo de 1536, pero yo sí, aunque esto te sorprenda, porque para entonces ya todo el mundo pensaba que me había ido. Vi entonces lo que vi, y quizá si La Baume lo hubiera visto habría comprendido que él ya nunca podría regresar. Lo que ocurrió en Ginebra aquella mañana no se puede describir en pocas palabras. Rotos todos los frenos de la decencia y la moderación, la ciudad entera se lanzó, alentada por el nuevo clero, al saqueo de lo que había en la

catedral, en las iglesias y conventos, en las casas abandonadas de los católicos que habían huido... Fue un carnaval enloquecido en el que una turba desenfadada gritaba de gozo por lo que había conseguido rapiñar, y a la vez el vecino se peleaba con el vecino al que disputaba lo que acarreaba en las manos, y todos contendían con todos a empujones y al mismo tiempo, todos participaban en aquel ritual grotesco, extrañamente lujurioso. Los diáconos calvinistas azuzaban a los indecisos para que también ellos se lanzaran a apoderarse de lo que pudieran sin miramientos. Sabían muy bien que después ya no habría vuelta atrás en Ginebra y por eso querían que todos tomaran parte del rito de iniciación, para que nadie pudiera conservar la cordura en medio de la turbamulta excitada por la codicia. Sí, todos debían participar por igual en aquella ceremonia indecente que ataría sus vidas al calvinismo mucho más que cualquier juramento. Solo entonces comprendí el abismo que se abría ante nosotros. Cien veces he intentado explicarle a La Baume lo que sucedió aquella mañana de mayo, pero él quiere creer que fue un tumulto como otros que han sucedido. Se empeña en que este tipo de disturbios suceden de vez en cuando, que forman parte de la vida y que luego se restablece el orden y la concordia. No puede comprender porque no quiere aceptar que él nunca podrá regresar a Ginebra, y se morirá pensando que todo es cuestión de tiempo y que, antes o después, su mundo volverá a renacer y su ciudad será como siempre fue. ¿Cómo reprocharle a La Baume que no quiera ver lo que no puede soportar?

Desde la última vez que nos vimos y hablamos —en la Navidad de 1535, lo recuerdo muy bien—, he regresado a Ginebra varias veces, aunque tú nunca me viste. Yo a ti, sí. Y sé que te casaste y que te casaste bien, con la hija de un consejero del síndico Bandière, aunque nuestros padres no fueron a la boda. Quién hubiera imaginado que acabaríamos emparentando con lo más granado del Consejo de los Doscientos, siendo, como somos, los hijos de un panadero. Entrar y salir de Ginebra se ha convertido en la piedra de toque de mi existencia en estos años. Haciendo novillos y persiguiendo gatos se aprende mucho de callejones y tejados. Los caminos no son seguros para un fraile y, como conozco bien los caminos, sé también cómo evitarlos. No te niego que en los últimos meses el puño de hierro de Calvino ha hecho más difícil que nunca burlar la vigilancia. Ginebra se pudre en hedores de pestilencia y no debe haber testigos que puedan relatar lo que está sucediendo.

Sin hacerme ilusiones, envié un mensajero a Sebastián Castellio, que no ha respondido. No sé si porque no ha podido o porque no ha querido. Seguramente por las dos cosas. Su situación en Ginebra es francamente peligrosa, pero él se resiste todavía a reconocer que cometió un error al venir a la ciudad tras los cantos de sirena de Calvino. No se le puede culpar, porque es propio de la naturaleza humana oír las palabras de bello sonido y dejarse llevar por ellas sin ver los pozos negros que ocultan. Cuando un hombre palpitante de indignación se sube al estrado en la plaza pública para denunciar la corrupción y la inmoralidad de la Iglesia, todos dan por supuesto que él no es ni corrupto ni inmoral. El que acusa al ladrón de ser ladrón no

puede ser ladrón él mismo. Castellio creyó que era posible la pureza, que era lícito buscarla y que para ello había que seguir a los que se proclamaban puros. Y ahora ya no puede volver atrás sin afrontar tremendos errores, ni siquiera cuando el cepo que se ha formado entre aquello que dicen sus apóstoles y lo que hacen en realidad lo ha atrapado y amenaza con ahogarlo en un velo de oscuridad. Cuando le conocí, en la Universidad de Lyon, me impresionaron su amor al estudio y su bondad. Pocas veces los hombres que viven apegados a los libros muestran tanta humildad y tanto respeto por las opiniones de sus semejantes, así de los ignorantes como de los letrados. Castellio escuchaba a todo el que le hablaba con la misma atención, y nunca le vi hacer un gesto de impaciencia o de desprecio ante las palabras ajenas, aunque fuesen fruto de la más supina ignorancia. Con paciencia infinita se ponía a remediar el discurso atrevido del ignorante sin ofender, sin mostrar el menor atisbo de soberbia. Cuando Calvino le ofreció la rectoría del Collège de la Rive, Castellio vino a Ginebra lleno de ilusiones. Entonces algunos nos preguntamos cuánto tiempo tardaría el espíritu libre y compasivo de Castellio en verse perseguido y atormentado por Calvino. No ha hecho falta mucho tiempo. El reformador todopoderoso creyó que un hombre como Sebastián Castellio daría lustre a su reformada ciudad y pensó que criatura de apariencia tan suave y bien educada sería cera dúctil en sus manos.

Me contaron primero con qué angelical ingenuidad pidió Castellio el imprimátur para su traducción de la Biblia, y su estupefacción cuando Calvino se lo negó. Quiso entonces comprender los motivos, pidió un debate abierto y sincero con Calvino sobre los pasajes que pudieran haber quedado oscuros o en los que podría haberse equivocado. Sin embargo, Calvino, claro está, no tenía la menor intención de discutir sobre el particular. Él ya tiene su traducción, la ortodoxa, la única posible. Por lo tanto, la de Castellio es no solo innecesaria sino también condenable, porque no es la suya. A pesar de ello, ni siquiera en aquel trance pudo Castellio comprender cuál es la verdadera situación. Castellio creía que se asfixiaba en el seno de la Iglesia y se ha venido a vivir a un lugar donde lo van a asfixiar de verdad los que se proclaman campeones de la libertad. Está atrapado entre *res et verbay* probablemente lo pagará caro. Ya lo está pagando desdichadamente. Me dicen que últimamente la cuerda entre Castellio y Calvino se ha tensado peligrosamente y no es difícil predecir de qué lado se romperá. Después de negarle el imprimátur, Calvino creyó que Castellio se plegaría a su voluntad, porque su situación es muy penosa, ya que tiene muchos hijos y muchas bocas que alimentar. Pero Castellio solo se dejará vencer por la convicción, no por el miedo. Si no se marcha pronto, acabará en la hoguera.

Desde el Alto de San Bernardo miro hacia abajo y no encuentro modo de burlar la vigilancia implacable de los diáconos calvinistas y la policía de los Doscientos. Todos aquellos que me ayudaron en otro tiempo o han muerto o han huido. Puedo vadear el río, aunque no te diré cómo, e incluso atravesar la muralla, pero una vez dentro ya no tengo quien me oculte y me proteja. Y no es fácil para mí atravesar las calles, cruzar las plazas, sortear los puestos callejeros sin ser reconocido. La ciudad es pequeña y el

hábito de la mutua sospecha ha aguzado la vista. ¿Quién renunciaría hoy a las ventajas que proporciona cazar a un proscrito, a un traidor, a un sembrador de peste, al hijo infame de un panadero que bebía vino a hurtadillas y a veces desafiaba a los diáconos cantando, mientras amasaba, viejas canciones que siempre se cantaron pero que ya no se pueden cantar? Padre tenía un repertorio inagotable de viejas tonadas guardado en su memoria de hombre sin letras y siempre había alguna a propósito para contestar a tal o cual compradora protestona o al comentario impertinente de un vecino. Le gustaba escandalizar a las mocitas casaderas con coplillas de doble sentido que ellas fingían no entender, aunque se reían como locas. A nuestra madre esto último unas veces le hacía gracia y otras la enfadaba. Nunca pude entender cuál era su criterio para decidir si tenía que reír o torcer el gesto. Esto, en cambio, padre lo sabía a la perfección, y usaba y abusaba del canturreo en las querellas domésticas. Con los años me di cuenta de que, por mucho que los hijos crean saber de sus padres, estos se comunican secretamente entre sí a través de un lenguaje invisible para todos los demás, pero sobre todo para los hijos, que vivimos en la casa que ellos nos dan, creyéndola nuestra, y sin ver cuánto esfuerzo cuesta mantener engrasadas las bisagras de las puertas, limpios de chinches los colchones, y bien provista la despensa. Después, de pronto, un día vemos todo eso y queremos decir gracias y ya es tarde, pero esta vez yo no llegaré tarde, y tú me ayudarás a conseguirlo.

Hace un frío glacial a esta hora en el Alto de San Bernardo. Llevo demasiado rato sentado y escribiendo y estoy aterido. Pronto mis dedos no podrán sostener la pluma correctamente, y la letra se volverá ilegible, así que voy a calentarme un poco de vino para recuperar el pulso. Hay en el albergue de Monsieur Millet buenos vinos de Vandœuvres y de Lavaux que avivan siempre mi imaginación y mis recuerdos cuando llego hasta aquí, tras fatigoso ascenso. Ya ves que a mí también me gusta el vino, como a todos los ginebrinos. No acierto a comprender cómo ha podido Calvino... Y por eso sé que no hay vuelta atrás, al contrario de lo que cree el obispo La Baume, seguramente porque quiere creerlo. Es un buen hombre La Baume, pero tan débil. Cuando se desarraigan de repente costumbres, cantos, rezos, ceremonias que han durado siglos, los hombres se quedan sin columna vertebral, porque desaparece el pilar en torno al cual iban tejiendo y destejiendo la vida. Y entonces se vuelven cera blanda en manos de aquellos que son los artífices de tan radical mudanza. Sí, sí acierto a comprender, aunque bien quisiera vivir en la ignorancia, como La Baume.

Este tinto de Vandœuvres es denso y calentaría las tripas de un buey. Echo de menos aquel clarete que padre traía todos los otoños de Choulex en una barrica que iba y venía de la aldea como un santo en procesión. El cura del lugar —que, si mal no recuerdo, se llamaba muy atinadamente Decamps— bendecía vino, barrica y carro, y con la preciada mercancía atravesábamos los prados hacia el río y cruzábamos por el Plainpalais hasta la Rue de la Rive. Las muchachas adornaban el carro y la barrica con guirnaldas de madreSelva, y yo disfrutaba recordando los versos en que Ovidio relata el triunfo de Baco y su cortejo de danzantes, y me alegraba de que Julio César

hubiera llegado hasta el Ródano al frente de sus legiones. De todas las locuras calvinistas, la del vino es la que me pone de peor humor. ¿Qué explicación le dará esa mente obtusa —cegada para toda forma de poesía, de belleza, de música— al hecho de que Jesucristo, nuestro Señor, eligiera el vino para ser su sangre en la Última Cena? Podía haber preferido cualquier otra sustancia, como el agua mismamente, por ejemplo, pero eligió el vino. Y cuántas veces se bebe vino en los Evangelios... El argumento del maestro Calvino, según me han dicho va de lo ridículo a lo patético —al parecer se trata de una costumbre explicable en aquellos tiempos, pero peligrosa y que solo debe seguirse lo imprescindible. Pero yo sé por qué Calvino, sus diáconos y sus inseparables Doscientos le temen tanto al vino. Si se permitiera en Ginebra una sola de aquellas fiestas vecinales en que el vino corría en abundancia, alguien —algún jovencuelo temerario o quizá un robusto padre de familia—, elevado de la miseria circundante por los vapores etílicos, perdería el miedo, rompería la cadena de silencio y mansedumbre, de resignación y complicidad, y quizá uno arrastraría a otros, y quizá muchas voces se alzarían para clamar avergonzadas que es un pecado contra Dios y un delito contra el César quedarse con la tienda del vecino o con su casa o con su vaca, y que no hay profeta ni en el norte ni en el sur que pueda santificar el robo, que Dios condena en el séptimo mandamiento sin excepciones, y que la ley no dice «No robarás, aunque está permitido hacerlo con el asesino, con el pecador empedernido o con el hereje», sino que dice simplemente «No robarás», universal y eternamente, y los pecados de nuestra santa madre Iglesia, por graves que sean, no pueden justificar el robo. Tampoco los pecados de los católicos. En el supuesto de que Calvino tuviera razón, y la Iglesia de Roma fuera la Ramera de Babilonia, y los católicos fuésemos hijos de Satanás, tampoco esto serviría para justificar el robo a los ojos de Dios, porque la ley dice «No robarás» y no dice «No robarás, excepto a los católicos y su Iglesia». Dios prohíbe el robo, porque daña el trato entre los hombres, porque fomenta la envidia, y porque contamina a quien lo comete mucho más que a quien lo padece. Y ni todos los sermones calvinistas multiplicados hasta el infinito por sus diáconos, ni la obligación de escucharlos hasta morir de aburrimiento durante horas (ay de aquel que dé una cabezada), podrán borrar el hecho de que Calvino ha contaminado a Ginebra de latrocinio universal y que solo convirtiendo a unos en ladrones de otros ha podido tejer la cadena de silencio y vergüenza que atenaza hoy la ciudad. El vino me ha calentado la sangre y no quiero perder la serenidad ahora que tanto la necesito. No interpretes mal mis palabras, hermano. Lo mío es tuyo. Te lo di todo hace mucho tiempo.

Concedo que me hubiera gustado conservar algunas pertenencias, sobre todo algunos de mis libros. Aunque no eran muchos, sí tenían su valor, más que nada para mí, que con tanto esfuerzo los fui reuniendo. Me duele especialmente la desaparición del *Misal Toledano* del Cardenal Cisneros. Tras la hoja de guarda se leía en bellísimas letras rojas: *Haec tibi pentadecas tetragonon respicit illud, Hospitium Petri et Pauli ter quinque dierum. Namque instrumentum vetus hebdoas innuit, octo, Lex nova*

signatur, ter quinque receptat vtrumque. Missale toletanum ductu atque auspiciis perquam Reuerendi in Cristo patris ac nobilissimi domino Do. Francisci Ximeni. Lo habían imprimido en Burgos, en casa de Fadrique de Basilea. Ay, aquella bellísima composición para la *Missa in gallicantu* que estaba en la página 48 y que le cantaba a nuestra madre tantas veces, y ella no podía comprender que la hubiese aprendido en los garabatos de un papel. El *Missale Toletanum* de Cisneros es para mí y para muchos el más hermoso de cuantos se han hecho en la cristiandad en el último siglo. La destrucción de un libro tan hermoso, por su contenido y por sus hechuras, es dolorosa para cualquiera, pero mucho más para mí, porque padre se gastó lo que tenía y lo que no tenía para regalármelo cuando me ordené sacerdote. Aunque el libro había sido imprimido en Burgos, padre lo mandó adquirir en París, donde podía comprarse sin dificultad. En cualquier ciudad universitaria europea podía encontrarse el *Missale Toletanum*, al menos hasta que empezaron las rebeliones contra el emperador y la Iglesia. El prestigio como humanista del gran Cisneros era una garantía. Eran sobre todo muy apreciados los ejemplares que llegaban desde España encuadernados en un bellissimo cuero rojo, por la calidad del material y el tono tan vivo e inimitable. Uno de esos consiguió padre para mí. Cuando protesté por el dispendio, dio dos bufidos y después me hizo saber que esperaba de mí un poco de gratitud y no una virtuosa protesta. Miré al suelo y sentí tanta vergüenza de mí mismo que no pude articular palabra. Creo que en toda mi vida me he sentido más tonto, más santurrón y más inútil. Pero padre debió de darse cuenta de mi bochorno porque se acercó y me dio en el hombro uno de esos golpecitos amistosos que él se gastaba y que dolían durante días. Luego añadió, mientras se alejaba hacia la cocina:

—Si tanto te molesta, santo padre, empieza a pagarme rezando por el alma pecadora de este viejo borrachín y manirroto...

El *Missale Toletanum* ardiendo en la plaza... Procuero apartar esta figuración de mi mente, porque se me representa que toda mi vida arde con él, y padre, madre y hasta tú mismo.

También recuerdo con añoranza el *Enchiridion militiis Christiani* de Erasmo, que yo mismo copié y encuaderné en mis tiempos de novicio en Bolonia, según la edición que hizo Johannes Frobenius en 1518. ¿Qué ha podido ofender de libro tan hermoso y delicado? Como todo lo que salió de la pluma de Erasmo, exhala elegancia y sinceridad. La impostura era para él la fuente de los pecados y las desdichas humanas. Pobre Erasmo, qué amargos fueron sus últimos años. Daba pena verle tan frágil y enfermizo, soportando las embestidas de Lutero y Von Hutten. Algunos alumnos suyos a los que tuve la oportunidad de conocer me contaron el triste espectáculo que fue verle abandonar la ciudad de Basilea tras el triunfo de la rebelión. Precisamente había llegado allí huyendo de los tumultos y llevaba ya varios años afincado en el lugar, él que nunca se ató a ninguna parte. Estaba convencido de que Basilea se encontraba a salvo. Hubo de escapar de la ciudad en medio de la noche, en un humilde coche de postas, temeroso de acabar convirtiéndose en rehén de las

nuevas sectas y presa de sus ataques. No quiso creer las muchas promesas que el nuevo régimen le hacía para atraerlo a su terreno. Porque Erasmo sí sabía que lo difícil, lo verdaderamente difícil, es la primera mentira, y que después viene la segunda para justificar la primera y así sucesivamente, hasta que la cadena es tan larga y tiene nudos tan apretados que ya no se puede recorrer el camino en sentido inverso. Erasmo temía, más que por su vida, por su debilidad. Sabía que no estaba hecho de la madera de los mártires y le espantaba que lo encarcelaran o lo sometieran a tormentos y vejaciones que no hubiera podido soportar. No tenía buena opinión de sí mismo, como ningún hombre verdaderamente inteligente la tiene, así que prefirió dejarlo todo atrás y marchar a Friburgo, en la idea de que allí la autoridad del emperador lo protegería, pues, como sabes, Friburgo de Brisgovia es ciudad que pertenece directamente al emperador. Es razonable que, cansado de tantos sobresaltos, haya ido a ponerse bajo el amparo de Carlos V, que tanto le admira.

A ti te gustaba Erasmo. Los dos aprendimos latín con sus *Adagios*, y algo en las entretelas de mi entendimiento me dice que mi librito vive, oculto en algún lugar donde nadie se atreverá a dañarlo. Aunque no es realmente un primor, usé papel de muy buena calidad y procuré esmerar mi caligrafía y dibujar con esmero las bellas capitales y las ilustraciones que tan garbosamente plasmaron los aprendices de Frobenius para adornar el texto de Erasmo. Dice que es necesario que el cristiano esté siempre preparado para la lucha, mucho más que el caballero que dedica su vida a las armas, porque en las guerras que pasan entre los hombres sucede que pueden los caballeros descansar cuando a veces hay treguas o cuando es invierno, mas esta nuestra pelea dura todo el tiempo que en el cuerpo vivimos y ni un solo momento cumple dejar las armas, sino que siempre es necesario estar presto para la batalla y siempre pendiente de escuchas y velas, porque nunca nuestro enemigo descansa. Antes bien, cuando parece que está más pacífico, cuando finge que huye o que quiere hacer tregua, entonces es cuando urde los mayores engaños y se presenta ante nosotros tan cumplidamente disfrazado que no lo reconocemos. Y por eso nuestra alma no debe andar sin armas, porque, si armamos el cuerpo para no temer la espada del enemigo, con más razón debemos armar el alma para que esté prevenida frente a los males y traiciones del Demonio. Están armados nuestros enemigos para destruirnos, ¿y nosotros tendremos pereza de armarnos? Mas las armas del cristiano no tienen puntas afiladas. Son y deben ser la oración y la bondad y rectitud de sus actos. La piedad y la caridad son los crisoles donde brillan las bondades de Dios. He estado yo temeroso en este laberinto, guardando mi cuerpo para no exponerlo al peligro de Calvino, pero el tiempo del temor ha pasado. Pues nuestra vida es como la de aquel maestro griego que llamaban Dédalo, que entró en el laberinto, como entra el cristiano en los tortuosos caminos de este mundo. Tortuosos son estos tiempos como nunca antes lo fueron. Que sea pues nuestra vida en este mundo, como dice Erasmo, como quien entra en un laberinto, y que allí tenga, tanto en su entrada como en su salida y en el proceso de toda ella, grandes peligros. Así entraré yo en Ginebra,

y no vendrá la muerte a sorprenderme como a aquellos a quienes se presenta sin aviso, cuando están más engolfados en los afanes y ambiciones de cada día.

La mañana avanza y mi alma se aferra a los recuerdos y rechaza con obstinación llegar al momento presente, pero el tiempo apremia y no puedo entretenerme. Debes de estar ya cansado de leer. En cambio, yo no estoy cansado de escribir y, en medio de mi angustia, encuentro alivio en pensar que esta carta es como cuando hablábamos y hablábamos bajo los cobertores en nuestra cama. Algún correazo recibimos por eso. Me pregunto si existirá todavía aquel enorme armatoste que heredamos del abuelo Pierre, único objeto de valor que dejó al morir, como a madre le gustaba recordar, no sin malicia. Me estoy perdiendo otra vez, y el sol está cada vez más alto, y mi mensajero, a punto de llegar. Esta tarde a más tardar recibirás esta que te estoy escribiendo. No debes preguntar nada a quien te la lleve. Deberás solo decirle sí o no, y dejarlo marchar. Nada más tienes que hacer por el momento. Si contestas sí, pronto volverás a tener noticias mías. Si contestas no, ya no te molestaré más. Pero tanto en un caso como en el otro entraré esta noche en Ginebra y, si no me atrapan los diáconos, si nadie me denuncia, podrás hallarme en la casa que fue nuestra y donde nuestra madre espera la muerte en soledad, como tantos otros. Pongo mi vida en tus manos para que dispongas de ella.

Cada minuto que pasa me pesa en el corazón, y la soledad de nuestra madre es como un hierro candente que me aprieta las sienes. Su carne, que es la mía, sufre sin el alivio de un paño limpio. La imagino pidiendo agua —con esa sed devoradora de la fiebre—, sin que nadie se la acerque a los labios. Imagino la cama sucia, las sábanas empapadas de sudor e inmundicia... Su piel, tan blanca y suave, se habrá llenado de pústulas sanguinolentas que habrán reventado con el correr de los días y se habrán convertido en nuevos focos de infección. Y la fiebre habrá ido subiendo cada vez más. Es posible que la septicemia tarde en presentarse. Si no se declara pronto, el enfermo puede vivir algunos días más. Puede que madre no la padezca porque prefiere las carnes grasas y ella había adelgazado mucho en los últimos tiempos y sé que, aunque ella bromeaba y decía que padre era un tacaño y no la dejaba comer dulces, era por mi causa. Nunca le avisé de mis incursiones clandestinas. Llegaba y me iba como un fantasma, pero ella parecía saber siempre, decía padre, por dónde andaba yo. La última vez que hablé con él me dijo que él sabía cuándo iba a aparecer este monje errabundo porque ella se pasaba varios días en un estado de inquietud y nervios que la volvían insoportable, que no probaba bocado y que luego, cuando me iba, seguía igual, hasta que finalmente la falta de noticias le indicaba que el hijo estaba a salvo, que yo había conseguido franquear los pasos y llegar a Italia. Y entonces se sosegaba un tanto. De cualquier manera, si este era su estado de ánimo antes y después de mis visitas, yo no hubiera podido adivinarlo nunca, porque el escaso tiempo —a veces unas horas, a veces unos minutos, raramente un día entero—, que estábamos juntos, ella lo transformaba en un paraíso. Calentaba agua y me hacía asearme. Siempre tenía ropa limpia y olorosa preparada para mí. Pero primero,

antes que nada, me miraba la cabeza para comprobar que no tenía piojos. Qué lucha tuvo siempre nuestra madre con esos bichos. También tu cabeza padeció aquellas batallas. Y después nos sentábamos a comer juntos en la cocina aquella comida deliciosa que ella preparaba... Y el pan recién hecho. Se come tan mal en todas partes. Confieso que me dejaba arrastrar por la gula y para mis adentros maldecía (Dios me perdone) la bazofia que me veía obligado a comer en el convento. Eran tantas mi prisa y mi deleite que apenas me fijaba en que ella se sentaba conmigo y parecía que comía conmigo, pero apenas probaba bocado. Siempre había comido hacía poco o había comido demasiado el día anterior. Oh, gran Dios, qué ceguera.

Vuelvo a mi asunto. Entraré en Ginebra esta noche y Dios me permitirá llegar a tiempo de asear su cuerpo y su lecho y aliviar su alma, porque le he ofrecido mi vida por ello y sé que Dios no la rechazará. Después ya no abandonaré la ciudad. Hay otras almas y otros cuerpos, que mueren en el abandono y para todo el que me lo pida allí estaré, a ellos me consagraré hasta donde alcancen mis fuerzas o, mejor dicho, hasta que los diáconos de Calvino me detengan y me acusen de ser un sembrador de peste, un brujo, como han hecho con otros. Sé que serán más rápidos que la peste y me ahorrarán esas fatigas. De manera que, cuando vuelvan a encenderse las hogueras para quemar sembradores de peste, ven a verme.

Queda con Dios y que Él guíe tus pasos.

CAMPANAS DE BREDA

Para Antonio Llop de Villalonga

Habiéndose cumplido la voluntad de Dios, muy magníficos señores, y en obediencia de lo que me demanda mi condición de oficial contino en la casa de mi señor, su alteza don Felipe Guillermo de Orange-Nassau, señor de Breda, Steenberg y Diest, doy relación del suceso luctuoso acaecido en el día de hoy, 20 de febrero de 1618, en esta ciudad de Breda. He procurado con gran instancia, dada mi humilde condición, ser dispensado de esta obligación por ser la escritura tan ajena a las tareas de mi menester como intendente de la mayordomía de esta casa pero entiendo que cumple a mi persona la redacción de este memorial y petición por razón de los largos años de servicio que mi esposa y este pobre criado hemos prestado a tan gran señor desde que vino a las tierras de Castilla, primero en Arévalo y luego en la Alcalá de Henares de los sabios y doctores, lugar gratísimo en la memoria de su alteza, no solo por ser los años mozos los más livianos y felices de toda criatura humana sino también porque mi señor Felipe Guillermo era en extremo aficionado a los libros y al estudio, como de todos es bien sabido y no ignoran vuestras mercedes. Muchas veces oí comentar que si no hubiera nacido en tan alta cuna y no hubiera estado llamado a tan severas obligaciones, muy posiblemente hubiera sentado plaza de catedrático de la lengua latina o de alguno de los dos derechos, pues en estos y otros muchos saberes adelantaba a los sabios que con muceta y hopalanda venían a tratar con él de graves asuntos tanto de materia divina como humana.

Pues aun en su lecho de muerte admiráronse todos, no ya de la soberana dignidad con que hizo el último tramo de su vida, sino también de la dulzura en el decir y la sabiduría en el discurrir, en momentos tales que el aire le faltaba y las ansias de la muerte sobrepujaban al imperio de la vida, con ser este de tan gran potencia. Y más que vino todo aquel nublado a rodearse en tan pocos días que no acertábamos ninguno, no ya a plantar cara a aquel infortunio, sino ni siquiera a componer el rostro con el ropaje del decoro. Y tan solo aquel cuya vida se nos iba de manera tan inopinada y como a traición, parecía reconciliado con su destino, antes incluso de que se manifestara, y, con la vida sitiada de enemigos por los cuatro puntos cardinales, nos reconfortaba con palabras de consuelo y fortaleza, con aquel deje suyo tan dulce que le quedó de su lengua materna al hablar la nuestra castellana, lengua aquella áspera por demás, que suena como a lija de carpintero, como he tenido ocasión de comprobar en estas tierras bajas, aspereza que va pareja a la de estos lugares, que no se ve si es por razón de esta llaneza o por otros concertamientos y sospechas que a hombre de condición tan humilde como la mía no le corresponde investigar, pero es

el hecho que vienen los hombres mozos y robustos a estas provincias a morir como chinches en sahumeros de azufre.

Permítase a este humilde criado el alivio y la triste satisfacción, que es siempre triste si solo queda en palabras, de escribir en mi lengua torpe y de pocos adornos que debido al hostigamiento de este País Baxo han perecido varones de gran nobleza y hasta altezas de sangre real, que es maravilla encontrar tanta inteligencia en los miasmas de los pantanos, que no más parece que sepan con más tino que un arcabucero de Lombardía quién debe morir para mayor perjuicio de la monarquía católica. Hasta el más humilde súbdito de su majestad, que Dios guarde por muchos años, conoce que aquí, habiendo por muchos modos intentado orillar el que para otro menos avisado hubiera sido honor, rindió su alma don Luis de Requesens, que no más parece que el ángel de la guarda le retaba y le daba ocasión para temer, como aquel caballero de la comedia del gran Lope:

*sombras le avisaron
que no saliese,
y le aconsejaron
que no se fuese
el caballero,
la gala de Medina,
la flor de Olmedo.*

Que estoy escuchando las campanas del castillo de Breda y talmente pareciera que doblan con doble dolor y solemnidad. Mas, con ser tan grande e irreparable esta pérdida, ¿qué diremos de aquello que sentimos cuando nos enteramos de la muerte del hijo de César y César él mismo, el rayo de la guerra, nuestro señor don Juan de Austria? ¿Qué extremo de desamparo nos hirió el corazón? Un varón como una fortaleza, en todo el vigor de su hombría, que ni cañón de turco ni flecha sarracena pudo con él, y vino a morir aquí ahogado en fiebres, como don Luis de Requesens después de él y como su alteza don Felipe Guillermo después de ambos. Que no parece sino que se da maña extraordinaria la podredumbre de estos bajíos para saber a quién mata. Ni todas las campanas de Breda juntas ni todas las que quedan, que no serán muchas, en estas regiones que están desamparadas de la mano de Dios, por más que su majestad se niegue a abandonarlas, podrán cantar la gloria de estos hombres, que vinieron a estas brumas, como los romanos, para sacar a los bárbaros de su barbarie y no hallaron más que la ocasión para perder la vida como en un descuido.

Y vienen las campanas muy a propósito, pues no quedan en Breda más que las del castillo, habiendo sido destruidas todas las demás por estos bárbaros, que no de otro modo se les debe llamar. Sepan, muy magníficos señores, que desde que llegamos aquí, en julio de 1610, no han sonado en Breda más campanas que las que su alteza

aquí, en julio de 1610, no han sonado en Breda más campanas que las que su alteza tenía en su castillo, y que hasta hoy han llamado a los oficios divinos con tanta puntualidad como en un convento cartujo. Cumplía, al parecer, al servicio de su majestad el que sonaran estas campanas solitarias en la ciudad de Breda, y que aquí estuviera mi señor gobernando con justicia, con la sabiduría y equidad de un Salomón, sobre estos bárbaros herejes. Y, como cumplía, así se ha hecho, pero mi señor ha muerto y cuando demos su cuerpo a la tierra, si Dios no lo remedia, callarán las campanas para siempre. No se alcanza a ver —por más que yo soy hombre ignorante, pero curioso de preguntar— cuál era este servicio de tan elevada inteligencia, que ya es sabido que los buenos cristianos pueden gobernar con justicia sobre bárbaros, herejes y hasta turcos, si es que tal cosa fuera deseable y se acomodara a la salvación de nuestras almas.

No deben los hombres de condición tan chica y pocas entendederas como este humilde criado, que lo fue de su alteza tantos años, enredarse en cuestiones de alto gobierno y polecía de las naciones, pero con el mucho viajar y algo de leer a cualquiera, por cerril y rústico que sea, se le abre el caletre, que no parece sino que los caminos quitan las telarañas del entendimiento con solo ver el ir y venir de las gentes, la color diversa de los cabellos, las ropas que varían de un sitio a otro, que es maravilla que dé para tanto el idear y repensar de las agujas, quitando acá y poniendo acullá telas, cintas y pasamanerías. En los primeros tiempos que pasamos por estos pagos, a todos asombraban las caperuzas con que las mujeres se cubren los cabellos y la diferencia de los paños, que, aunque tiene fama el tejido de Flandes, no desmerece el de Castilla que traíamos y al que estábamos por demás acostumbrados, mas mi señor dispuso que debíamos todos vestir a la flamenca por que se viera la buena voluntad que traíamos con estas gentes de Breda, a las que había que agradar y favorecer en todo, y así del mucho agrado y mayor favorecimiento se ha muerto mi señor en esta ciudad, pero en ella no puede ser enterrado.

Mas, si el viajar limpia las ruines torpezas de las cabezas estrechas y oscuras, enseña también a ver las gentes humanas con su propia faz y desnudez, y a no engañarse en el trato con los hombres, que son muchos y distintos, pero a fuerza de rostros y de días se pueden penetrar las intenciones. Ruego a Dios que haya muerto mi señor, mas no lo creo, pues la facultad de la ilusión se pierde con los años, y mi señor, aunque joven, ya iba teniendo algunos, sin haber comprendido cuán inútiles y sin fruto han sido sus esfuerzos en esta ciudad. Nada me comunicó estando sano, ni mucho menos enfermo, pero los muchos años que vivimos bajo el mismo techo y compartiendo, cada uno en el lugar que Dios le dio, lluvias, soles y paisajes, hacían que con los ojos y el puro mirar nos entendiéramos mejor que con las palabras, que a veces no añaden nada a lo que ya se sabe, sino humo y confusión. Veíasele en las pupilas un amargor que en los últimos tiempos ya no se disipaba ni con la alegría de los cajones de libros que se hacía enviar de Castilla, que creo que la última vez que lo vi reír fue cuando llegó, junto con varias comedias de Lope y Mira de Amescua —

llamado *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de un tal Miguel de Cervantes, que fue por cierto soldado en estas tierras. Y bien está que haya alcanzado la gloria con las letras, pues la de las armas es incierta y variable, como la propia vida del autor declara y él mismo confiesa. Esta hiel de la milicia se asemeja a las de la gobernancia, que todo es poco y nunca se acierta y más en regiones que parecen vivir como en ese medievo de que hablan los humanistas, donde cada uno hacía de por sí su propio reino y no había entendimiento político para ver cuánto conviene a la comunidad humana trabajar por la unión y el fortalecimiento de la cosa pública, que para estas mentes cerriles de bárbaros, el bienestar del reino es la prosperidad de su propia casa y su poder. Y así cada gota de sangre noble quiere aquí su propio fuero, y ni tienen más mundo ni más visión del mundo que los muros de sus castillos y de sus ciudades, y ni saben que hay océanos y tierras nuevas al otro lado del mar ni que hay turcos en Oriente. Y cuando lo saben es como en el reino de los sueños, que no parece sino que estas palabras de tan recio significado están para ellos como vacías, pues no pueden llenarlas con nada de su propia experiencia.

Es digno de verse y hasta de risa la pompa y el ceremonial con que los nobles de las ciudades rinden acatamiento al príncipe que reconocen como señor, que ni rinden acatamiento ni reconocen nada sino su propia soberbia. Y, si esta alteza no se anda fina y con mucho tiento, tiene a la vuelta de pocas semanas bollicio de nobles que estallará acá o acullá por algún pormenor en el mercado o en la lonja, con esta o con aquella excusa, porque hay mucho trigo o porque hay poco. Eso, si hay dineros y ganas de holganza y diversión, que, si el invierno es crudo y hay poco que gastar, el señor que ha osado molestar con su opulencia o sus disposiciones a quienes se consideran sus iguales perecerá oportunamente de algunas fiebres, que para eso las cría esta tierra cenagosa en cantidad y calidad sin igual. Y excusen vuestras mercedes que con tanta llaneza me declare, pero no puedo evitar cierto regocijo cuando paro mientes en nuestra entrada en Breda en julio de 1610, que no más semejaba sino que los señores de la ciudad querían emular los desfiles que dicen que se pueden ver en Constantinopla, que jamás se vio a su majestad Felipe II mostrarse ante sus súbditos con tantos pajes ni ropajes.

Y qué decir de aquellos jubones de terciopelo sobre encarnada escarlata y unos cuerpos llenos de pasamanos de plata y oro y piedras preciosas que debían de ser diamantes y esmeraldas, y unos vivos sobre la grana que nos dejaron en suspenso, pues nunca vimos varones con tanto adorno, ni tanta chinela argentada, ni tantos herretes dorados, ni tanta cinta de nácar. El emplumado de los sombreros no era para ser descrito. En Castilla hubiéramos pensado en carnavales, pero aquí era todo pompa y solemnidad y mirar desdeñoso y elevado, que alguno hubo que tropezó con su propio pie de tanto echar la vista para arriba, y los cuellos iban tan estirados que debieron de quedar los colodrillos como procesión de ánimas.

Mi señor Felipe Guillermo, que en aquel entonces todavía conservaba el buen humor con que vino de Castilla, nos decía a los de su servicio que gozáramos de tan

peregrina ocasión, pues no es dado a todos los mortales en el año de 1610 disfrutar de una Roma en triunfo, por más que esta Roma fuera un tantico más chica y más oscura. Quiso mostrar su alteza medida en el vestir y en el comer, empezando por su propia casa, y más habiendo tantas quejas sobre impuestos y tanta obra que acometer, porque hasta que mi señor llegó no se han reparado las destrucciones que provocaron los tumultos levantados por estos mismos señores que tanto se quejan. Y de este ejemplo que él daba sin exigir a otros acatamiento, se siguieron hablillas y más hablillas, y se levantaron coplas que decían que mi señor Felipe Guillermo se complacía en hacer feos y desprecios a los señores de Breda, como todos los españoles, porque a fin de cuentas él era ya un español como otro, lo cual es falso de toda falsedad, que mi señor Felipe Guillermo de Orange-Nassau nació flamenco y murió flamenco. Y bien estaría, siquiera para hallar consuelo en esta pena que me nubla el sentir cuando veo amortajado a mi señor, tan solo aquí en su propia tierra, que se pudiera entender qué ha demostrado mi señor con tan buen gobierno como ha prodigado a esta ciudad durante años y qué grandeza es que un católico príncipe pueda ser justo señor de herejes.

Si su católica majestad cree que tales demostraciones y otras muchas que se hagan pueden traer paz a estos territorios, yerra. Los nobles de estas tierras no entienden más que de sus fueros, de sus matrimonios y del guerrear incesante que entre ellos ha habido. Y se harán cismáticos de doble cisma y hasta turcos si menester fuese. Ninguno ve el mundo más allá de su propia ciénaga, que aquí, con ser tan bajo el país y el horizonte tan estrecho, los pechos parece que se ahogan y que se angostan los entendimientos. Porque, sepan vuestras mercedes que mi señor —como varón que amaba las letras y era ducho en latines y en historia y hasta en la geometría y la ingeniería, que a todos causaron admiración las obras que él mismo dibujó y dirigió para desecar algunos paúles que estaban demasiado cerca de la ciudad y que eran aposentos de paludismo y causa de muchas muertes, particularmente de criaturas—, dióse en leer antiguas crónicas de estas provincias de tiempos de doña María de Borgoña, abuela que fue del emperador Carlos, de inmortal memoria, y aun de épocas anteriores, y quedamos todos como pasmados al saber que las guerras intestinas son el común vivir de estos señores, y que las banderías y las rebeliones contra sus príncipes naturales las tienen a gala y hasta las hacen escribir en los cuarteles de sus escudos y en sus lemas, pues no tienen en sus cabezas noción de servicio ni de lealtad, y así hacen sufrir a estas pobres gentes de manera inhumana, puesto que, del mismo modo que no saben respetar a sus príncipes y reyes, tampoco saben respetar a sus súbditos, que lo uno se sigue de lo otro. No se acierta a imaginar condición más desdichada que la que padecen las gentes menudas de estas tierras, pues se ven perpetuamente arrastradas a las guerras de sus amos por capricho, y hasta han tenido que abandonar su religión por mandato de sus señores, que buscan discordia y causa de tumulto hasta debajo de las piedras.

Por Dios misericordioso que no se puede entender que esta soberbia merezca consideración alguna, mas mi señor Felipe Guillermo obedeció punto por punto lo que le fue ordenado y esforzóse con denuedo en el servicio que se le encomendó; con denuedo mas sin ilusión, pues pronto comprendió que no eran causa de discordia ni el papa, ni los obispos, ni las sagradas imágenes, ni que el bautismo sea considerado sacramento o remojón, ni que haya que bautizarse una vez o dos o setecientas, ni el casamiento de los curas, ni la salvación, ni la fe, ni las obras, ni el libre albedrío... Pues quien quiere obrar disparates halla motivos para excusarlos y andamos muy extraviados tomando los pretextos por motivos. Con todo ello transigió mi señor Felipe Guillermo como le fue mandado por quien está más alto que él, y gobernó con el único principio de hacer respetar las vidas y las haciendas, y, en lo que a Dios toca, cada uno podrá disponer de sí y de su alma, que es como decir que hay que respetar la herejía. Y así se ha hecho. Pero no han cesado ni las demasías ni las desobediencias, de donde se sigue que no era la religión más que un achaque, y que, cuando se les quita uno, buscan otro con maña y descaró.

Vense comarcas aquí en que las pobres gentes han tenido que apostatar de la religión verdadera, y luego han tenido que apostatar de la herejía que habían abrazado cuando al señor le convino por sus intereses y combinaciones dejar de ser luterano para hacerse anabaptista, y de apostasía en apostasía andan en tal estado de confusión que ni el padrenuestro se atreven a decir por no saber ya si con ello ofenden a Dios o a su señor. Que es un dolor ver a gentes tan sencillas con estas angustias. Polecía tan nunca vista como la que aquí se ha llevado a efecto tuvo suspensos a algunos nobles, suspensos pero no mansos, que en cuanto volvieron a su acuerdo quedaron prevenidos de que había que andar enredando con otros menesteres, y como el hado adverso ofrece siempre ocasiones con que tropezar, si tropezar se quiere, y no es esta empresa del enredamiento proeza que requiera ni de mucho talento ni de ánimo esforzado, sino más bien de cierto desahogo en la virtud, o, por decirlo en breve y derecho castellano, poca vergüenza, pues hallaron modo de provocar discordia un año sí y otro también. El buen suceso está asegurado, pues no hay sino que ver con qué presteza destruyen honras las comadres en los lavaderos, entre lebrillos y nudos de jabón. Orden, consejo y honor no bastan a prevenir lo que pareciera necesidad si no fuera porque es planta tan ponzoñosa que mueve a guerras sin fundamento. Sabía mi señor Felipe Guillermo que toda prevención era poca contra este veneno de la difamación, que se ha convertido en la falsa moneda que corre aquí, más que los galgos nuestros, por las plazas y los mesones, y que los extremos de desatino no son sino la garantía de triunfo. Cuanto más grande es la mentira, más crédito tiene y con más alborozo la proclaman los enemigos de nuestro imperio, que llevan con poca paciencia el poder de España y acogen como si fueran ángeles llovidos del cielo los embustes más burdos, no hallando modo de perjudicar por otros medios, que bien lo harían si poder hubiesen.

Y más que por su propia ascendencia procuraba mi señor estar atento a lo que se decía en las calles y en los salones, y a lo que se repartía por las plazas en hojas volanderas, y a lo que predicaban en sus templos los clérigos heréticos. Y veíasele el rostro demudado cuando a su poder llegaban aquellas hojillas que su propio padre imprimía en Dillenburg y, pues que mi amo pasó su vida sin pronunciar jamás su nombre, le seré obediente hasta más allá de la muerte en este punto, y no quedará aquí escrito el de quien le dio el ser a este príncipe mío, tan honesto y desdichado, y tampoco narraré la llaga viva que los actos y hechos de este hombre fueron cavando en su corazón.

De las pocas alegrías que estos años hemos gozado, y sin duda las más gratas a mi señor, han sido las visitas de doña María de Nassau, que es digno de admirar cuán unidos han estado estos hermanos por encima de todos los desafueros que en el seno de su propia casa se han promovido y agitado, que no parece sino que la sangre de su madre, la dignísima doña Ana de Egmond, mujer tan piadosa como buena, hubiera sido como piedra bezoar, con virtud para proteger a sus hijos del veneno de la ambición sin freno, que cuando alcanza el límite de la locura corta por medio de todo lo sagrado, así Dios como rey o hijos. Y puede tenerse por cierto que si doña María no hubiera luchado tan bravamente como lo hizo por los derechos de mi señor contra sus medio hermanos —especialmente contra el llamado Mauricio, el otro primogénito por mal nombre, a quien el padre quiso poner en el lugar que por nacimiento le correspondía a mi señor— hubiera sido difícil, por no decir imposible, el regreso de mi amo a estas provincias, que, con ser grande el amparo y el poder de su majestad Felipe II, quizá no hubiera bastado para alcanzar este propósito. En llegando doña María al castillo de Breda, parecía que a mi señor le salían cascabeles en los ojos y era un contento de ver, para los que bien le queríamos, cómo platicaban y reían durante horas en su lengua materna. A veces también lloraban, y no es de extrañar porque las vidas de estos dos príncipes han estado llenas de sobresaltos y traiciones, de separaciones y desdichas desde que murió doña Ana de Egmond, cristianísima señora y madre de ambos, y desvióse el padre por las trochas de la soberbia y la más recia ambición y locura que imaginarse pueda, sin parar mientes ni en sus propios hijos ni en sus propios súbditos, que son también, cuando los señores saben serlo, a modo de hijos. No hay en esto misterio alguno, pues ¿qué puede extrañar en quien ha empujado a hacerse la guerra a los de su propia sangre en provecho propio? Mas me detienen el recato y el conocer honestamente que estas villanías están a la vista de todos los que las quieren ver y tienen valor para ello sin espantarse.

Señora tan discreta, valiente y leal como doña María basta ella sola para dar honra y prez a cualquier linaje, y me conmueve el corazón el imaginar lo que sufrirá de pesadumbres cuando le lleguen las malas nuevas que hace apenas una hora le hemos mandado. Que, por más que sea mujer con fortaleza fuera de lo común y más firme que muchos varones, es esta pérdida para ella un puñal en el alma y en la vida, pues queda sola y no diré sin familia, sino mucho peor que si no la tuviera, porque, de

donde todos esperamos consuelo y amparo, ella solo puede recibir afrentas y venganzas. Los intentos pasados no hacen que el porvenir se muestre lisonjero para doña María, y miren vuestras mercedes lo que más conviene para su defensa y bienestar, que sería gran deshonor que no se previniese lo preciso para salvaguardar su honra y seguridad. Me hallo en punto de aflicción tan grande que no encuentro voluntad para fingimiento alguno y prevengo que descuido en este particular sería no solo ingratitud sino villanía.

Por todo lo dicho, pluguiera a Dios que se pudiera dar sepultura a mi señor donde lo merece y que un servidor acompañara su cuerpo noche y día, así por tierra como por mar, mas, no habiendo disposición prevista sobre ello, por haberse presentado esta desgracia de manera tan escondida y a deshora, es de temer que se le haya de enterrar en esta región de Brabante, y cumple a vuestras mercedes disponer cómo se ha de verificar acto que no por doloroso debe ser menos solemne, pues aquí en Breda, como vuestras mercedes sin duda conocen, no se le puede enterrar.

Sin ánimo de importunar, y porque sé que la esposa de mi señor, doña Leonor de Borbón-Condé, no está en disposición ni de pedir ni de mandar —pues anda como en un parasismo, yendo y viniendo de sala en sala, como si al atravesar una puerta pudiera entrar en el mismo lugar pero antes de que acaeciese lo que ha acaecido—, por ello me atrevo a demandar lo que a continuación declararé, más allá de lo que son mis atribuciones, pues a ello me impulsa el mucho amor y la mucha dedicación que tuve a mi señor don Felipe Guillermo de Orange-Nassau, pues no he tenido ni procurado otra vida más que la suya desde que entré a su servicio en Arévalo, teniendo él apenas dieciséis años de su edad, y yo, veinticinco, y, como esto es de todos conocido, no me alargaré en ello. No pido ni pediré recompensa ni premio por tantos años, pues con gozo los he vivido y nadie me obligó a ello, sino yo mismo, pues a la legua se veía que era aquel joven príncipe varón sobresaliente, y esto cuando apenas el bozo le apuntaba, como él se ha encargado de probar con el tiempo, pues ha principiado y triunfado en empresa que nadie osó acometer, que es gobernar sobre herejes con justicia, para recibir de ellos la gratitud que de estas fieras puede esperarse, pues mi señor, insistiré en ello a riesgo de descortesía, no puede ser enterrado en Breda, y cumple —y no es apresuramiento vano, pues el cuerpo del hombre tiene poca resistencia cuando se callan los latidos del corazón— atender y dar las determinaciones precisas que el sepelio de tan digno príncipe demanda.

Muy soberbios y satisfechos y presumidos andan ahora por las casas ricas de Breda quienes, con malas artes, pero llenos de afeites los rostros para ocultar su falsía, han combatido a mi señor y han procurado la ruina y perdición de mi amo, y se han tragado su hiel año tras año, pues no han podido desbaratar su buen gobierno ni apartarlo de los señoríos que por herencia le correspondían. Y andarán reventando de satisfacción, pero han tenido que esperar a que muera para mostrar su gozo, que solo las gentes humildes de estas comarcas se han atrevido, y es gran atrevimiento no

sabiéndose nunca en estas provincias cuánto van a durar los gobiernos, a mostrar pesar por tan gran pérdida, y esto, con grandes disimulos y celosías.

Quizá haya llegado ya a oídos de vuestras mercedes lo que nosotros —todos los que en el castillo de Breda moramos— sabemos, y ello es que mi señor don Felipe Guillermo dispuso, pocas horas antes de expirar, que se le diese sepultura en Diest, mas permítanme señalar que esto hizo con el único propósito de no causar trabajos a su esposa y a sus servidores, pues era él tan caballero y tan mirado en el trato ajeno que aborrecía ser causa de dispendios y atenciones más allá de lo que estrictamente exigía el buen servicio a su nombre y rango. Y, pues la muerte le vino a sorprender sin que él hubiera previsto y dejado en orden lo que había de hacerse una vez fallecido, no quiso que cayera sobre otros su descuido, si tal puede llamarse al hecho de que un hombre sano y todavía joven no espere la muerte a la vuelta de la esquina.

Habiendo pasado tantos inviernos de bruma y barro, y aun tantas primaveras y otoños, pues es propio de estos lugares que el sol no aparezca sino de contrabando, y eso hasta en verano, no habría —y me atrevo con ello a descubrir mi pensamiento y verdadero propósito de esta relación—, modo más cumplido de honrar la memoria, que debe ser eterna, de mi señor que mandar lo que se precisare para que su cuerpo sea llevado a Castilla y puesto en sepultura digna de su nobleza y cuna y servicios prestados a la monarquía católica, tan cerca como sea posible del rey Felipe, segundo de este nombre, que lo prohió y mandó educar para que un día acometiese tarea nunca vista entre cristianos. Que, aunque no corresponde a mi amo el descanso eterno en el monasterio, hay bellas iglesias en la villa de San Lorenzo donde yacer para la eternidad en las cercanías de las cumbres de Guadarrama y bajo aquel cielo azul que tanto echaba en falta, que esta era casi su única queja —tan rara y suave, como era su decir tan comedido, que casi no lo parecía—, y era ello que muy a veces manifestaba que se le iban las melancolías en imaginando las sierras que rodean Madrid, y más aún el cielo que desde ellas puede verse, que no parece sino que el azul estalla y envuelve el mundo, como adelantando el abrazo de Dios.

Dado en Breda el 20 de febrero de 1618

LA ÚLTIMA REINA

Para Emilia Landaluce

Si no estaba nerviosa, como se venía repitiendo a sí misma desde que se había despertado, lo que sentía se le parecía mucho. Sin embargo, no era momento para amasar nervios, y justificarlos o negarlos formaba parte, bien lo sabía ella, de aquel amasijo y su fermentación. A fin de cuentas, no todos los días se defiende una tesis doctoral, y bien puede admitirse que la doctoranda, en fecha tan señalada, se sienta no nerviosa, eso no, pero sí un poco excepcional y con alguna tendencia a ver lo cotidiano bajo un prisma inusitado. Mercedes Martín se avió el desayuno primorosamente. Era todavía de noche y, cuando miró por la ventana, no había nadie en las aceras de Moreton Place. No se preparó un té bien cargado, como hacía todos los días, y el pitido habitual de la *kettle* le faltó. La leche caliente con miel, que había elegido como desayuno idóneo para aquel día, le pareció repugnante, y miró la *kettle* con añoranza. Quizá sí estaba un poco nerviosa después de todo. De pronto comprendió que miraba con tanto empeño la *kettle*, no porque echara de menos el té, sino porque echaba de menos la *kettle*, que, aunque era suya y podía llevársela a su casa, en realidad, pertenecía a aquella habitación tan austera y desordenada de la St. Ambrose Student Residence en que había vivido desde que llegó a Londres en busca de una tesis doctoral.

Todo había parecido normal en aquellos años y solo ahora dejaba de serlo. Sin duda porque se acababa, y todo lo que se termina tiñe de un color entre rosa y gris lo que ha ido sucediendo hasta llegar al presente, a la leche con miel y su repugnante sabor. Bien podía haber pensado en otro líquido para calentarse el estómago. ¿A qué venía aquella tontería de la miel? A Mercedes nunca le había gustado la miel. Su madre y su abuela, que habían nacido en la Alcarria, tenían como un dogma de fe que la miel todo lo cura. Recordaba como un tormento aquel empeño de su madre en que hiciera gárgaras con agua caliente y miel en los años adolescentes en que, sin saber por qué —cosa de las hormonas sería—, cogía una amigdalitis cada dos por tres. Seguramente era esa fe alcarreña la que la había llevado a elegir la miel para la mañana predoctoral. Nada podía salir mal si tomaba miel para el desayuno.

Con gesto desafiante, como si todo Londres estuviera mirando, Mercedes levantó la cortina cutre y sucia, de un color indefinido entre el marrón y el ocre, y miró hacia la calle de nuevo con la vana esperanza de que hubiera algo en ella que la distrajese: un mendigo, un lechero, un guardia nocturno de regreso a casa..., pero Moreton Place insistía en decirle que era de noche y que se había levantado demasiado pronto porque estaba nerviosa y no podía dormir.

En lo alto de la mesa de estudio, que era un puro Himalaya de papeles, estaba colocada, impecablemente cosida y encuadernada en tela azul marino, la tesis de Mercedes. Sus brillantes letras doradas desafiaban las cortinas sucias, los papeles amontonados y las paredes llenas de pósteres de los Sex Pistols, Joy Division y Siouxsie and the Banshees, pegados con adhesivo:

Prison and Death of the Last Queen.
Lady Margaret Pole, 1473-1541
Ph. D. Thesis
King's College, London

Quizá tenía que haber hecho otro ejemplar más para llevárselo a su abuela Isabel a Zaragoza, porque estaba segura de que la anciana iba un día sí y otro también al Pilar a pedirle a la Virgen que lo de la nieta en Londres saliera bien. Eso le había dicho.

—Voy a pedirle a la Virgen que lo tuyo en Londres salga bien.

Y luego se había negado a dar más explicaciones sobre lo que significaba exactamente «lo tuyo en Londres». Mercedes había decidido que «lo tuyo en Londres» incluía la tesis. Tenía que ser así, porque la abuela Isabel era la única que verdaderamente conocía con exactitud todo el devenir de su investigación. En algún momento doña Isabel había mostrado tanto entusiasmo que Mercedes llegó a temer que cogiera el tren en Zaragoza, se plantara en Irún y de allí hasta París para llegar a Calais, desde donde el *overcraft* la llevaría a Dover, y desde Dover, en pocas horas, a Londres. Pero era un viaje demasiado caro para su pensión de catedrática de instituto. Sin embargo, el auténtico y verdadero problema era el inglés, una lengua que siempre le había dado horror y que ahora se presentaba como un obstáculo insalvable entre la tesis de la nieta y ella. Mercedes la había convencido de que realmente sabía tanto sobre Lady Margaret Pole como ella misma, y para probárselo le había mandado dos capítulos en español, capítulos que la abuela Isabel había devuelto convenientemente corregidos, anotados y aumentados. Entonces decidió que ya no le mandaba más. Efectivamente, la catedrática de griego del Instituto Goya de Zaragoza sabía tanto como ella o más sobre Lady Margaret Pole. Y, si no lo sabía, lo parecía porque aquella sintaxis impecable era capaz de mejorar cualquier tema.

Claro que también Michael Egerton formaba parte de «lo tuyo en Londres». Cuando Mercedes apareció con el melenudo en Zaragoza, la madre se negó a alojarlo en casa y, para sorpresa de propios y extraños, la abuela Isabel lo acogió con la mejor sonrisa, haciendo gala de una hospitalidad principesca. En un primer momento Mercedes había pensado que su verdadero propósito era envenenar al inglés con alguna pócima secreta de miel de tábarro, no para matarlo, sino para provocarle un serio contratiempo intestinal. Mercedes no podía creer en las buenas intenciones de doña Isabel, tan elegante y discreta, para con aquel inglés de aspecto descuidado, un

rasgo que la abuela aborrecía en cualquier ser humano. Recordaba que la abuela, cuando se enfadaba, trataba al ofensor con extraordinaria amabilidad y dulce sonrisa, hasta que este bajaba la guardia, momento que doña Isabel aprovechaba para clavarle las banderillas bien visibles. Cuando la nieta le reprochaba abusar de su voz suave y su sonrisa para vengarse del prójimo, la abuela contestaba que la miel sirve para todo, incluso mata con dulzura. Presa de un súbito y absurdo ataque de pánico, había intentado evitar que Egerton se alojara en casa de la abuela, pero el inglés estaba encantado de ahorrarse la pensión y no veía inconveniente alguno en ello. Michael Egerton no fue víctima de la miel de tábarro, como Mercedes había temido tontamente. Pero a los tres días acompañaba a la abuela a misa de ocho en la basílica del Pilar, al cuarto día se cortó el pelo, y al quinto hacía tales despliegues de caballerosidad en su comportamiento con la abuela que Mercedes recayó en pensamientos absurdos. Estaba celosa de la abuela Isabel.

El malestar de Mercedes y el bienestar de Egerton resultaron tan visibles que doña Isabel decidió brindarle a la nieta la oportunidad de echar fuera los demonios.

—Querida: Michael Egerton es un hombre. Solo necesita que lo eduquen. El problema es que vosotras ya no queréis educar a los hombres para que lo sean, y luego os sentís decepcionadas porque no lo son. Mal asunto. Preveo grandes complicaciones en el futuro.

Mercedes miraba de reojo la *kettle*, que, aunque era suya, pertenecía a aquella habitación. Podía llevársela a España, pero allí no pegaba. A Michael Egerton no podía llevárselo. Sabía que el inglés no la seguiría y que solo esperaba a que ella se marchara a Zaragoza para dar por terminada la relación. Habría algunas cartas y alguna llamada telefónica y se acabó. Lo había ido perdiendo poco a poco entre conciertos y manifestaciones, porros y sellos de LSD.

Fue en aquella Navidad de 1976 cuando la abuela la convenció para que hiciera su tesis doctoral sobre Lady Margaret. Realmente tardó en dar su brazo a torcer, pero cualquier otro tema histórico poco frecuentado palidecía ante las posibilidades que ofrecía investigar la vida y, sobre todo, los últimos años y la muerte de aquella dama. El mundo entero conocía a Tomás Moro, pero casi nadie sabía nada de la última descendiente de la casa real de Plantagenet, ni tampoco de la orgía de sangre en que fueron aniquilados por Enrique VIII y su padre, siguiendo la política Tudor de no dejar enemigo vivo, si era posible acabar con él. Pocas dinastías en Europa habían demostrado tan invencible vocación para el asesinato. Mercedes estaba preparada para mucha sangre, pero no tanta. Durante casi un año vagó por los senderos que habían conducido a la muerte a aquella casa noble que Guillermo el Conquistador había llevado a Inglaterra y a la que tanto le debía la isla que luego los aniquiló sin piedad. Con fascinación descubrió que la literatura artúrica había nacido en el regazo de los Plantagenet.

—¿Tú sabías que Godofredo de Monmouth y Wace escribieron en el siglo XII bajo la protección de los primeros Plantagenet?

—No te vayas por las ramas. Eso lo sabe todo el mundo.

Con impaciencia, la abuela le advertía que la dispersión es el mayor peligro para el investigador novato que cree estar descubriendo América cada dos por tres. No obstante, algo más que el fascinante origen de la literatura artúrica inquietaba a Mercedes ya en los inicios de su investigación: ¿cómo era posible que el ciclo artúrico hubiera sobrevivido tantos siglos para dar brillo y esplendor a Inglaterra desgajado de los descendientes de Guillermo, como si ellos no hubieran existido? Era incomprensible que hubiera tantos libros de literatura inglesa, de enseñanza media, por ejemplo, en los que ni siquiera se mencionaba la dinastía que sirvió de invernadero a Sir Lancelot, Morgana Le Fay, Sir Galahad, Ginebra, la Dama del Lago... Perdida en las bibliotecas de Londres, fue reconstruyendo las desdichadas vidas de aquellos príncipes: Anne Plantagenet, Ricardo de York, Eduardo Plantagenet, Jorge Plantagenet, Enrique Plantagenet... Y Lady Margaret Pole.

La abuela insistía en que abandonara aquel vagabundeo morboso que la distraía de su tarea principal, pero no lo consiguió. La tragedia de los Plantagenet terminó por arrastrarla a un estado de alucinación constante que desdibujó las calles de Londres. La abadía de Tewkesbury, donde había sido enterrado Jorge Plantagenet, duque de Clarence, o el castillo de Farleigh, donde había nacido Lady Margaret Pole, cobraron más espesura y solidez que la vida real, y Mercedes consiguió atravesar aquel periodo conflictivo sin enterarse apenas de los disturbios y manifestaciones en que se transformó la ira de los ingleses cuando supieron que su país estaba en quiebra.

La familia y los amigos le preguntaban a menudo qué estaba pasando en Inglaterra, y las evasivas de Mercedes no consiguieron más que alarmar a sus padres, que a punto estuvieron de viajar a Londres para traerla de vuelta a casa. Tenía lógica que la hija quisiera atenuar la gravedad de aquellos disturbios que llenaban los telediarios para no preocupar a su familia, pero las caóticas explicaciones de Mercedes tenían el efecto contrario. Solo la abuela Isabel comprendió que Mercedes estaba atravesando por una de aquellas etapas de ensimismamiento que obnubilaban a la nieta de cuando en cuando. Como ella misma también las tenía, sabía que Mercedes estaba en algún lugar al que se había marchado en pos de su imaginación y que no regresaría hasta haber alcanzado un estado de saturación tan asfixiante que le resultara insoportable, como los amantes demasiado posesivos. Porque, si no hubiera estado secuestrada en el trágico destino de los Plantagenet, su nieta, que no era tonta, habría comprendido que aquellas explicaciones confusas y aquellas incoherencias que respondía necesariamente iban a inquietar a su familia. Como Mercedes no se daba cuenta, de nuevo intervino la abuela Isabel en la vida de su nieta sin que esta lo supiera para convencer a los padres de que la hija no corría ningún peligro en aquel Londres de barricadas y antidisturbios, precisamente porque Mercedes estaba tan concentrada en sus investigaciones que no tenía ningún interés en participar, ni siquiera por curiosidad, en los altercados. Esto tranquilizó a los padres, pero a la abuela no.

Fue entonces cuando conoció a Michael Egerton y solo por él se interesó Mercedes por la Inglaterra que la rodeaba y comprendió que el país estaba atravesando por una de sus horas más bajas. Los hijos y nietos del esplendor victoriano no acababan de entender cómo el maravilloso imperio de aquellos caballeros que cazaban tigres en la India se veía ahora obligado a mendigar préstamos al FMI para poder pagar a los funcionarios. Conoció a Michael Egerton en la Maughan Library, cuando el voluntarioso funcionario del mostrador le hizo saber que no podía renovar el préstamo de la edición de J. R. Dasent de 1891 de las *Acts of the Privy Council of England, 1550-1552*(vol. 3), porque había otro estudiante que también lo había solicitado. A Mercedes le venía bastante mal desprenderse del libro y le pidió al bibliotecario que le permitiese saber quién era aquel otro estudiante para poder hablar con él y rogarle que pospusiera su reclamación al menos una semana, que era lo que ella necesitaba aproximadamente para completar sus resúmenes. El bibliotecario, todo reservas y circunspección, cogió un papelito y allí escribió el nombre y el número de mesa que Egerton solía ocupar. Hacia allí se encaminó preocupada por si su petición recibía una negativa y al mismo tiempo curiosa por saber quién podía estar interesado en una obra que nadie había solicitado en los últimos ocho años, según constaba en los ficheros.

Fiel al estilo de su tierra, el inglés escuchó y respondió con monosílabos, y Mercedes no se atrevió a preguntarle la razón por la que a él le interesaba aquel libro. No le pareció guapo, ni siquiera resultón a pesar de la espléndida melena cobriza que lucía. Aquella parquedad en palabras, sin embargo, fue suficiente para que se diera cuenta de que se expresaba con una dicción perfecta y que si no era un producto de Eton le faltaba poco.

Las manos de Michael Egerton. Los ojos de Michael Egerton. Su mirada a través de las mesas de la biblioteca. El deseo en aquellos ojos había sido suficiente y había sobrado. Todas las ideas que Mercedes tenía sobre el amor y toda su experiencia, que ella creía muy sólida, se vinieron abajo como un castillo de naipes. Se habían lamido como lobos y susurrado atrocidades en dos idiomas. El deseo por Michael Egerton no se extinguía una vez satisfecho. Al contrario. Cada día era más intenso y más urgente, hasta un punto que llegó a sentir vergüenza de sí misma. La irritaba profundamente saber que Michael era totalmente consciente del poder que tenía sobre ella. Una vez en medio de un revolcón le dijo que era como una perra en celo por las calles de Londres, y Mercedes estuvo a punto de abofetearlo. Egerton no entendió el enfado y se echó a reír. Él no negaba que seguía el rastro de Mercedes por toda la ciudad y que ni harto de porros podía acostarse con otra mujer. Esto lo había desconcertado al principio, pero luego lo aceptó con alegre deportividad.

La dependencia de camas ajenas era lo peor de todo. Ni en la St. Ambrose Student Residence ni en la *boarding house* de Egerton podían entrar personas del sexo contrario. En el caso de Egerton, además, la habitación era compartida. Una noche se armó de valor y a través de la escalera de incendios se coló en el edificio y

llegó sin tropiezos a la habitación de Mercedes, que se quedó sin habla cuando abrió la puerta. Fue una noche espléndida que ella vivió en tal estado de placer y angustia que al amanecer le hizo saber al novio que aquel había sido un atrevimiento muy romántico, pero que no volviera a hacerlo nunca más. Egerton le dio un mordisco en la oreja y se fue. A la noche siguiente volvió, y Mercedes se enfadó de veras. Egerton tardó un rato en darse cuenta de que el enfado de Mercedes no era un ingrediente añadido al ritual de apareamiento. La sola idea de que la expulsaran de la St. Ambrose por semejante motivo se le hacía insoportable, y más insoportable todavía el que su familia se enterara y finalmente toda Zaragoza, porque algo así se acaba siempre sabiendo. A la sabrosura del chisme en sí, había que unir el gozo de conocidos y parientes de ver en vergüenza a aquella joven impecable, que había sido una adolescente impecable, hija de una madre también impecable y nieta de una abuela, que, además, era una institución en Zaragoza. No eran ricos, pero tenían una reputación que mantener. Esto a Egerton o no le importaba o no quería entenderlo. Y eso que él, por mucha melena que se dejara y mucha chaqueta militar de camuflaje zarrapastrosa que se pusiera, exhibía las veinticuatro horas del día una dicción perfecta que mantenía inmaculada frente a cualquier tentación de populismo expresivo. ¿A qué tanto empeño en sostener como una armadura aquel rasgo de distinción mientras arrojaba latas de *beans* a los pobres policías londinenses?

Nunca volvería a comer *beans*. Porque los *beans*, como la *kettle*, formaban parte de la vida en Londres, que estaba por acabar, que en realidad ya se había acabado, como Michael Egerton, como *Prison and Death of the Last Queen*. Mercedes volvió a mirar hacia Moreton Place por si la calle daba alguna muestra de vida y vio venir por la acera a una señora de mediana edad, tacón y medias, muy elegante, con un vestido que claramente se había puesto la noche anterior y todavía no se había quitado. Los supervivientes de la noche siempre le habían causado desasosiego y por eso desde la adolescencia había evitado que el amanecer la cogiese fuera de casa. A Egerton en cambio lo que lo angustiaba era volver a su habitación demasiado pronto, como si el protocolo de la diversión no se cumpliera si no se recogía después del amanecer.

Qué curioso haber conocido a Egerton por culpa de un libro que en realidad a él no le interesaba en absoluto. En las angustiosas horas de la crisis inglesa, a Egerton le había dado por pensar que el origen de los males de su país residía en una tendencia secular a destrozarse una parte de sí mismo y luego negarse a reconocer el fratricidio. Ponía como ejemplos a los Plantagenet, a Tomás Moro, a los cuáqueros, a los anabaptistas, las deportaciones masivas en Escocia, la hambruna irlandesa, los miles de católicos perseguidos o muertos, a Oscar Wilde... Al principio, Mercedes pensaba que Egerton era católico, pero se equivocaba. Egerton era el primogénito de una familia de *esquires* de Hampshire que había comenzado a arruinarse después de la Segunda Guerra Mundial, como tantos otros propietarios rurales de la baja nobleza. El desastre fue completo cuando las inversiones de la familia quedaron en nada con

las devaluaciones que la libra había sufrido a principios de los años setenta del siglo xx. Los Plantagenet constituían para Egerton un síntoma y carecían de interés por sí mismos. Mercedes no pudo conmovederlo cuando le contó cómo Lady Margaret había perdido a su padre y a todos los hombres de su familia. La niña tenía solo cuatro años cuando Jorge Plantagenet, duque de Clarence, fue ejecutado a la edad de veintiocho años, algo de lo que, en principio, no cabía extrañarse ni en la Inglaterra del siglo xv, ni en la del siglo xvi, ni en la de épocas posteriores. Tantas fueron y tan bien vistas llegaron a estar las ejecuciones que se había llegado a desarrollar todo un sistema de diversión pública basado en ellas. Antes de que toda la hipocresía de Europa se escandalizara por las *tricoteuses* francesas —que se ponían a hacer calceta a los pies de las guillotinas y lo mismo contaban puntos del derecho y del revés que las cabezas que caían en los cestos—, ya habían ennoblecido los ingleses la ejecución pública con sillas para la gente y venta de entradas. Por fortuna, Jorge Plantagenet tenía sangre muy noble, y no fue sometido a la vergüenza de una ejecución pública, sino discretamente sacrificado en la Torre de Londres. Los extraños rumores sobre su muerte quizá nacieran de que los Plantagenet tuvieron en general mala suerte con los verdugos y, ya por fatalidad del destino o por crueldad de los reyes que los mandaron asesinar, el hecho es que les cortaron la cabeza hombres poco expertos en el manejo del hacha. Dice la leyenda que Jorge Plantagenet nunca fue en realidad decapitado sino ahogado en un tonel de vino dulce, pero quizá el origen de esta leyenda está en la fama de buen bebedor que tenía el padre de Lady Margaret Pole, fama compartida con los demás Plantagenet y abundantemente promocionada por los Tudor, que forjaron a conciencia una imagen de vicios y excesos para estos reyes sin corona de Inglaterra. Que la muerte de Jorge Plantagenet no tuviera para Egerton más importancia que la constatación de que una parte de Inglaterra devoraba a la otra sin pedir nunca perdón por ello, desconcertó a Mercedes. La conmovía pensar en Margaret Pole, que había perdido a su madre con tres años y luego a su padre con cuatro, huérfana e indefensa, con la vida pendiente de un hilo, frente a la ambición sin medida de Enrique VII, el padre de Enrique VIII.

A Egerton le parecía de un lamentable sentimentalismo la extraña conexión que Mercedes había ido tejiendo con Lady Margaret y su regia y desdichada familia.

—Pero tienes que reconocer que la literatura inglesa y su imaginario colectivo le deben mucho al mundo artúrico, y que este no habría existido sin los Plantagenet.

Egerton bajó los párpados en señal de asentimiento. Para él el problema no era ese. A fin de cuentas, el universo artúrico había sobrevivido y cumplido su función en la historia y el prestigio de Inglaterra. A Egerton lo que le interesaba comprender era por qué la historia de Inglaterra tenía un solo camino y los grupos perdedores desaparecían en el silencio sin dejar huella apreciable en la versión oficial y única que todo el mundo aprendía.

—A ver si me entiendes, Mercedes. La atmósfera cerrada de esta isla ¿cuándo empieza?

Egerton removía la espuma de una pinta de cerveza con el dedo índice, sin preocuparse de lo poco elegante del gesto. A menudo recalaban en The Zetland Arms —detrás del Royal Albert Hall—, un *pub* de medio pelo, entre castizo y pretencioso, pero con buena cerveza y un *brunch* nutritivo y aceptablemente sabroso, a buen precio. El propietario se desvivía multiplicando ofertas. La crisis hacía estragos en los comercios londinenses y los *pubs* iban cerrando uno tras otro.

Había sido muy difícil explicarle a la abuela Isabel qué diferencia había entre un *pub* y un mesón; entre un *pub* y un bar; entre un *pub* y una taberna.

—Pero, bueno, ¿se come o no se come?

—Sí se come o se puede comer. Es como un mesón o una taberna, aunque más comfortable.

—El confort es lo esencial, ¿no? Eso es porque no pueden sentarse en la calle.

La abuela Isabel finalmente había llegado a la conclusión de que lo peculiar del *pub* era más bien un asunto de decoración.

En The Zetland Arms, razonablemente borracho y agradablemente instalado entre maderas oscuras, Michael Egerton intentaba hacerle comprender a Mercedes las angustias que lo zarandeaban desde que había empezado a plantearse Inglaterra como problema y la soledad a que lo habían llevado sus reflexiones.

—Eso es porque no eres español. Si lo fueras, te habrían enseñado en el colegio que España es un problema, y ya lo tendrías asumido.

A esto Egerton callaba obstinadamente, y Mercedes tardó su tiempo en darse cuenta de que cualquier comparación entre España e Inglaterra le molestaba. La trifulca había sido fenomenal: varias horas de discusión intensa y apasionada para no llegar a ningún sitio, porque Egerton se hubiera dejado matar antes de reconocer en voz alta sus muchos prejuicios. Mercedes lo acosó primero por su indumentaria de *flower power* exquisito.

—Mira, sé un poco honesto contigo mismo. Venderías a Marx por una buena cacería de zorro de esas que todavía organizaba tu familia en Hampshire cuando eras pequeño.

El inglés no lo negó, pero argumentó bien que también quemaría *El capital* en la estufa por una oportunidad de conocer el Egipto de la época de Ramsés II.

—Es más: a ti te pasa lo mismo. Le venderías tu alma al diablo por un día en el castillo de Ludlow en los tiempos en que Lady Margaret Pole gobernaba la casa de María Tudor.

Mercedes tuvo que reconocer que era cierto, pero que, a diferencia de Egerton, ella no creía en revoluciones de ningún tipo, y que él en el fondo tampoco creía. Simplemente deseaba la destrucción de un mundo que le parecía vulgar y decepcionante, un mundo en el que Michael Egerton y los de su clase ya no servían para nada. Egerton contestó con indiferencia, mientras miraba distraídamente las idas y venidas del camarero con la bandeja llena de jarras de cerveza. A lo largo de muchas conversaciones tanto verticales como horizontales, Mercedes había aprendido

a calibrar los tonos distraídos de su novio y supo enseguida que lo había herido en lo más hondo. No lo lamentó. También él la había ofendido a ella y no era capaz de reconocerlo.

—Esto está tan podrido que no veo inconveniente en aceptar que hay momentos en la historia en que hace falta ventilar la casa y tirar por la ventana lo que sea preciso e incluso más.

Mercedes lo miró largamente. Egerton era bueno discutiendo, ágil en la esgrima verbal. Muy molesto tenía que estar para recurrir con ella a un argumento tan ramplón. Supuso que su energía cerebral debía de estar concentrada en afectar una indiferencia que no sentía. Mercedes sonrió con dulzura y por un momento pensó en la abuela Isabel. Le estaba haciendo daño a conciencia y disfrutaba.

—Sí, claro. ¿Como en los tiempos de Enrique VIII? Querido: los problemas personales no se arreglan con revoluciones sociales.

Con verdadera delectación se explayó en los sufrimientos que habían pasado los ingleses cuando fueron obligados a cambiar de religión por la ambición de unos pocos. Puede que Egerton tuviera razón y los Plantagenet fuesen solo un síntoma, pero qué síntoma.

El humo de los cigarrillos hacía irrespirable la atmósfera de The Zetland Arms y, al mismo tiempo, le otorgaba una extraña calidez. En el cenicero que había en la mesa, se iban acumulando las colillas sin que las posiciones de ambos contendientes sufrieran mucha variación. Mercedes no estaba dispuesta a dejar aquella partida en tablas, pero Egerton rehuía una y otra vez el asunto principal.

—¿Por qué te cuesta aceptar que las desdichas de Inglaterra son como las de cualquier otro país, como el mío, por ejemplo?

Con un suspiro de resignación, Egerton levantó un dedo para llamar al camarero, pero no entró al trapo.

—Las desdichas del mundo son demasiado para mí. Me conformo con las que tengo a mi alrededor.

La escalera de incendios de la St. Ambrose Student Residence no volvió a ser violentada por el novio inglés para servir de escala nocturna con que llegar al lecho de la amada. Algo comenzó a romperse aquel día en The Zetland Arms. Mercedes lo comprendió después, cuando se dio cuenta de que ambos, como en un tácito e invisible acuerdo, evitaban el *pub* donde tantas horas habían pasado juntos al principio de conocerse.

El tiempo pasaba lento aquella mañana, y Mercedes, perdida en pensamientos que cada vez la desasosegaban más, se planteó enchufar la *kettle* y prepararse un té bien cargado a ver si así el día comenzaba a fluir con normalidad de una bendita vez. Las letras doradas sobre tela azul, de factura levemente gótica, vinieron a confirmarle que aquella jornada no podría entrar nunca en los carriles de la cotidianidad. Eran 512 páginas mecanografiadas. Bibliografía exhaustiva. Relación minuciosa de documentos y fuentes originales. Índices y anexos. Había incluso un capítulo

dedicado a los lugares en los cuales se había desarrollado la vida, pasión y muerte de Lady Margaret Pole, con fotografías espléndidas que Egerton, que se defendía bien con la cámara, había tomado y revelado él mismo.

Las imágenes en blanco y negro de las ruinas del castillo de Warblington, del que se conserva una torre, elegante y espigada, daban testimonio de la belleza y la majestad de aquellos muros entre los que transcurrió una gran parte de la vida de Lady Margaret. Mirando aquella torre solitaria era posible imaginar las amplias estancias, los largos corredores, las anchas escaleras de piedra, los establos para muchos caballos, el salón de baile, el escudo orgullosamente esculpido sobre la gran puerta de roble... Tres leopardos de oro, armados y lampaseado de azur, puestos en palo en campo de gules. Fueron las primeras armas que tuvo Inglaterra por obra y gracia de los normandos franceses que Guillermo el Conquistador había llevado al otro lado del canal. Era un escudo hermoso sin duda. Mercedes, que nunca se había fijado en las sutilezas de la heráldica, aprendió, estudiando el escudo Plantagenet, a disfrutar de la belleza simbólica de este lenguaje olvidado.

Más espectaculares, desde luego, eran las fotografías del impresionante castillo de Ludlow, en Shropshire. Egerton, que no lo conocía, se había entusiasmado con los torreones y sobre todo con el puente sobre el río Teme, a través del cual se puede todavía llegar a la entrada principal flanqueada por torres almenadas de impresionante altura. Allí había instalado Enrique VIII la corte de su hija María Tudor, cuando todavía adoraba a la chiquilla, en los años en que la trató como princesa de Gales y le puso casa propia. A cargo de esta corte principesca estuvo la madrina de bautismo de María, la ya entonces condesa de Salisbury, Lady Margaret Pole, que con casi cincuenta años asumió con alegría la oportunidad de servir a una princesa en quien veía la encarnación de un porvenir más sosegado para Inglaterra y para los Plantagenet. No fueron muchos los años que Margaret Pole había vivido en el castillo de Ludlow gobernando la casa de María Tudor. Su relación con la reina Catalina de Aragón venía de atrás y era, más que de servicio, de amistad, desde que la hija de Isabel y Fernando llegó a Inglaterra. Era, por lo tanto, lógico que Lady Margaret se hiciera cargo de la casa de la pequeña María mientras fue princesa de Gales. Aquello duró poco.

Fueron unos años buenos, y las cartas cruzadas entre los miembros de la familia y otras personas de su confianza demostraron a Mercedes con cuánta nostalgia recordaba Lady Margaret el tiempo pasado con María, para la que llegó a ser como una segunda madre.

Habían ido hasta Ludlow en el pequeño y desvencijado coche que Egerton tenía a medias con un amigo. Después de varias horas fotografiando el castillo, habían disfrutado de un improvisado pícnic junto al puente sobre el Teme. En aquel entonces, Egerton, aunque no entendía la admiración que Mercedes sentía por Lady Margaret Pole, estaba todavía dispuesto a seguirla por cualquier sendero que ella quisiera transitar, solo por el placer de su compañía.

La correspondencia entre Lady Margaret y la reina Catalina conmovió a Mercedes. La una, despojada de su dignidad de reina y de mujer, teme cada vez más, no ya por su porvenir, sino por el de su hija. Catalina sabe que Enrique no se atreverá a matarla, que nunca tendrá valor para mandarla a la Torre. Su sobrino Carlos V no toleraría semejante afrenta a su majestad imperial, pero esto no resuelve nada en su vida. Es apartada de la corte y separada de María. Necesita de las cartas de Lady Margaret para saber cómo está su única hija, ahora convertida en dama de honor de Ana Bolena. Cuando Margaret Pole sea también apartada del lado de la princesa, ambas, madre y madrina, recurrirán a toda clase de astucias y enredos para sostener a la joven María con cartas y mensajes, en el rosario diario de humillaciones en que se ha transformado su vida. De princesa de Gales a dama de honor de Ana Bolena, que también había sido dama de compañía de la reina Catalina: el círculo perfecto de la ambición y la fortuna. María tiene ya dieciséis años. No le falta carácter y va a necesitar de toda la fuerza de voluntad que la educación de su madre le ha inculcado para soportar la sonrisa triunfal de Ana Bolena.

Sin embargo, más inquietante aún es la situación de Lady Margaret, que muestra una serenidad y una firmeza extraordinarias frente a todos, aunque cualquiera puede ver que el suyo es el eslabón más débil. Lady Margaret no es la tía de un emperador ni la hija de dos reyes poderosos. Sabe que su padre fue asesinado en la Torre de Londres y que su hermano Eduardo fue ejecutado cuando tenía veinticuatro años, tras pasar catorce encerrado y aislado como un animal peligroso en el mismo lugar.

A Egerton la Torre le dio bastantes quebraderos de cabeza y decidió que no le interesaba en absoluto como fotógrafo. Protestó durante todo el día con el argumento de que era un lugar obvio y desaconsejó vivamente a Mercedes que incorporara a la tesis aquellas fotografías.

—No añaden nada y hay que estar muy inspirado para mejorar las que ya existen. Hay miles y miles, desde los orígenes del daguerrotipo.

Era cierto. Egerton se había esmerado, pero obtener una buena perspectiva de la Torre desde algún ángulo insólito era casi imposible. Solía revelar en el cuarto oscuro de un fotógrafo profesional de niños y bodas que tenía su estudio en Hill St., cerca de Berkeley Square Gardens, en Mayfair, un tipo aún más melencólico que él y que también procedía de Hampshire. Se conocían desde niños. Con las fotos todavía colgando de las cuerdas, el amigo terció en la disputa para declarar que las fotografías de Michael eran excelentes y que servían no solo para dar realce a cualquier tesis doctoral sino también para una buena exposición o un catálogo. A pesar de ello, el novio no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer y se negó una y otra vez a permitir que fuesen incluidas en la investigación. Con poco tacto, Mercedes argumentó que qué más le daba si las tesis no las ve nadie. Como siempre, acabaron discutiendo.

—Pues, si no las va a ver nadie, no tiene sentido que las pongas.

Con la cabeza ladeada, Egerton miraba las fotografías sujetas con pinzas de la ropa. El fotógrafo terminó apoyando al amigo de la infancia, en parte porque

consideraba que poner fotos tan buenas en un remoto trabajo doctoral era completamente absurdo, y encima para que nadie las viera. Mercedes sudó en el intento de hacerles comprender que por una cuestión de coherencia las fotos de la Torre de Londres tenían que estar. ¿Cuántos Plantagenet habían entrado en ella por su propio pie y habían salido sin cabeza?

A Egerton la simbología de la Torre le era indiferente en el caso de Lady Margaret y los Plantagenet, y en general en cualquier otra circunstancia.

—Eso le ha pasado a muchísima gente.

—¿El qué?

—Entrar a la Torre caminando y salir sin cabeza.

El fotógrafo no pudo evitar hacer un chiste:

—En las discotecas de Camden Town sucede lo mismo.

Era imposible convencer a los dos al mismo tiempo, así que Mercedes procedió a efectuar una retirada estratégica. Ya se ocuparía ella de Egerton en atmósfera más propicia. Pero el fotógrafo, que se estaba divirtiendo bastante con aquel asunto de la Torre y las cabezas cortadas, no tenía ganas de acabar la conversación. Terminó proponiendo a ambos un descabellado proyecto de fotografías con y sin cabeza. Pura psicodelia. Al desarrollo pormenorizado de tan disparatada idea contribuyó, sin duda, una marihuana excelente que guardaba de una excursión muy provechosa a Ámsterdam. Ya muy colocados, terminaron haciéndose fotos el uno al otro en poses diversas y cada vez más obscenas. A la vista de la situación, Mercedes pretextó una cita urgente y se marchó entre aliviada y enfadada con el dúo. —Caramba con los mozos de Hampshire—.

Con buen criterio, la doctoranda dejó pasar varios días sin hablar de las fotografías de la Torre. Finalmente, una mañana especialmente soleada y alegre y, por lo mismo, rara en Londres, pilló a Egerton con las defensas bajas y obtuvo de él permiso para incluir las imágenes en la tesis. Egerton no opuso esta vez mucha resistencia. El sol cálido y el césped confortable de Hyde Park lo tenían convencido aquella mañana de que la madre naturaleza solo se había portado mal con la especie humana, pero el resto estaba bien. Mercedes podía entender muy bien el optimismo repentino del novio. Ella misma, después de varias semanas sin ver el sol, se sentía reconciliada con la vida. Tiene gracia, pensó, ir a descubrir el poder balsámico del sol a la Gran Bretaña. El novio estaba feliz y juguetón como un cachorro. Se habían reído, se habían besado y se habían acariciado sin prestar atención a la presencia de otros muchos londinenses que habían acudido al parque a dejarse bañar por la luz.

Ahora esos recuerdos eran dolorosos y Mercedes se esforzó por apartarlos de su mente. Había llegado con Michael Egerton a un punto sin retorno y lo sabía. Al menos el regreso a España le ahorraría el último tramo, siempre penoso y poco noble, del desamor. ¿Qué le diría a la abuela Isabel sobre él? Era un escándalo familiar que a la abuela le gustaba el inglés para marido de la nieta. Y Egerton insistía de cuando en cuando en incorporar de su puño y letra unas líneas en español catastrófico para la

abuela Isabel en las cartas que Mercedes le enviaba. Una vez le había preguntado por qué se había cortado el pelo cuando estuvo alojado en casa de la abuela en Zaragoza, y la respuesta de Egerton la dejó perpleja:

—Porque, cuando te tratan como a un príncipe, tienes que portarte como un príncipe.

¿Qué había salido mal? Se había hecho esta pregunta muchas veces, pero no había acertado a darse una respuesta satisfactoria. Quizá con el tiempo pudiera. Desde luego aquella mañana no era la más idónea para enredarse en psicoanálisis de pareja. Ella desde luego no lo había tratado como un príncipe ni había esperado que lo fuera. Claro que tampoco él la había tratado a ella como una princesa.

Era hora de sacar del *closet* el traje de chaqueta y comprobar por enésima vez que el traje y la blusa de lazo estaban bien planchados, que las medias no tenían carreras (guardaba unas de repuesto por si acaso) y que los zapatos negros de medio tacón estaban limpios y lustrosos. El recogido lo había ensayado varias veces y le salía bien. Moño bajo y bien pegado a la nuca, con redecilla. La falda de media capa le caía estupendamente. Estaba segura de que el tribunal aprobaría su indumentaria. Por muy moderno que se hubiera puesto Londres, una defensa de tesis era una defensa de tesis, y especialmente tras los meses de depresión colectiva que habían seguido a aquel *winter of discontent* en que el desplome de la libra y las medidas de ajuste del Gobierno de Callaghan, que también era de Hampshire, habían llevado a extremos de conflictividad que no se recordaban desde la crisis de los años treinta. Pero algunos rituales no cambian porque no deben cambiar. Aunque Egerton y sus amigos estuvieron viviendo aquella efervescencia social como el fin de una era y el comienzo de otra, Mercedes no acababa de convencerse de que las asambleas y algaradas callejeras tuvieran un fondo de trascendencia histórica. La aburrían mortalmente los discursos de los líderes universitarios en la London School of Economics —Egerton era de los más populares— y su continuo insistir en un vocabulario tomado de libros que todos conocían y se repartían como las chinas de hachís para liar porros. Era como un ceremonial, con sus liturgias, sus oficiantes y sus palabras sagradas. Y Egerton en el fondo, ella lo sabía bien, conservaba un punto de escepticismo que se esforzaba por ocultarse a sí mismo, pero que afloraba con más frecuencia de la que él quisiera en forma de comentarios burlones o mordaces en los que desplegaba una inteligencia irónica que fascinaba a Mercedes. Observó el traje de chaqueta con ojo crítico. Era como tenía que ser, ni demasiado elegante, ni demasiado vistoso, ni demasiado favorecedor; un traje cuya función era precisamente que nadie se fijara en él ni por exceso ni por defecto.

El día anterior Egerton había anunciado que no iba a asistir. Mercedes no preguntó la razón. No hizo ningún comentario al respecto, y Egerton cometió el estúpido error de dar una explicación. Que no tenía ropa adecuada, al parecer. Había mirado a Egerton con amor, con deseo, con ira y hasta con odio, alguna vez, pero nunca con desprecio. Esta vez, sí. De pronto pareció como si lo iluminara una luz

nueva, implacable como las de los quirófanos. Y lo vio como un niño que se niega a aceptar que su juguete se ha roto, una criatura crepuscular que era incapaz de desprenderse del pasado y que jugaba a un futuro utópico buscando rostros para un enemigo que necesitaba y ya no tenía ni en el Hindu Kush ni en el golfo de Bengala. El Regimiento de Fusileros de Hampshire, que era su destino natural, ya no existía. Y sus banderas y estandartes, que tanta gloria alcanzaron en la guerra pastún, eran ahora custodiados por un cuerpo que pertenecía a las unidades de intervención rápida de la OTAN. Nadie en él sabía ya que el coronel Michael Henry Egerton, su abuelo, había sido condecorado tres veces en las guerras afganas. El acrónimo OTAN le daba arcadas a Michael Egerton.

No quería sentir desprecio por él. Era horroroso sentir desprecio por un hombre al que se le han dicho al oído ciertas cosas que da vergüenza recordar en la cola del supermercado. Como no encontró antídoto más inmediato, abrió la tesis y buscó las fotografías de Egerton. Quizá así sintiera gratitud. No era mucho mejor que el desprecio para sustituir al amor, pero al menos no resultaba tan destructivo. Con lentitud buscó las imágenes del castillo de Sheriff Hutton y se concentró en los pequeños Plantagenet.

Cuando Lady Margaret tenía tres años, murieron su madre y su hermano pequeño. Jorge Plantagenet, el padre, afirmaba ante quien quisiera oírlo que ambos habían sido envenenados. Aunque mandó matar al criado que consideró autor material del crimen, no pudo ir más allá y encontrar a quien le había pagado para que lo hiciera. Cuando el propio Jorge Plantagenet sea asesinado, los dos niños supervivientes, Margaret y su hermano Eduardo, serán enviados al castillo de Sheriff Hutton, en Yorkshire del Norte. En la actualidad, apenas sobreviven unos muros cubiertos de yedra en dos de las cuatro torres que, con perímetro irregular, servían de centinelas al recinto amurallado. Visto desde Sheriff Hutton, el conjunto evoca la grandeza y la destrucción que tanto gustó a los prerrafaelitas. Pese a ello, Mercedes y Egerton encontraron mucho más atrayente el propio Sheriff Hutton, encantador pueblo de la campiña inglesa, y, sobre todo, la iglesia de Saint Helen and the Holy Cross, construida en el siglo XI por los normandos junto con el castillo, pero que a diferencia de este se conservaba magníficamente bien.

Las fotografías de Egerton no consiguieron ir más allá de la tradicional estampa romántica de muros medievales derruidos y cubiertos de yedra, y esto lo irritó. Mercedes procuró disipar su frustración con el sólido argumento de que un muro medio caído es un muro medio caído, y, si está cubierto de yedra, pues está cubierto de yedra, y no puede salir en la fotografía otra cosa, salvo que ellos se dedicaran a, por ejemplo, quitar toda la yedra y colgar de las piedras discos de vinilo, mayormente de los Sex Pistols. Finalmente, Mercedes no quiso añadir más que un par de fotografías de la iglesia y del pueblo, en la idea de que el anexo fotográfico de la tesis no debía ser más que un adorno del trabajo historiográfico y que, por lo tanto, no tenía sentido que fuese demasiado amplio y en modo alguno exhaustivo.

En Sheriff Hutton habían vivido como prisioneros los dos pequeños Plantagenet, despojados de sus bienes y títulos, por algún tiempo. Eduardo, a pesar de sus pocos años, va y viene de la Torre. Los Tudor no acaban de decidir qué hacer con ellos. En esta situación, con alarmantes altibajos, estuvieron ambos hasta la subida al trono de Enrique VII en 1485. Lady Margaret tiene en ese momento doce años y no ha conocido otra vida que la incertidumbre y la tutela —a veces compasiva, y a veces cruel— de unos y otros. Su hermano Eduardo, la única familia que le queda, tiene diez años. Con el nuevo monarca parece que la suerte de los hermanos mejora. La nueva reina, Isabel de York, es prima de ambos y fue buena amiga de la madre, y quizá por eso decide hacerse cargo de ellos. La felicidad no dura mucho. A los pocos meses la presencia del pequeño Eduardo en la corte comienza a ser insoportable para el rey. El niño no es guapo. Tiene el rostro alargado, como de hacha, de los Plantagenet, pero es inteligente. Conversa con los adultos como un más y sobre todo lleva con extraordinaria entereza las desdichas de sus pocos años. Jamás se le oye una queja, una alusión velada, siquiera una mención, a los años de encierro. Las damas, siempre deseosas de mostrar compasión, le encuentran encantador, a pesar de la seriedad que muestra en todo momento, impropia de su edad.

Mientras miraba las fotografías, Mercedes pensaba que Egerton tenía razón en The Zetland Arms cuando afirmó que también ella hubiera vendido su alma al diablo por viajar en el tiempo y aparecer en el castillo de Ludlow, en la época en que la jovencísima princesa de Gales María Tudor y Lady Margaret vivían juntas. Sin embargo, había otros momentos en la vida de la última reina Plantagenet que atraían más su imaginación, o quizá sus emociones, como el periodo de la infancia. No era sentimentalismo femenino, como Egerton se empeñaba en afirmar cada vez que Mercedes lo mencionaba. Las desdichas infantiles hallan siempre fácil acomodo en el corazón de las mujeres, insistía Egerton. Un poco avergonzada por lo que ella misma temía que fuese un signo de debilidad impropio de una historiadora seria, no hizo demasiados esfuerzos por hacerle comprender a Egerton que en aquel sufrimiento infantil se hallaba la clave de un carácter que desafiaba, por su firmeza y valentía, la prosa de los historiadores. Egerton se afanaba en deshumanizar la historia para convertirla en la lucha incesante de fuerzas económicas que parecían adquirir vida propia al margen de lo humano. No importa el individuo, solo aquello de lo que el individuo es síntoma. Pero ¿cómo se pueden desgajar los acontecimientos de sus protagonistas?, se planteaba Mercedes. Egerton se empeñaba en que su investigación era poco materialista y para ello se sustentaba en una visión de la historia que ya estaba superada y en el hecho de que, antes o después, si quería abrirse camino en el mundo académico, tanto en Inglaterra como en España, tendría que aceptar que el modo de hacer historia había cambiado y que, lo que él llamaba con desprecio «el personalismo», formaba parte de una tradición afortunadamente arcaica.

—O sea, que tú no eres más que un síntoma de la desaparición del Imperio británico como consecuencia de la crisis del capitalismo colonial. ¿Y cómo te sientes

siendo solo un síntoma?

—Bastante interesado por la enfermedad en general.

En aquel entonces todavía las discusiones acababan en risas o en caricias. Y no era fácil decidir en qué momento habían ido convirtiéndose en un charco de barro que ya no se podía saltar.

Con la mano más insegura de lo que quisiera, Mercedes levantó el visillo y vio que estaba empezando a clarear. Decidió que, a fin de cuentas, pensara lo que pensara y tomara lo que tomara, era inevitable para cualquiera ponerse nervioso el día que defiende una tesis doctoral. Con gesto decidido, enchufó la *kettle* y recuperó el hilo de sus pensamientos. Sí, aquella infancia de los hermanos Plantagenet explicaba muchas cosas y debía mencionarla en su exposición, aunque evitando cualquier manifestación de sentimentalismo. Con tono firme, mientras depositaba la bolsita de Earl Grey en la pequeña tetera, Mercedes recitó con convicción:

—Cuando el rey ordena que el niño sea enviado a la Torre de Londres de manera definitiva, Margaret pasa meses ocultando su llanto y su desesperación en despensas y buhardillas, componiendo un rostro de conformidad aparente y secreta resistencia que moldeará su carácter para siempre. Las disposiciones del rey fueron cada vez más duras para Eduardo, como si aquella criatura aislada y sin amigos pudiera arrebatarse el trono en un espontáneo acceso de voluntad. Aunque nadie se había ocupado mucho de ellos, Margaret y Eduardo han aprendido a leer y a escribir. Quizá por causa de los encierros y el aislamiento son aficionados a la lectura y al estudio. El monarca inglés dispondrá primero que Eduardo sea privado de sus libros en la Torre y luego de todo contacto humano. Y así Eduardo Plantagenet pasó la mayor parte de su mocedad cantando para no olvidar cómo se producían sonidos con la garganta. Pese a ello, terminó olvidándolo. Dice el cronista Edward Hall que Eduardo vivió tanto tiempo sin tratar seres vivos, así hombres como animales, que apenas podía distinguir un ganso de un capón.

En su tesis, Mercedes había procurado demostrar que la idea de que Eduardo Plantagenet era deficiente mental era un infundio de cronistas adaladores de la casa Tudor. Cuánto trabajo le habían dado los cronistas y aquella costumbre inglesa de reescribir y reescribir la historia para ir la acomodando a los acontecimientos del presente. Nada en los documentos primitivos permitía llegar a dicha conclusión, sino más bien a la contraria. La idea aparece *a posteriori*, cuando el elogio servil a los Tudor o la ratificación de cualquier mentira que pudiera satisfacerles, transforman las crónicas de la época en relatos de dudosa credibilidad, razón por la cual, defendía Mercedes, era imprescindible encontrar en el periodo Tudor testimonios que procedieran de distintas fuentes.

Eduardo Plantagenet fue finalmente decapitado a la edad de veinticuatro años, tras haber pasado catorce totalmente aislado en la Torre de Londres. Fue enterrado en Bisham Abbey, en Berkshire. Un texto tardío, ya de la segunda mitad del siglo XVI, *The Life of Jane Dormer*, sobre la mentada Jane Dormer, una de las camareras de

María Tudor, comienza la tradición historiográfica de culpar a los Reyes Católicos de la muerte de Eduardo Plantagenet. Al parecer, según la camarera, Catalina de Aragón pensaba que quizá Enrique VII había mandado ejecutar a Eduardo para demostrar al rey Fernando que el trono de Inglaterra era firme y sabía defenderse de sus enemigos, ya que el Rey Católico no acababa de ver con buenos ojos el enviar a su hija menor a matrimoniar a Inglaterra, vistas las continuas insurrecciones y conspiraciones que jalonaban la historia de esta monarquía. A partir de tan leve indicio, la historiografía inglesa, especialmente en el periodo victoriano, terminó culpando de la muerte de Eduardo a los Reyes Católicos.

El destino atroz de Eduardo Plantagenet había impresionado enormemente a la abuela Isabel, quien, aunque conocía en detalle los avatares de la existencia de Lady Margaret, no estaba informada, en cambio, de las desgracias de su hermano. Sin embargo, le había aconsejado que no se entretuviera demasiado con la vida de este. Mercedes no compartía su opinión. El carácter de Lady Margaret Pole, pensaba, no puede ser cabalmente comprendido sin el vórtice de sangre y destrucción que había aniquilado a su familia, desde la misma infancia. Ella no había conocido otra vida que el peligro y la incertidumbre, y por eso precisamente era extraordinaria, porque nunca se dejó quebrantar por los Tudor. Ni por el miedo, ni por la humillación.

De Bisham Abbey Mercedes no pudo incorporar a su trabajo ninguna fotografía, ya que el monasterio que dio nombre al lugar hacía tiempo que había desaparecido. Bajo la protección de los condes de Salisbury había sido el lugar tradicional de enterramiento de los Plantagenet, pero ya no existía, sepultado por la destrucción de edificios y piezas artísticas que siguieron al triunfo del anglicanismo. Primero se convirtió en un lugar de recreo para Enrique VIII y Ana Bolena. Luego constituyó parte de la compensación por divorcio que Enrique VIII le entregó a Ana de Cléveris, que lo tuvo unos años, pero luego también le fue arrebatado en un cambio de opinión. Nada había sobrevivido de las construcciones originales, ni la iglesia ni los edificios aledaños, y lo que ahora lleva el nombre de Bisham Abbey es una casona señorial que apenas guarda relación, salvo algún cimiento compartido, con la abadía que en el siglo XIII había sido habitada por los templarios. Como sucedió con muchos otros monasterios confiscados por los Tudor, Bisham Abbey había cambiado de manos muchas veces, según hubiera que ir premiando la lealtad a los nuevos reyes-papas de Inglaterra y a su nueva iglesia. O castigando. Así, había sufrido también largos periodos de abandono. Había sido una visita poco provechosa, de la que Mercedes conservaba un recuerdo borroso. Nada más llegar se dio cuenta de que no había mucho que hacer allí. Egerton, sin embargo, se empeñó en tomar fotografías, por si luego cambiaba de opinión.

—*La donna è mobile...*

—Pues el hombre, mucho más.

Y ahí quedó la discusión. Hacía demasiado frío para abrir la boca. Aquel día habían comprado el *single* «It's a heartache», de la galesa Bonnie Tyler. Ahora no

podía recordar exactamente si había sido a la ida o a la vuelta, pero estaba segura de que había sido en aquel viaje, porque lo habían comentado muchas veces. A Egerton no le gustaban demasiado los grupos nuevos que habían ido apareciendo en los últimos dos o tres años —fiel a su beatlemania adolescente—, pero sí le gustaba, en cambio, esta canción que en pocas semanas se había convertido en el número uno de las listas de éxito.

Si la visita a Bisham Abbey no había dejado recuerdos, sí lo había hecho el regreso desde Berkshire, cuando la basura amontonada en la estación había obligado a su cierre. Las ratas corrían por los andenes en alegres procesiones, y hubo que llamar al Ejército para que retirase lo más putrefacto. Mercedes no había podido olvidar la mirada de Michael Egerton mientras contemplaba cómo los soldados ingleses, armados de palas y carretillas, unos con guantes y otros sin ellos, retiraban la basura acumulada junto a los trenes.

—Este no es trabajo de soldados.

Había sido un invierno terrible en que «The dead went unburied, the rubbish went uncollected». Como movida por un resorte, Mercedes se acercó al *pick-up* que estaba encima de una silla, y de la caja de zapatos que había debajo cogió *God save the Queen*. Los Sex Pistols eran buenos tambores para empezar la mañana. Olvidada por completo de la hora, comenzó a tararear la melodía, mientras sacaba el disco de la funda y se decía a sí misma que esta palabra no era la adecuada para referirse a aquella fanfarria barriobajera del grupo que con tanto descaro lideraba Johnny Rotten. A Egerton no le gustaban los Sex Pistols ni tampoco Joy Division. Ya giraba el *single* en el pequeño plato cuando se dio cuenta de que apenas había amanecido y todavía no se oían en la residencia esos sonidos opacos de grifos y pasos en zapatillas que delatan los primeros movimientos de los que acaban de levantarse. Las paredes eran como papel de fumar. Las nuevas y democráticas *student residences* londinenses eran construcciones tan livianas que apenas soportaban el invierno. A aquellas horas no se podía todavía infringir el voto de silencio severísimo de la ley inglesa, así que devolvió el *single* a su funda y lo colocó en la caja de zapatos.

Era pronto para vestirse. Mientras se bebía el té a pequeños sorbos, con la frente apoyada en el cristal sucio de la ventana, el pensamiento de Mercedes iba de Egerton a la abuela, de la abuela a Lady Margaret Pole y a la tesis, de la tesis al Londres del *discountent*, y de allí a los Sex Pistols. En ningún sitio encontraba un acomodo confortable y tranquilizador mientras esperaba la hora de arreglarse. De nuevo se imaginó a sí misma frente al tribunal:

—En 1494 el rey decide casar a Lady Margaret, que tiene veintiún años, con el insignificante caballero galés Sir Richard Pole.

En opinión de la abuela Isabel, esta decisión estuvo motivada no solo por el deseo de humillar a la joven Plantagenet obligándola a contraer un matrimonio muy inferior al que por nacimiento la correspondía, sino también para garantizar la lealtad del marido, que debía a las mercedes reales todo lo que tenía. Efectivamente, Sir Richard

Pole fue de una lealtad inquebrantable. El matrimonio con aquel militar competente, apenas un hidalgo, fue un éxito inesperado. A pesar de las estrecheces económicas, Margaret y Richard formaron un hogar feliz y tuvieron cinco hijos. No obstante, duró solo once años.

No había que caer en el sentimentalismo pero la verdad era que, viuda y con hijos a su cargo, Lady Margaret apenas cuenta con ingresos. El rey tiene que costear el entierro del marido porque ella no puede. Sin embargo, con la subida al trono de Enrique VIII su situación económica mejora considerablemente. Mercedes y la abuela Isabel habían discutido largamente el cambio de fortuna en la vida de Lady Margaret Pole. Inesperadamente el nuevo rey le devuelve tanto las tierras de su hermano que habían sido confiscadas por la Corona como el derecho al título de condesa de Salisbury. Aunque nunca recupera las propiedades de su padre, esta nueva e inesperada riqueza le permite a Lady Margaret convertirse en una de las principales patrocinadoras del Renacimiento humanista en Inglaterra. El helenista William Latimer, Thomas Linacre, Thomas Lupset o Gentian Hervetus, traductor de Erasmo, se beneficiarán de su protección. En este momento es posible que Enrique VIII no considere a Lady Margaret y a sus hijos un peligro. A fin de cuentas, el apellido Plantagenet ha desaparecido con Eduardo, el último descendiente por vía masculina. La sangre real de Lady Margaret está ya muy diluida tras su matrimonio con un *esquiregalés* de tercera fila que se ganaba la vida guerreando por cuenta del rey a lomos de un caballo. Para Mercedes es el deseo de paz y armonía que había presidido los primeros años de Enrique VIII en el trono lo que explica su actitud hacia Margaret y sus hijos. El rey quiere cerrar heridas abiertas durante el reinado de su padre. La abuela Isabel, por el contrario, considera que Enrique VIII, que no fue inmune a los remordimientos, quiere atraerse el favor divino con un gesto de compensación. Las dos explicaciones en cierto modo se complementan. Y Mercedes consideró que debía exponer ambas porque contribuían a explicar la situación caótica del reino y los cambios de fortuna a merced del capricho real que caracterizaron el reinado de los Tudor.

La abuela Isabel había insistido en que no debía exponer generalizaciones peligrosas que pudieran ofender al tribunal, y el asunto Tudor era un punto extremadamente delicado. Había sido un esfuerzo grande para la familia (abuela Isabel incluida) enviarla a Londres a doctorarse, y no era razonable arriesgarse a menos que un *cum laude*. Habría que hilar fino con el vocabulario, con las afirmaciones demasiado generales y cierto tipo de vehemencia que ella sabía que debía dominar. Más que la exposición en sí, lo que la inquietaba eran las preguntas que pudieran hacerle después, no porque temiera que pusieran al descubierto alguna laguna bibliográfica o algún desliz, sino porque se veía venir un debate plagado de *understatements*, sobrentendidos y dobles sentidos en el que quizá nadie dijera lo que de verdad pensaba, y de eso ya había tenido bastante con Michael Egerton. Quizá

aquella asfixia que lo angustiaba viniera de ahí, pero no se daba cuenta de que él mismo formaba parte de ella.

Ya era hora de irse arreglando. Mercedes cogió su bolsa de aseo de hule con florecitas, la toalla y la bata, y abrió la puerta para dirigirse hacia la zona de aseos. La St. Ambrose Student Residence tenía catorce habitaciones por planta, cuatro váteres y dos duchas. Al principio le pareció que las dos duchas no serían suficientes para tantas mujeres y temió colas y esperas por las mañanas, pero se equivocó. La zona de los baños no sufría aglomeraciones, y Mercedes se acostumbró a disfrutar de aquel territorio común como si fuese de su propiedad. Tenía incluso su ducha favorita, la de la izquierda, porque el grifo goteaba menos y porque si recorría la cortina veía las copas de los árboles del patio trasero y a veces a alguna ardilla histérica subiendo o bajando de las ramas.

Con mucha parsimonia, se quitó el pijama y se puso un gorro de baño. No iba a lavarse el cabello. Si estaba demasiado limpio, el moño no le quedaría bien porque se le escaparían pelos aquí y allá. La gomina podía solucionar eso, pero dejaba un brillo como grasiento. Era inevitable un toque de laca, aunque tampoco había que abusar porque producía un efecto como de tiesura que resultaba, además de incómodo, antinatural. Mercedes se concentró en no mojarse la cabeza bajo el chorro de la ducha y en repasar mentalmente los rituales del aseo. Fue inútil. Conforme pasaban los minutos, le era cada vez más difícil eludir las partes básicas de la exposición y no ponerse a discursar con la imaginación como si ya estuviera delante del tribunal. Sabía que no debía hacerlo porque esto la pondría cada vez más nerviosa, pero no podía remediarlo.

—Probablemente era inevitable que la crisis erótica y económica que Enrique VIII convirtió en religiosa terminara arrastrando a los Plantagenet. En mayo de 1536 ya no fue posible perpetuar el disimulo. Tomás Moro está en la Torre y va a ser ejecutado. No solo se ha negado a prestar el juramento de supremacía que reconoce al rey como cabeza de la Iglesia de Inglaterra, sino también a ratificar la ley del Parlamento inglés aprobada en 1536 que concede al monarca de Inglaterra el derecho de propiedad sobre todos los monasterios con ingresos anuales superiores a 200 libras. Como esto no produjo las rentas esperadas y había que comprar muchas voluntades, dos años después, el Parlamento entregó a la Corona, por medio de otra ley, todos los monasterios existentes en Inglaterra.

No había que hablar mucho de Tomás Moro. Era demasiado conocido. La película *A Man for All Seasons*, de Fred Zinnemann, lo había hecho muy popular. No en vano la película había ganado varios Óscar. Sin embargo, era difícil referirse a la figura de Moro como de pasada. Solo, en una oscura mazmorra de la Torre de Londres, Tomás Moro irradia, como Sócrates, luz para toda la eternidad. Su pugna con el rey solo puede conducir a un lugar. Quienes lo conocen saben que Moro no se arrodillará. Ha intentado, como Lady Margaret y sus hijos, no verse obligado a elegir,

pero, llevado al extremo de tener que hacerlo, pondrá sus convicciones y su dignidad por encima de su vida.

Toda la familia se ve arrastrada a la primera línea de la confrontación. En abierta rebeldía frente al rey, Reginald Pole, el tercer hijo de Lady Margaret, escribe *Pro ecclesiasticae unitatis defensione*. Hasta ese momento, y aunque ha evitado con astucias tener que prestar el juramento de supremacía, Enrique VIII no ha hecho nada contra él. Cuando Eustace Chapuys, el embajador de Carlos V, le sugiere al emperador, como posible solución al problema que se ha planteado en Inglaterra, que case a María Tudor con Reginald y abra un frente nuevo contra Enrique sustentado en una legítima reclamación del trono, Reginald Pole se ordena sacerdote para que nadie piense que su defensa de la unidad de los cristianos y su abierto enfrentamiento con el rey pueda deberse a intereses personales o a que ambiciona el trono de Inglaterra.

Habían sido unos años de locura de los que se conservaba poca documentación. En realidad, y eso Mercedes lo descubrió después, *Prison and Death of the Last Queen* había sido una tesis bastante fácil, al menos en un sentido: había muy poca bibliografía. Durante los siglos XVII y XVIII la tragedia del exterminio de los Plantagenet por los Tudor apenas si es mencionada como hecho digno de recordación ocurrido el siglo anterior. Durante el siglo XIX y la primera parte del XX la mitificación del periodo Tudor había llevado a los grandes historiadores *whiga* una justificación chovinista de hechos que —como las muertes de Tomás Moro o de Lady Margaret Pole y los suyos— no la admiten fácilmente sin sonrojo. Mientras recorría el pasillo hacia su habitación, Mercedes pensaba en las ventajas y en los inconvenientes de la poca bibliografía en el curso de una investigación. En este caso, además, no solo era escasa sino también tendenciosa, cuando no completamente falsa o absurda en sus planteamientos. Así, por ejemplo, de la muerte de Margaret y de su hijo Henry, la historiografía oficial —y cualquiera podía leer esto en los más variados escritos— había culpado a los otros hijos de Margaret, a Geoffrey o a Reginald alternativamente o a ambos, pero no a aquel reinado del terror que había sido el periodo Tudor.

La oscuridad iba desapareciendo de Moreton Place. No era necesario darse prisa. Todavía sobraba tiempo. Mercedes miró por la ventana y contempló lo que veía todas las mañanas desde hacía varios años con extrañeza y ternura. No era gran cosa. Una calle de un solo carril con aceras más bien estrechas y pocas tiendas. Casi toda la vida comercial de Moreton Place giraba alrededor de la gran ferretería Wilson's, que llevaba varias décadas vendiendo tornillos y herramientas en el semisótano de un edificio de ladrillo rojo tan feo como quepa imaginar.

Iba siendo hora de vestirse. ¿Se hacía el moño antes o después? Antes. Como no tenía que meterse por la cabeza ninguna prenda, no había riesgo de estropearlo. El moño la ponía un poco nerviosa. Nunca había tenido especial habilidad para peinarse, pero se tranquilizó al pensar que lo había ensayado varias veces y que si había salido

bien antes no había razón para que ahora no fuera así. Mientras se abotonaba la blusa blanca, recordaba los consejos de la abuela Isabel.

—Blusa blanca con lazo no, por favor. Te hará parecer mayor.

Justamente. Tesis doctoral de más de quinientas páginas en el King's College y juventud casan mal. Peor había sido lo del color del traje de chaqueta.

—¿Verde oscuro? Vas a parecer un guardia civil.

—Que no. Tiene unos pequeños rombos muy discretos en un tono verde más claro. Y además aquí nadie sabe lo que es un guardia civil.

—Niña, el verde le sienta mal a todo el mundo, a las rubias y a las morenas.

A Michael Egerton tampoco le gustaba aquel traje de chaqueta. Como hipótesis de trabajo había que considerar que se lo hubiera comprado solo por llevarles la contraria a ambos. ¿Cuánto había en el carácter de Lady Margaret de testarudez también? ¿La admiraba por eso? Mercedes sintió vergüenza por aquella comparación frívola y sin sentido. Se puso a repasar la parte última de su exposición.

—En noviembre de 1538 Lady Margaret Pole es arrestada junto con dos de sus hijos, Henry, el primogénito, y Geoffrey, acusados los tres de conspiración y traición. Cuando lleva algo más de un año en la Torre, sin noción clara de lo que está sucediendo ni dentro ni fuera de ella, Lady Margaret se entera de que su hijo mayor ha sido ejecutado. Esto sucede en enero de 1539. Desde entonces su único objetivo será que Geoffrey consiga sobrevivir. Y sobrevive.

¿Cómo explicar el destino de Geoffrey Pole de manera fría y objetiva? No era sentimentalismo, se dijo Mercedes. Era compasión y horror. En febrero, Reginald acude a Toledo a pedir ayuda a Carlos V inútilmente. La destrucción de Geoffrey Pole no será obra del verdugo. Enrique VIII y su ministro Thomas Cromwell le tienen reservado un papel mucho más sofisticado en la última (esta vez sí) tragedia de los Plantagenet. Durante varios meses será interrogado y torturado. Se le pone en libertad después, y en la acusación contra su madre y su hermano aparecen mencionadas sus palabras una y otra vez. Geoffrey no sabe lo que ha dicho en esos interrogatorios. A veces puede recordarlos. A veces no. Convencido de que su debilidad y sus declaraciones van a llevar a la muerte a su madre y a su hermano, Geoffrey Pole, de treinta y seis años, se presenta voluntariamente ante el Lord Mayor y se declara culpable de conspiración y traición. Quiere que lo detengan y que lo lleven a la Torre. Quiere correr la misma suerte que su madre y su hermano mayor. Pero naturalmente no es arrestado. La acusación contra los Plantagenet necesita que haya un Plantagenet que, por lealtad al rey, traicione a los demás.

Preso del más profundo abatimiento, Geoffrey Pole intenta suicidarse dos veces. Finalmente, con la ayuda de amigos y criados y el apoyo desde Francia de su hermano, el ahora cardenal Reginald Pole, consigue huir de la isla. Reginald lo recibe en la playa, y es famosa la escena del primer encuentro entre ambos. Geoffrey se arroja a los pies de su hermano suplicándole entre sollozos perdón por la muerte de

Henry y de su madre, que ya da por segura. Después de varios meses enloquecido, Geoffrey Pole encontrará al fin la paz tras muchos meses de retiro en un claustro.

Tampoco podía extenderse hablando de los hijos extraordinarios de Margaret Pole. No desde luego del fascinante Reginald, el hombre que pudo ser rey de Inglaterra y luego papa en Roma, pero que solo quiso ser el último arzobispo católico de Canterbury, ya en el exilio. Vivió perseguido por los asesinos que Enrique VIII envió contra él y que llegaron a poner su vida en peligro varias veces. Ay, Reginald Pole. Había sido la obsesión de Mercedes durante varios meses, para desesperación de la abuela Isabel, que veía a la nieta perderse una y otra vez en los laberintos de la historia inglesa. Tuvo incluso que soportar las bromas un tanto malhumoradas de Egerton, que llegó a preguntarle si debía estar celoso de un fantasma.

Con determinación, Mercedes se puso los zapatos y comprobó que llevaba en la cartera todos los papeles necesarios y las aspirinas. De pronto, según se alisaba las medias en el peine, surgió el problema del transporte. No era día para ir andando hasta el Strand, como hacía siempre. Estaba casi a dos millas de distancia y llegaría con el moño desbaratado y las medias torcidas. No había otra solución que llamar a un taxi porque por Moreton Place raramente pasaban. Y era imposible saber cuánto tardaría. Había huelgas todos los días, y las del transporte público se sucedían una tras otra. Cuando no era el metro, eran los autobuses, y cuando no, los taxis, y, en ocasiones, todos a la vez, lo que convertía Londres en un caos absolutamente ingobernable. Intentó recordar si había oído algo sobre el particular en los días precedentes y no pudo. Concentrada como estaba en el momento crucial de la defensa de la tesis, no había prestado atención a lo que sucedía a su alrededor. Ni siquiera se había fijado mucho en las idas y venidas de Egerton, que tan pronto aparecía encendido de pasión y dispuesto a reconstruir aquella relación que naufragaba a ojos vista como desaparecía sin dar explicaciones. Siempre podía recurrir a los amables repartidores de Wilson's, que recorrían Londres en sus pequeñas furgonetas llevando tubos, martillos y toda clase de materiales de ferretería, pero le pareció un poco prosaico llegar hasta la sala de grados en una *vande* reparto, con moño y traje de chaqueta. Era, por lo tanto, urgente llamar a un taxi desde la cabina que había junto a la conserjería, en la planta baja. Con sobresalto, recordó que no siempre funcionaba. Con la cartera marrón en la mano bajó de dos en dos los escalones mientras maldecía con toda su alma a Michael Egerton, que ni siquiera había tenido el detalle de ofrecerse a llevarla. Un príncipe. Con amargura, Mercedes murmuró para sí:

—Deben de estar baratos los príncipes en estos tiempos.

La cabina funcionaba, y respiró con alivio cuando escuchó la voz de la operadora. Pero la alegría duró poco porque la telefonista de la compañía de taxis le comunicó, con voz neutra y desinteresada, que no podía saber cuánto tardaría el coche en llegar. Había huelga de la construcción y del transporte de mercancías, y piquetes de los *trade unions* por todo Londres. Desde la puerta de la residencia, Mercedes miró las tres *vans* de Wilson's aparcadas sobre la acera. Por ahí tampoco cabía esperar ayuda.

Si alguno de los chicos de Wilson's se ofrecía a llevarla, los piquetes no lo dejarían pasar. Era mejor no causarles problemas.

Desde la puerta de la residencia al Strand, a buen paso, se tardaba media hora. Esperaría quince minutos y ni un segundo más. Si tenía que enfrentarse al tribunal sudorosa y descompuesta, pues qué le vamos hacer. Así estaba Londres, y ella también. Con un esfuerzo de voluntad, intentó concentrarse en su exposición y olvidarse del taxi. Increíblemente, ahora el taxi la ponía más nerviosa que la tesis.

—La mañana del 27 de mayo de 1541 le es comunicado a Lady Margaret que va a ser ejecutada en pocas horas. No ha habido ni juicio ni condena, y la acusación que pesa sobre ella se basa en haber escrito y recibido cartas de su hijo Reginald y en una supuesta túnica de su propiedad con las cinco llagas de Cristo bordadas, que es presentada como prueba irrefutable de su apoyo a la Iglesia católica. Dos documentos de la época describen la muerte de Lady Margaret Pole. Uno es una carta de N. Marillac, el embajador francés. El otro relato se debe a Chapuys, el embajador de Carlos V. Ambos coinciden en que fue una ejecución medio improvisada, decidida con precipitación.

En las prisas por matarla cuanto antes, y en ausencia del Lord Mayor y su verdugo oficial, se recurrió a un matarife cualquiera. Los dos embajadores que presenciaron su muerte describen con horror la sucesión de hachazos sin que el torpe ejecutor consiguiera separar la cabeza del cuerpo. El hacha manejada por manos torpes era una tradición instaurada en honor de los Plantagenet por los Tudor, de la que Enrique VIII, tan atento con las damas, no quiso privar a Lady Margaret, la última reina.

El taxi llegó doce minutos después. Con los nervios a flor de piel, Mercedes se sentó dentro y dio la dirección. El taxista le comunicó que haría lo que pudiera pero que había piquetes tanto en Fleet St. como en la esquina de Somerset House. Para no pensar en nada y evitar la tentación de bajarse del taxi y echar a correr, Mercedes se iba repitiendo como un mantra los versos que Lady Margaret Pole dejó escritos en la pared de su celda:

*For traitors on the block should die,
I am no traitor, no, not I.
My faithfulness stands fast and so,
Towards the block I shall not go!
Nor make one step, as you shall see;
Christ in Thy Mercy, save Thou me!*



MARÍA ELVIRA ROCA BAREA (El Borge, Málaga, 1966) ha trabajado para el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y enseñado en la Universidad de Harvard. Ha publicado *Imperiofobia y leyenda negra* (2016) y *6 relatos ejemplares 6* (2018), además de varios libros y artículos en revistas especializadas; también ha dado conferencias dentro y fuera de España. Actualmente trabaja como profesora de Lengua Castellana y Literatura en la Enseñanza Media.

Notas

[1] «Sin embargo, no puedo decir que esté probada la causa contra la esposa, no habiendo prueba anterior contra la adúltera, excepto que quizás haya intervenido el consentimiento de su tío paterno que habrá creído que tomar esta decisión era lo mejor para el buen nombre de la familia»: Théodore de Bèze, *Correspondance*. Tome XVI, 1575, Ginebra, Droz, 1993, pág. 225. <<

[2] *Zwölf Bauernartikel* [Los doce artículos de los campesinos], 1525 <<